

ROI SASTRE
SER
MILLENNIAL
(y otras mierdas)



Gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Ser millennial (y otras mierdas)

ROI SASTRE

m̄r

Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Requisitos para leer este libro

COSAS DE LA VIDA

Me gusta demasiado comer

Odio madrugar

Soy más vago que una iguana anestesiada

Nunca sé qué ponerme

Cupido me odia

WhatsApp

La batería

Dormir o no dormir

¿Qué es la vida?

Más raro que un perro verde

COSAS DE AMIGOS

Todos tenemos un amigo borde

Todos tenemos un amigo rata

Todos tenemos un amigo tonto

Todos tenemos un amigo borracho

Todos tenemos un amigo dramático

Todos tenemos un amigo romántico

Todos tenemos un amigo quejica

Todos tenemos un amigo cotilla

Todos tenemos un amigo psicólogo

Todos tenemos un amigo guerrero

COSAS DE CLASE

Los profesores: el enemigo

Los deberes inacabables

Tengo más exámenes que abanicos la Pantoja

Lo que no me servirá de una mierda

¿Suspender y sufrir o sufrir y aprobar?

El análisis sintáctico

No soporto a mis compañeros
Me tienen manía
Mi cárcel diaria
Mi cabeza no carbura

COSAS DE PADRES

Interrogatorio por crimen
Cosas de mamá
Frasas de padres y qué significan
Os quiero (a tres metros)
Siempre serás un niño
Poderes para encontrar cosas
Nos leen la mente
No me entienden. Debo de hablar otro idioma
Ordenar mi habitación
Cómo negociar con papá y mamá

COSAS DE VIVIR

Porque yo lo valgo
Los latidos de la razón
Lo que me salga del c*ño
Yo soy así y así seguiré
Si no te gusta, adiós
Agárrate fuerte
Saca la diva a pasear
Pa fuera lo malo
A por ellos
Has llegado hasta aquí

Créditos

Me llamo Roi Sastre. Sí, lo sé, soy más raro que una persona sin Instagram y me quejo mucho, pero es lo que tiene ser millennial. Todo me pasa a mí. Bueno, en realidad, me pasa lo mismo que a todo el mundo, lo que sucede es que yo soy un poco intenso y lo exagero a lo mejor un poquito...

Porque ¿quién no ha salido de casa alguna vez con la batería del móvil cargada al 100% y al llegar al portal le quedaba un mísero 2% y sin llevar el cargador? ¿O quién no ha tenido que enfrentarse al mayor misterio de la humanidad (cómo c*jones consiguen los padres leernos la mente)?

En este libro encontrarás estas y otras muchas tragedias a las que nos hemos enfrentado los millennials y las generaciones siguientes a diario. Pero, tranquilo, si yo he sobrevivido a esto, te aseguro que tú también puedes hacerlo.

A todo aquel que siempre ha confiado en mí,
que nunca ha dudado y me ha ayudado a volar.
Esto es culpa tuya. Esto son las alas que me diste.

Requisitos para leer este libro

- ★ **Imprescindible tener sentido del humor.** (O las vas a pasar muy p*tas).
- ★ **Prohibido ser homófobo.** (Si lo eres, tranquilo. Se cura).
- ★ **Tienes que ser imperfecto.** (De lo contrario no entenderás absolutamente nada).
- ★ **Tener espíritu gamberro.** (Si no, lo tendrás al acabarlo. Cien por cien garantizado).
- ★ **Tener magia interior.** (Vamos, que si eres un amargao ya puedes cerrar este libroy buscarte otro).
- ★ **Ser un poco raro.** (Ya sabes, un poco... Así como eres tú. No disimules, que no cuela).
- ★ **Tener ganas de vivir.** (Porque si tienes ganas de morir este no es tu libro. Llama al teléfono de la esperanza que te ayudarán mejor).
- ★ **Ser emocionalmente inestable.** (Lo que coloquialmente viene siendo un tarao perdido).
- ★ **Odiar la pizza con piña.** (Este no es necesario en realidad, pero es que la odio tanto que lo tenía que poner. Lo siento).
- ★ **Ser un pimpollo.** (Que, si cumples los anteriores, lo eres de la cabeza a los pies y sin remedio).

COSAS DE LA VIDA

Me gusta demasiado comer

Es uno de mis mayores problemas. Un problema que me encanta y, a su vez, eso desencadena un drama constante en mí y sin remedio ninguno. Bueno sí, ponerme a entrenar como si fuese a competir en las Olimpiadas porque me siento peor que un asesino en serie de gatitos bebé mirando las fotos de sus crímenes.

Comer es un placer para mí. Bueno, para mí y para el ochenta por ciento de la población de este santísimo mundo (si es que tienes la suerte y el privilegio de poder disfrutarlo, ya que, por desgracia, recordemos que hay muchas personas en este mundo que no tienen nada que llevarse a la boca). Luego están esas personas, si es que se las puede llamar así, a las que esto (comer) no les gusta. Esos despojos humanos deberían ser condenados al fuego eterno por despreciar uno de los placeres más grandes de esta vida. Tan y tan grande es, que tiene hasta su propio pecado capital: la gula. Pecado del que yo soy eterno culpable y por lo que debería estar confesándome a diario, haciendo procesiones de rodillas y fustigándome con un látigo por pecador compulsivo.

Tengo hambre a todas horas. Soy como un agujero negro.

**AGUJERO NEGRO:
Punto en el espacio con masa y densidad infinitas del
que absolutamente nada puede escapar.**

Vamos, lo mismo que mi estómago. Un puñetero pozo sin fondo que nunca se llena y que puede engullir todo lo que le dé y más, pero, a diferencia de los agujeros negros, que no se sabe a dónde va a parar la materia que entra en ellos, yo sí sé dónde va a parar la materia que entra en mi estómago y en qué se convierte... Se va a mis piernas, a mi culo, a mi barriga, a mis cartucheras y a mi papada. Tal es la velocidad a la que se va a esos sitios que, si sigo por este camino, en breve cuando me vean por la calle no van a saber si soy yo o si soy un anuncio andante de Michelin.

Y se convierte en grasa. Sí, grasa. Esa sustancia que crea tu cuerpo y que desde el momento en que aparece en tu vida te va a querer y va a quedarse contigo para siempre aunque tú no la correspondas. Y lo peor de todo es que no puedes denunciarla por acoso y que le pongan una orden de alejamiento para no verla más. Te jodes y te aguantas.

Y, claro, ahora me dirás: «¡Pues come cosas saludables y que no engorden!». A ver, alma de cántaro, por no llamarte algo bastante más despectivo... ¿Tú has visto a alguien disfrutando mientras se come un plato de acelgas? ¿Has conocido a alguien en

esta santa vida a quien le vuelva loco comerse un plato de brócoli al vapor? ¿Conoces a alguna persona que sea realmente feliz siguiendo una dieta basada en comer verduras y otras cosas parecidas al alpiste para conejos? Si la respuesta es sí, hazle un favor y mátalos. Ese ser está sufriendo. No es feliz, te lo aseguro. Por lo contrario, si la respuesta es no, entonces ya te estás respondiendo tú mismo a la pregunta que me harías anteriormente, por lo que no hace falta que te la responda yo. Puedes tú solito/a, cariño.

Aquí es donde empieza mi dilema...

A mí me encanta comer. Me apasiona. Me vuelve loco. A todas horas. De hecho, ahora mismo, mientras escribo esto sentado sobre mi cama, estoy comiendo palitos de pan mojados en salsa de queso para nachos. Y me encanta comer de todo. Bueno, no, de todo no, las cosas con buen sabor. Ya hemos aclarado que las cosas sanas saben a suela de zapatilla chupada. Me encanta comer cosas con sustancia: pastas con sus maravillosas salsas, las pizzas, las hamburguesas, las patatas fritas, croquetas, nuggets, entrecots, frankfurts... Todo lo «malo». Lo prohibido. Todo lo que engorda, vamos. Mi madre siempre me dijo que los aceites y las grasas son lo que da sabor a las cosas y es verdad. Cuanto más grasiento y refrito, más delicioso está. (Tendríaís que verme ahora mismo escribiendo esto con la cara de Homer Simpson mirando al cielo, con la boca abierta y cayéndoseme la baba de tanto pensar en delicias para el paladar).

El problema está en que yo tengo un pequeño, diminuto y casi imperceptible complejo con engordar. Digamos que no me gusta mucho. Vamos, casi nada, eh. Apenas se me nota que no me agrada esa idea y que me atrae levemente más la idea de mantener un cuerpo bonito que mostrar en la playa... Abuff... ¿A quién pretendes engañar, Roi? Porque no se la cueles ni a una persona que te acaba de conocer y está leyendo esto sin saber ni qué jeto tienes.

¡Vivo obsesionado con eso! ¡Ese es mi dilema! Que me encanta tragar de todo como si fuese un animal rumiante, pero luego me fustigo y me lamento porque, a no ser que me ponga a hacer ejercicio como si fuese a entrenar para la maratón de Nueva York y así quemarlo, todo eso se va a convertir en un acúmulo de grasa suficiente como para que me aparezcan dos gibas de camello.

De verdad, os lo juro que necesito tres vidas para quemar todo lo que sería capaz de tragar si no pusiese algo de control en mi vida y contactos de descarga eléctrica en las asas de la nevera y del armario de la comida, para que me dé calambre cada vez que intento ir a saquearlas cual guerrero musulmán recién pasado el ramadán, como se lo hacen a los hámster de laboratorio para que aprendan lo que pueden y lo que no pueden hacer, ¿sabéis? Pero, a diferencia de ellos, yo no aprendo, y cada cinco minutos vuelvo a electrocutarme. Prácticamente ya no tengo huellas dactilares de lo quemadas que tengo ya las manos.

¿Por qué todo lo bueno engorda? ¿Por qué tanta tortura? A veces pienso que la vida es una broma de mal gusto en la que hemos venido a sufrir por cosas como esta. A ver, sabiendo lo que a la gente le gusta la pizza, las hamburguesas, las patatas fritas... ¿Tan difícil es hacer que todo eso no engorde y que las personas de a pie con el hambre de cuarenta y tres ballenas blancas juntas podamos ser felices engullendo todo y cuanto nos plazca como si fuésemos vacas en un pasto verde de los Alpes

suizos? Parece ser que sí, oye. Que o es imposible o que, por algún motivo que no sabemos, eso está prohibido porque alteraría el mundo tal y como lo conocemos (ejem, la adicción humana a los azúcares, ejem, ejem, guiño, guiño, codo, codo y pisotón).

Y ahora es cuando vuelve a aparecer alguien que me dice... «Ya existen esas cosas que no engorden». Vale, que sí. Búscame tú ahora un beicon de esos que dicen que no engordan y que sepa a beicon y no a zurullo de cabra reseco de tres días pisoteado por todo el rebaño si eres tan chulo. Cuando lo encuentres, me llamas. Eso si no te ha pillado algún tipo de mafia u organización secreta conspiradora y te hacen desaparecer del mapa enviándote a la isla esa de los que saben demasiado. Sí, esa isla existe. Lo sé yo y lo sabemos todos. Y el día que se demuestre volveremos a decir eso de que los Simpson ya lo predijeron.

En resumen, y para ir cerrando esta parte de mí mismo, que si no quiero asemejarme a un manatí tomando el sol, o a un cachalote varado en una playa, debo vivir mi calvario y comer comida de canario, verduras hervidas y carnes blancas a la plancha con muy poco aceite. Tócate los huevos y baila flamenco, pa que después digan que ser feliz es muy fácil. ¡Y una mierda pinchá en un palo y metía en un bote! La felicidad sería poderme apretar tres pizzas de peperoni, una tras otra, doce nuggets, un plato de espaguetis a la carbonara y cuatro donuts rellenos de chocolate con cobertura fondant de postre sin el más mínimo remordimiento de que mi cuerpo haga bultos gelatinosos con ello repartidos a lo largo y ancho, sobre todo ancho, de mi preciosa y maravillosa anatomía. Eso sería la felicidad. Lo otro es un sacrificio aceptado. Porque somos masocas. No hay más.

Que te quede claro... ¡Todo lo bueno de esta vida o está prohibido socialmente o engorda!

*Roi se va a un rincón con una bolsa de Doritos y un tarro de helado de chocolate a llorar. Y a ponerse morado comiendo mierda. Sobre todo lo segundo.

Odio madrugar

De las torturas más grandes jamás inventadas en esta vida, incluido en ello el estreñimiento crónico, está el madrugar. ¿Quién c*jones fue el maravilloso ideólogo que decidió que el día laboral empezaba a las ocho de la mañana para todos los mortales, que voy a visitarle y le parto la cabeza en cuatro partes que voy a hacer al horno con salsa de cebollines?

A ver, yo puedo entender que por allá en el Paleolítico, cuando las personas dependían de la luz solar para salir al exterior de sus casas o refugios, lo más importante fuese aprovechar al máximo las horas de luz. Básicamente porque era imprescindible para ver algo, ya que encender un fuego en ese entonces no era como chascar un mechero hoy en día, que te veo venir..

Vale, en ese entonces yo entiendo que por fuerza mayor las personas tenían que levantarse con los primeros rayos de sol, aunque fuesen lo que ahora serían las cinco de la mañana, y recogerse para casa cuando la luz se iba al carajo. Vale. Hasta aquí todo correcto, pero es que ahora me viene a mí una cosita a la cabeza. Es que resulta que la sociedad moderna tiene en sus manos un poderoso descubrimiento al que no le estamos dando el valor que se merece...

¡¡¡HEMOS INVENTADO LAS BOMBILLAS!!!

¿Por qué seguimos funcionando según los horarios de luz solar cuando ya nosotros hemos inventado cómo hacer luz artificialmente? ¿Por qué seguimos viviendo de día y escondiéndonos de noche cuando ya vemos todo lo que nos rodea? ¿Y por qué c*ño tengo que despertarme a las siete de la mañana para hacer algo que lo haría exactamente igual a las cinco de la tarde, más relajado y con un cerebro que funcionase de verdad y no que solo dé palmas a ritmo descompensado?

Soy incapaz de funcionar por las mañanas. Desde que me levanto hasta aproximadamente las seis de la tarde mi cerebro va al ritmo de una tortuga tuerta y con artritis. Soy incapaz de sumar dos más dos correctamente y os aseguro que no hay café que me salve la situación. Bueno, básicamente porque no me gusta el café. Tengo ese pequeño fallo.

Madrugar para mí es despertar de cualquier forma que no sea una forma natural, es decir, que algo externo a ti te despierte por algún motivo y no que tú abras los ojos porque se te ha acabado el sueño, que es lo que considero que debería ser, aunque tu cuerpo te pida que duermas catorce horas. Si te lo pide, por algo será, ¿no crees? Por lo tanto, siguiendo esta creencia, si el despertador suena a las doce del mediodía y tú aún estabas en la fase REM más profunda y eso te despierta, eso es madrugar.

Interrumpir el sueño debería ser algo penado por ley. Al igual que robar comida del

plato de otro. Debería haber condenas del estilo «cortarle una mano al que lo haga» o, en el caso de despertar, condenar a una semana sin dormir ni un minuto, y creo que estoy siendo muy suave.

¡ES INHUMANO! Si el cuerpo necesita descansar más horas, ¿por qué nos torturamos día tras día quitándole horas de sueño? Luego nos preguntaremos por qué envejecemos y por qué el cutis se nos va a tomar por c*lo con la edad... Está muy claro el porqué, porque en vez de dormir como dos morsas hibernando día tras día, dormimos solo lo justo para poder volver al día siguiente a trabajar para otros y no para ser un poco más felices.

Soy más vago que una iguana anestesiada

Trabajar no es algo que esté hecho para mí. Yo de verdad que lo siento mucho, pero todo lo que contemple algún tipo de actividad física por encima de levantarse del sofá e ir hasta la nevera para ver si hay algo para picar, es un sobreesfuerzo. Hasta ir al baño para mí ya es plato de mal comer, porque sentado en la taza del váter no es que se esté muy cómodo... Aunque luego seamos capaces de pasarnos allí tres siglos, mirando el móvil o la composición en portugués del champú, y que al salir no conozcamos a nadie de los allí presentes porque hemos pasado por un portal espacio-temporal demasiado grande, pero esto es otra historia.

Mi estado ideal es el horizontal. A poder ser con comida al alcance con solo alargar el brazo sin tener que hacer mucho esfuerzo. Mi cuerpo ya ha desarrollado un sistema para no morir ahogado tragando comida estando totalmente tumbado, aunque, si eso fallara y me atragantara, sé autohacerme la maniobra de Heimlich para salir del paso y poder seguir a lo mío.

A mí no me plantees ninguna actividad. Ni se te ocurra pensar que voy a ir contigo a ninguna parte por voluntad propia si no hay algo que me motive de verdad, y piensa que, ya de por sí, poner un pie en el suelo y empezar a andar no es un buen comienzo. Porque iniciar una actividad no es solo ponerse de pie y salir de casa, no, no, no. Es levántate de tu estado de letargo, dúchate, vístete, adecéntate, sal a la calle, pasa frío o calor, ve al sitio, haz lo que tengas que hacer, socializa, odia a todo el mundo que tienes feliz a tu alrededor porque tú estás amargado y deseando volver a tu sofá tapadito con una manta, acaba la actividad, vuelve a casa, ponte la ropa de casa... YA ME HE AGOBIADO. Otro día que no salgo de casa.

¡Qué puñetera manía tiene la gente de hacer cosas constantemente, con lo bien y tranquilo que se está en casa!

¿Por qué hay que ir al cine? ¡Tenemos Netflix! ¡¡¡Y miles de plataformas donde ver las pelis que hacen en el cine!!! ¿Que quieres palomitas? Las compras en el súper y te las haces en el micro, ¡y no te robarán diez euros por cuatro palomitas rancias hechas antes de ayer!

¿Que quieres salir a bailar y a beber? Ponte música y atraca el minibar. Sí, el minibar. Ese armario que hay en toda casa española lleno de bebidas alcohólicas que nadie ha comprado, pero que se han ido guardando por si acaso. Estoy seguro de que tienes más variedad de alcoholes en ese minibar que en la mejor licorería de la ciudad. Si es que seguro que hay hasta alcoholes ilegales cocinados en alguna bañera oxidada de Tijuana. Generalmente es la botella sin etiqueta y con un líquido sospechosamente traslúcido en su interior que ya solo olerlo te deja tonto un buen ratillo. Te metes un

chupito de eso y te aseguro que el viaje que pegas no tiene comparación a la fiesta que pudieses pegarte en cualquier discoteca de tu localidad. ¿Pa qué quieres más?

¿Quieres ir a la playa? ¿Para qué? ¿Para que te roben hasta las bragas que no llevas? Con lo fácil que es salir a la terraza, mojarte con un barreño y tomar el sol sin tener que ir a kilómetros de tu casa, con todos los cacharros, pelearte por un metro cuadrado donde meter tu toalla, cagarte en el niño que te tira arena en los ojos, salir del agua con tres algas encima y una compresa usada enganchada en el brazo...

¿Se entiende por qué no me vas a mover? Allí donde tú ves diversión y felicidad en los mundos de yupi con duendecillos tirando purpurinas por todos lados y unicornios volando y tirándose pedetes de arcoíris, yo veo la realidad y es cruel, rancia y asquerosa, y no me vas a convencer de lo contrario porque escucharte ya es un esfuerzo demasiado gordo que no pretendo hacer.

La regla es la siguiente: ¿me voy a cansar? Si la respuesta es sí, churro pa ti. Te pongo un ejemplo...

—Vamos al centro comercial, a ver la nueva tienda...

—¿Me voy a cansar?

—A ver, vamos a andar y tal, pero tampoco...

—¿Andar? ¡Uy! ¡Adiós!

A este ejemplo le puedes sumar todas las opciones que tú veas oportunas, que la respuesta siempre será la misma.

Para hacer que yo me mueva debes darme unos motivos más que de peso para ello, por ejemplo, comida.

Si el plan no conlleva un gran desgaste físico y hay comida en él para poder reponer fuerzas, entonces me voy a plantear la posibilidad de hacer todo el ritual anterior para poder complacer a las personas de mi alrededor con mi maravillosa grata presencia. Y cuando digo comida, quiero decir comida, no dos tapitas de mierda con hojas de menta encima, porque como haya hecho mis esfuerzos para llegar al sitio y me encuentre con eso, te aseguro que te los meto por el c*lo sin ningún tipo de lubricante... Avisado quedas.

De lo contrario, todos tus esfuerzos para moverme de mi habitáculo de hibernación van a ser inútiles, te lo advierto ya de buenas a primeras para que ni lo intentes. Ya que si lo haces y no lo consigues, que ya te digo que es lo que va a pasar, la frustración es muy mala y nos lleva a tomar muy malas decisiones, y si luego te da un apechusque por haberte comido cinco kilos de helado de chocolate tú solo en el sofá, que sepas que estabas avisado.

Nunca sé qué ponerme

Tengo tantos pantalones que podría montar mi propio Zara en casa. Tengo camisetas suficientes como para vestir a todos los participantes de la maratón de Nueva York y zapatillas como para calzar a toda la plantilla del Mercadona más grande del país, y aun así tengo más crisis de armario que Dulceida eligiendo outfit para hacerse nuevas fotos sin repetir uno antiguo.

Cuando me pongo delante del armario a elegir qué es lo que debería ponerme ese día para salir en seguida lo tengo claro, elijo unos pantalones, una camiseta que quede guay, unas zapas guais... Y comienza el drama.

Por alguna razón, cuando me pongo los pantalones, que cuando me los compré me quedaban más divinos que cualquier prenda de ropa a Victoria Beckham, ese día me quedan como el santísimo culo de un mandril en celo. Parezco una morcilla de Burgos embutida a presión y llena de bultos raros que antes no tenía, y mirarme al espejo con eso me da bastante repelús, que es la imagen contraria a la que yo quería dar a todo el mundo llevando esos pantalones.

Entonces hay que elegir otro outfit (porque claro está que ese ya no va a ser posible, a no ser que quiera que me confundan con el nuevo anuncio andante de la Carnicería Nogales que se ha abierto en el barrio), y eso no va a ser tarea fácil, porque uno quiere ir mono y efectivo, y si ya de entrada tus pantalones predilectos fallan, cagada la hemos. Además, la camiseta con la que quería llevarlos que también es maravillosa ya no pega tan bien con nada más de lo que tengo en ese santo armario, y empiezo a hiperventilar.

La vista se me nubla, el pulso se me acelera, empieza a faltarme el aire y me veo ahogado entre prendas y prendas de ropa intentando encontrar el equilibrio perfecto entre lo que me queda bien y lo que no, para poder combinarlo de algún modo mágico y no parecer un payaso recién salido de su número en el circo.

En estos momentos me doy cuenta de que en otra vida yo debí ser coleccionista de arte o director de algún museo, porque desde luego que tengo prendas que me he comprado yo mismo que son verdaderos cuadros dignos de exponer. ¿En qué estaba yo pensando en el momento en que se me ocurrió que eso era una maravilla para poder llevarlo? Tengo hasta pantalones por estrenar, con etiqueta incluida, que no me entran ni de c*ña porque mi talla ya no es esa desde hace años, pero que yo me los compré con la fe de que algún día me pondría a dieta y haría mucho ejercicio, y así conseguiría entrar en ellos... Iluso.

Después de varios intentos de probarme outfits imposibles y de intentar innovar más con la ropa que cualquier aspirante a diseñador del año en la semana de la moda de Milán, acabo por llegar a la conclusión de que es un caso perdido. Seguir intentando buscar una forma original de vestirme con todos estos trapos de cocina que tengo por ropa en el armario va a ser misión imposible, así que toca tirar de archivo y buscar

esas prendas que nunca fallan, pero que están más usadas que una prostituta en la antigua Babilonia. Ahí se presenta un nuevo problema...

¿Cómo me visto de una forma decente y resultona con las cuatro prendas que uso constantemente a diario? Sí, esas cuatro prendas que están más usadas que el chándal del cole, que me las ha visto hasta la tía abuela Encarni de Torremocha del Campo cuando fui a visitarla con mi familia al pueblo de cabras en el que vive y que no tiene más de trescientos habitantes y mucho campo, y me llevé esas prendas porque me daba igual si se ensuciaban, se rompían o si se quedaban allí abandonadas de por vida, cosa que no pasó, ya que al llegar a casa de nuevo estaban dentro de mi maleta, aunque yo hubiese hecho arduos esfuerzos para que no fuese así y tener una buena excusa para comprarme ropa nueva, pero a veces ignoro que hay un ser superior que, cuando yo voy, ha ido y ha vuelto cuatro veces, y que me huele las intenciones antes de que yo llegue a pensarlas: mi madre.

Es entonces cuando ya comienzo a sentirme más agobiado que el fontanero del Titanic porque empiezo a aceptar que, me ponga lo que me ponga, voy a parecer un espantapájaros viviente y que no hay dios creado por la humanidad al que pueda encomendarme y rezarle para que me ayude a solucionar semejante mojón de situación. Este es el punto máximo de toda crisis de armario. Cuando uno acepta que no tiene absolutamente nada que ponerse para estar decente.

En estos momentos no estaría de más ser algo más rico, porque así el problema tendría fácil solución, me pongo lo primero que encuentro y me voy de compras. Me compro un modelito entero de pies a cabeza y la ropa vieja la doy a caridad, y así renuevo un ciclo completo. Pero eso es fantasía, porque soy más pobre que Jack Dawson en Titanic y como mucho mis ahorros me dan para un paquete de pipas y un chupachups, por lo que volvemos a bajar al planeta Tierra, donde la vida duele y es dura y vengativa contigo.

Al final no sé nunca cómo salgo de esta situación. Supongo que llega un momento en el que ya me he saturado tanto que me digo... ¡A tomar por c*lo! Pillo lo primero que encuentro, me lo pongo sin apenas mirarme al espejo y salgo rezando para que ese día me encuentre a la mínimamente posible para que no me vean con las pintas de vagabundo que me llevo.

Evidentemente, ese día, al contrario que el día que salgo hecho un pincel, me voy a encontrar a mis amigos, a todos mis compañeros de clase, a mi antigua profesora de catequesis, a mi dentista, a la madre de mi amiga Laura, a los hijos de mis vecinos, a la persona que me gusta y hasta a la señora Concepción y a su perro, que siempre me miran mal. Cómo no... Es que tengo un don.

¿Por qué es tan dura mi existencia?

Cupido me odia

Yo no soy una persona desafortunada en el amor. No, porque eso significaría que al menos tengo algún tipo de vida amorosa. Una que no acaba de fluir y que acaba más en lágrimas que en brindis, pero, al menos, una vida amorosa. No es así.

En algún momento de mi triste e insignificante existencia yo hice o dije algo que jodió gravemente mi relación con Cupido y todo se fue a la mierda. No tengo la más remota idea de qué pudo ser, pero de verdad que tuvo que ser algo muy, pero que muy gordo. Tan gordo que desde entonces mi vida amorosa es un fracaso más absoluto que el viaje inaugural del Titanic. De hecho, en ese viaje aún se salvaron vidas. Pocas, pero algunas se salvaron. En mi naufragio amoroso no hay ni botes salvavidas, ni chalecos, ni nada flotante a lo que agarrarse cuando el agua te llega al cuello. Es más, incluso te diría que llevo una cadena atada a una pierna con una bola de cien kilos al final de ella que me arrastra hasta el fondo de un mar de negrura, incertidumbre y mucha soledad.

Os pongo en situación. Todo lo malo, pa mí. Todas las taras y devoluciones, pa mí. Todos los desechos humanos inaprovechables, ni para reciclaje... Pa mí.

Cupido está cabreado. Lo noto. Se nota, se siente, la tensión está presente. ¿De qué si no cada vez que el niño alado tira una flecha para que yo me fije en alguien, este es un engendro digno de un manicomio de alta seguridad con brotes psicóticos y voces que le hablan en su cabeza? No podía tirarle la flecha a esa persona maniática y rarilla, pero que al menos es decente, o a esa persona que tiene aficiones dudosas, pero que tiene un punto de conversación aceptable, no. A las locas del c*ño. Todas las locas del c*ño, pa mí.

Es algún tipo de venganza que yo no entiendo. Algún tipo de vendetta que Cupido tiene contra mí y que no sé cuándo la va a dar por servida por completo. Al paso que vamos seguro que ya nunca, porque la lista de tarados mentales que han pasado por mi vida es más larga que la bata de cola de la Pantoja.

Y lo jodido es que se camuflan bien. Que tú te fijas en una persona aparentemente normal, agradable, de carácter simpático e incluso podríamos decir que con cierto atractivo físico. No es un adonis esculpido en mármol por un artista de la antigua Grecia, pero, oye, que no está mal y que tiene su puntillo. Y te dejas llevar...
CRASOERROR.

Acabas de caer en la trampa. Otra vez, Cupi (así es como lo llamo ya de colegao, porque tanta putada al final hace que le cojas hasta cariño) ha apuntado con su flecha a un personaje digno de una peli de asesinos psicópatas.

Le gusta ver desmembramientos. Tiene amigos imaginarios. Dice que puede hablar con el más allá y que puede establecer contacto con extraterrestres. Habla neperiano, que es una lengua inventada y que no existe, pero que si hubiese en el mundo una academia para aprenderla esta persona sería su director o directora. No le gustan los

animales (aquí ya empiezan a pitar todas las alarmas, porque alguien que no siente afecto por el cariño de un animal tiene una aura muy muy negra dentro), no le gusta la gente y lo peor... No le gusta comer. Vamos, un tarao como una casa de grande.

Y tú que para la cita, encuentro o vistazo fortuito ya te habías hecho tus mínimas ilusiones... A ver, tampoco tantas, sabiendo cómo está el panorama con el amigui Cupi, pero al menos piensas: mira, igual algo sale... Una posible amistad, alguien con quien ir al gym, una persona con la que rajar de las demás hasta soltar toda la bilis que tienes dentro o, yo qué sé, un polvete pasajero para sacarte las telarañas que tienes por ahí abajo, que al paso que vas se te va a regenerar la virginidad, pero ni eso, oye... A medida que más vas conociendo a esa persona, si es que se la puede llamar así, más ganas de echar a correr te van entrando. Y qué digo de echar a correr... De echar a correr sin mirar atrás mientras vas llamando al 112 para informar de la fuga de un interno peligroso del sanatorio mental más próximo de la zona. Eso no es una persona, es un loco de manual, un psicópata, una tara de la sociedad. Tú buscas la definición de locura en un diccionario común y al lado de la descripción estoy seguro de que aparece una foto con la cara de esa persona como personaje descerebrado célebre. No es una persona por la que puedas sentir atracción ninguna. Lo que sientes es pavor de tan solo imaginarte que te vas a dormir con esta y seguro que no despiertas al día siguiente porque te ha descuartizado, deshuesado, picado y está preparando el sofrito para hacer croquetas con tu carne. SO-CO-RRO.

¿Tan malo fui yo en otra vida como para que Cupi me trate así? ¿Le hice algo malo en otra vida? ¿Le lapidé en Babilonia? ¿O es que igual le quité el flotador en el Titanic?

No tengo respuestas a ninguna de todas estas preguntas y me apena mucho, porque estoy seguro de que él y yo podríamos llevarnos de maravilla y ser amiguis. Los típicos amiguis que se putean de vez en cuando y que se tiran sus pullitas, pero que no se hacen mucho daño, ¿sabéis? Pero no esto que me hace. No esto que me hace.

Lo que el señor Cupido me hace, y digo señor porque, aunque parezca un niño dulce y alado, el c*brón tiene más años que Matusalén, que es más viejo que las chanclas de Jesucristo, no tiene ni nombre ni perdón. Yo entiendo que pueda estar molesto por algo. Hasta ahí todo bien, pero, tío, podría dejar de joder la marrana y bajar a hablarlo, porque tanta putada me está hinchando las pelotas ya, por mucho cariño que le haya pillado, y vamos camino de que me compre yo un tirachinas de esos nuevos, superpro y avanzados, y que si algún día, por un capricho del destino se deja ver aunque sea de lejos, le meto tal pedrada en la nuca que se pasa mes y medio revolcándose por el suelo del dolor.

Igual entonces le enviaría al sádico con el que pretendía emparejarme para que lo mire mientras sufre. Así hace disfrutar él mismo al engendro con el que me quería emparejar a mí para acabar empanado en un tupper.

WhatsApp

Uno de los inventos más revolucionarios del siglo XXI es sin duda el teléfono móvil y con ello el smartphone, que tiene de smart lo que yo de folklórica, pero bueno, damos como válido que tú le dices qué hacer y él te lo hace sin apenas apretar un botón. Opción que nadie usa, por otro lado, pero bueno, ese es otro cuento distinto, como la Caperucita y los cerditos, que en ambos hay un lobo, pero no es el mismo.

La cosa es que los smartphones nos han revolucionado la vida y vienen con una aplicación que, teóricamente, es para hacernos más fácil la comunicación, pero en realidad lo que está haciendo es destruirnos poco a poco hasta llegar a sobrepasar todo límite de cordura, manifestar conductas paranoides y tener instintos asesinos con todo aquel que haga sonar una notificación.

Sí, pimpollo, estoy hablando del WhatsApp, un invento del demonio que de haber existido en la Edad Media hubiese servido de instrumento de tortura para la santísima Inquisición española contra brujas y herejes.

En principio es una App muy simple. Envía y recibe mensajes a través de una conexión a una red wifi y permite que puedas chatear con cualquier persona «en cualquier momento».

iiiMENTIRA!!!

Tú puedes mandar mensajes a quien te salga del pepe en cualquier momento, sí. Eso es verdad. Que te contesten al instantey puedas entablar una conversación en ese momento concreto ya es una historia con más fantasía que toda la narrativa de Las crónicas de Narnia.

Nadie te contesta al momento. Tú puedes necesitar algo «urgente» y te aseguro que puedes estar muriéndote, que si tu vida depende de ello, usa mejor el tiempo que te quede y la conexión a internet para comprarte un bonito ataúd, porque lo que es recibir la respuesta que esperas ya te digo que te llegará el día de tu funeral.

La gente hoy en día vive pegada al móvil, se pasa horas y horas mirando fotos, haciéndolas, jugando a juegos, actualizando y revisando sus redes sociales... Y cuando te contestan tarde tienen los santos huevos de decirte algo tal que así: «Uy, es que no lo había visto...».

Mira, iyo es que me cago en la madre que lo parió, la abuela que parió a la madre y el abuelo que la fecundó! ¿Te has pasado todo el santísimo día pegado al móvil, has subido una foto y cuatro historias a Instagram, has actualizado el Facebook, has hecho dos TikTok y tienes los santos cojones morenos de decirme que no has visto que has recibido un mensaje mío? Yo es que te llevo de excursión a los acantilados del Gran

Cañón para una vez allí pegarte una patada en el culo y tiraros a tu móvil y a ti por el precipicio para que te lo pienses mejor la próxima vez antes de IGNORARME como a un comercial puerta a puerta. ¿Pero qué te crees que eres? ¿La reina de Inglaterra respondiendo a su correspondencia? Pregunto.

Por si todo eso fuese poco, esta aplicación se actualizó hace unos años con una nueva característica: te notifica con un doble check azul que el receptor ha abierto el chat después de mandar tu mensaje y, por ende, que ha visto que le has hablado y que, seguramente, ha leído tu mensaje.

Por si ya podía sacarte de tus casillas que una persona no te respondiera en un lapso de tiempo breve, ahora, además, si encima te indica que esa persona ha leído el mensaje, ya es que te cagas en la santa madre que parió a todos los santos del altar mayor. Viene a decir que a esa persona le importas una santísima mierda como un piano de gorda y que, pese a ver que tú te has molestado en escribirle en espera de una respuesta, le importa tres pueblos y parte de una ciudad tu tiempo, tu espera y tu paciencia.

¡Tócate los huevos y baila flamenco!

Yo no sé tú, pimpollo, pero a mí que me planten el «visto» me parece una falta de respeto tan o más grave que un escupitajo en la cara. Mira, es que un escupitajo en la cara sería mejor, porque tienes a la persona delante y puedes cagarte en la santa madre que la parió, pero con WhatsApp eso no pasa. Tienes a esa persona a kilómetros y, por más que te cagues en ella, esta va a seguir con su vida tan ricamente.

Puedes hacer como yo, que, cuando no me responden, mando un audio cagándome en todo lo más grande, pero luego quedas como si fueses la loca de la colina que vivía con las cabras y entonces sí tienen un motivo para ignorarte. Pero yo soy un caso para dar de comer a parte.

¿Y qué decir de los grupos de WhatsApp? Si la aplicación ya la carga el diablo, los grupos de chat dentro de esta aplicación ya son el desquicie hecho realidad. Yo es que me arranco los pelos de la cabeza cada vez que me meten en un grupo nuevo. Que el grupo ya se puede llamar «Cumpleaños de María Bernarda» que siempre aparecen dos o tres que se la suda un pie el tema del grupo y se empiezan a mandar memes, y a tener conversaciones a dos como si eso fuese un chat privado, y todo el mundo tiene que aguantarles... Mira, yo es que cualquier día me cojo un buen laxante, propongo una reunión de todos los miembros de los grupos y adultero el ponche hasta que me quedo sola.

Maldita aplicación condenada... Si lo llego a saber antes, ni me la descargo y vivo al límite de la sociedad. Como un ermitaño.

La batería

Es, ahora mismo, el mayor problema de la humanidad y el que menos se empeñan en arreglar las empresas de teléfonos móviles.

¿Me sabría alguien explicar por qué los primeros móviles que todos tuvimos, por allá en el 2002-2003, eran capaces de aguantar UNA SEMANA entera sin que los cargases, que te podías ir a la India y volver sin cargar el móvil perfectamente y al llegar tenías aún un 20 % de batería, y ahora salgo de casa con un 100 % y al pisar la calle ya solo queda un 2 %?

¿Qué puñetas pasa con las baterías de los teléfonos móviles de hoy en día y por qué la ONU no se ha puesto seria ya en esto?

Yo soy de esas personas que se pasan el día pegadas al teléfono. Respondiendo mensajes, mirando fotos, mirando Instagram, contestando comentarios... Cuando veo que la batería de mi teléfono baja del 70 % al 69 %, ya la hemos jodido.

Me empiezan a subir unos calores... Se me nubla la vista... No puedo pensar con claridad... Noto como que me falta el aire para respirar... Y ya podéis llamar al Samur. Que me sacan en camilla. Si voy a tardar en volver a casa y no llevo aunque sea un mini cargador portátil o algo por el estilo, el ataque al corazón está asegurado. Mi vida y mi ansiedad van a durar lo que tarde esa batería en llegar al 0 % y que se me apague el móvil. Entonces ya podemos buscar un notario incluso para hacer testamento y funeraria para arreglar mi entierro, porque me habré muerto de la angustia que habré vivido.

Sí, soy un adicto al teléfono móvil y no me escondo de ello. No puedo vivir sin él. A mí me meten en Gran Hermano y a los dos días me llaman «el Spiderman». Porque me subo por las paredes. Vamos, es que ya el primer día dudo que me quedasen uñas. En ningún dedo de mi cuerpo. En ninguno.

¿Cómo puede ser que hoy en día las baterías duren menos de lo que dura un paquete de chicles en una clase de la ESO? Antes, que apenas usábamos el teléfono, duraban siglos enteros y ahora que necesitamos el teléfono a todas horas, en lo que te tiras un pedo ya no te queda nada y tienes que mendigar para poder conseguir un cargador antes de que se te vaya por el sumidero toda posibilidad de sobrevivir en la vida moderna.

Yo creo que las baterías duraderas están inventadas, pero que por alguna razón conspiranoica que desconocemos no salen a la luz, y que todo aquel que conozca de su existencia es eliminado de la faz de la tierra y enviado a esa isla que enseñan en un capítulo de Los Simpson donde mandan a las personas que saben demasiado. No creo que sea tan difícil crear una batería que dure, ¡c*jones! Llevamos todos cámaras en el móvil, que parece que tengamos una puñetera réflex en el bolsillo y no somos capaces de inventar una batería que dure, ya no una semana... No... ¡¡Un par de días sin preocuparse!! Algo huele a rancio aquí... Algo huele a podrido y no es precisamente...

Uy, un momento... Ahora vuelvo, que tengo a unos tarados en la puerta que dicen ser del CNI y que quieren charlar conmigo. Lo que hacen para venderte cualquier mierda...

Dormir o no dormir

Me encanta dormir. Bueno, no. En realidad, no me iría a dormir nunca, pero visto está que el cuerpo no aguanta tanto, y menos a mi edad. Ya os daréis cuenta cuando os hagáis viejas como yo...

Lo que me encanta de verdad es no salir de la cama por la mañana. Entendamos por «mañana» ese momento en que despiertas, ya sea por el despertador, por la luz del sol entrando por tu ventana, cual princesita de los cuentos de hadas, o porque ya has dormido como un oso después de hibernar. Que da igual que sean las ocho de la mañana que las dos de la tarde y lo siguiente que tengas que hacer sea sentarte en la mesa para comer. Ese momento en que estás despierto, pero tus pestañas superiores aún están mimetizadas con las inferiores, que la cama está fresquita (o no, dependiendo de dónde vivas y la época del año en la que estés) y que las sábanas te atrapan como si les fuese la vida en ello para que no salgas de ahí.

Ese momento es como debe de sentirse uno al estar en el cielo. Con una suave brisilla que te acaricia, toda una cama para ti, una paz enorme... Hasta que viene alguien y lo fastidia, porque siempre hay alguien que aparece para joderlo.

Por el contrario, cuando es la hora en la que debería decir: ahora me voy a dormir, no hay manera, oye. Puedo haberme pasado todo el santo día cayéndome de sueño y arrastrándome por los rincones como una alimaña desnutrida, que es la hora de coger la cama y podría ponerme a bailar sardanas, jotas y todos los bailes regionales tradicionales habidos y por haber. Y eso que yo no soy de tomar café, porque si lo fuese... Parecería Super Mario cuando se tomaba la estrellita esa, que iba a tope de power.

¿Por qué sucede eso? O sea, ¿por qué si yo me paso un día entero teniendo sueño, cuando llega la hora de dormir parece que me haya tomado cuatro bebidas energéticas y que me hayan dado alas como para ir a la Luna y volver cinco veces en la misma noche? ¿Es algún tipo de tortura celestial? ¿Alguna forma de decirme que voy mal en la vida y que no voy a encaminar mi destino de ninguna manera? Porque, si es eso, ya hace años que lo tengo más que claro cuando me miro al espejo, no me hace falta un castigo tan cruel. Ni en la santísima Inquisición española eran tan crueles con las brujas y los herejes.

Bueno, sea por lo que sea, está claro que yo soy una criatura de la noche, soy más nocturno que el camión de la basura y mi cabeza cuando llega el atardecer hace «vamos, vamos que nos vamos», y entonces no hay quien la pare. Durante el día no me preguntes ni mi nombre, porque no voy a tener ni idea de responderte, ya que igual hasta se me cae la baba hablando, pero de noche yo te construyo hasta la Sagrada Familia si hace falta.

Luego están esos seres extraños. Bueno, extraños... Más raros que un perro con el pelaje estampado de Burberry. Esas personas a las que les gusta madrugar y

«aprovechar el día»...

Son esas personas que a la primera que suena el despertador lo paran y se levantan. Nada de posponer la alarma ni de dormir cinco minutitos más. Directos para arriba y a empezar el día. Son esas personas que, aunque sea domingo, se van a levantar igual en las primeras horas de la mañana porque así dicen que disfrutan de todo el día. Son esas personas que, si en algún momento duermes con ellas, en cuanto ellas se levanten vas a ir tú detrás, porque no saben levantarse y no joder a los demás.

¿Qué tipo de enfermedad tienen esas personas? ¿Cómo pueden vivir con ese sufrimiento?

Yo, que soy una persona que cuando me levanto no proceso información hasta que no han pasado como mínimo seis horas de funcionamiento cerebral, que hasta pasadas las seis de la tarde no me puedes preguntar nada porque mi cerebro va a estar en piloto automático, me pregunto cómo estas personas pueden estar tan activas de buena mañana.

Ahora, eso sí, a la hora de salir de noche, no les pidas a estas que sean el alma de la fiesta...

En eso los nocturnos llevamos mucha ventaja. Años de entrenamiento yendo a dormir a las tantas para luego levantarse habiendo dormido una mierda y media. Mientras ellos, cuando la noche comienza a animarse y a ponerse calentita, son los primeros en desaparecer como si se les hubiese tragado la tierra y en enviarte un mensaje desde su cama diciéndote que no se encontraban muy bien y que prefirieron marcharse. Todos sabemos que ese mensaje es más mentira que los Reyes Magos o Papá Noel y que en realidad no han aguantado ni el primer asalto y han hecho una bomba de humo del tamaño de una catedral para que nadie les impidiese poder escaparse con alevosía y nocturnidad.

¡Traidores!

¿Qué es la vida?

Pimpollo, vamos a reflexionar... O eso o nos vamos a cagar en lo más grande, pero bueno, que al fin y al cabo todo suele ser lo mismo. Darle mil vueltas a un asunto sin llegar a ninguna conclusión clara. Filósofos de estar por casa.

¿Qué es la vida? La vida es eso que pasa mientras tú estás espachurrado en el sofá o en la cama leyendo este libro. ¡¡¡Toma!!! ¡¡Ja, ja, ja!!

A ver, para mí la vida es todo. No quiero decir que la vida se te esté escapando de las manos por estar leyendo esto, ni mucho menos, me estaría tirando piedras a mi ventana y no es una práctica que recomiende a nadie. Los cristales se rompen igual que en cualquier otra. Lo he comprobado. Lo que vengo a decir es que cada uno vive su vida como le viene en gana (o como le dejan, que a veces nos marean demasiado, ¿verdad?) y si tú disfrutas leyendo esto, además de ser un pimpollo de pura cepa, estás disfrutando de la vida a tu manera y nadie te puede decir nada al respecto.

La vida es como un viaje, más bien como un viaje a una montaña rusa de esas que miras desde fuera y piensas: «Yo ahí no me monto ni loca que me salen las tripas por todos los orificios vitales habidos y por haber», pero la cosa está en que no tienes elección, en el momento en que naces ya estás sentado en la vagoneta, con el arnés de seguridad atado y la cosa ya se pone en marcha. Bajarse no es una opción. Te jodes y bailas.

En esto que llamamos vida hay momentos de todo. Momentos en los que eres más feliz que un niño con un Chupachups y momentos en los que desearías tirarte por la ventana más cercana y acabar haciendo una hamburguesa de ti mismo con insignia gourmet, pero sabes de sobra que esa no es la solución, porque el futuro puede deparar muchas cosas que te devuelvan ese Chupachups.

También tiene momentos en los que te gustaría coger un fusil y empezar a disparar a diestro y siniestro hasta quedarte más sola que la una para sentir que no te marea ni Dios, pero tampoco es la solución. Hay que aprender a escucharse a uno mismo con todo ese montón de ruido innecesario alrededor.

Los hay que en la vida son aventureros, los hay que son reservados, los hay atrevidos, los hay más acojonados, y luego estoy yo que soy un puñetero kamikaze que no hace caso a nadie y me voy pegando una de hostias que no entiendo ni cómo puede ser que esté vivo.

Yo soy demasiado impulsivo. Eso significa que en el orden de pensar una cosa, reflexionar cómo hacerla y luego llevarla a cabo, yo me salto los dos primeros pasos. Y eso no es que salga siempre bien, eh... Ya os digo yo que no, pero como de momento sigo vivo y no me he matado, pues continúo por el mismo camino. Eso me ha llevado a conseguir cosas muy guais, como por ejemplo conoceros a vosotros, pero por otro lado me he llevado cada castañazo que podría entrar en El libro Guinness de los récords como persona con más tortazos emocionales por no pensar en lo que hacía o por no

escuchar a su alrededor. Porque no te creas que a veces cuando digo: «Voy a hacer esto», no hay personas que me dicen... «¿Estás seguro?», «Ojo, cuidado, que te vas a hacer daño»... ¿Y qué hace el Roi?

Motores, acelerador y ¡¡¡palanteeeeee!!!

La hostia estaba anunciada, pero como yo me tiro del avión sin paracaídas... Ahí me encuentro mi plato. ¿Quería sopa? Pues no dos platos... ¡La olla entera!

Y eso es porque soy de los que no tengo ni pajolera idea de lo que es exactamente la vida, pero pienso que se ha de vivir al máximo y sin preocupación ninguna. A ver, no digo que vivamos sin pensar nada, pero sí que evitar todas esas rayaduras que nos comen el coco y nos destruyen por dentro como un grupo de termitas destruye un armario. Sentir emociones no es nada malo, aunque estas no sean siempre positivas. Llorar de tristeza o estar enfadado, según cómo se mire, también es guay. Significa que estás vivo, que sientes y que puedes tirar adelante con mucho más, porque de eso no te vas a morir.

Tampoco vengo a decirte que ahora te tires a la calle a hacer todas las locuras que se te ocurran, por favor, un poco de cordura que ya me veo mañana en las noticias de sucesos: «El libro de Roi Sastre culpable de que cientos de jóvenes destruyan sus vidas en cuestión de segundos». No, no y no. Por favor, usemos la cabeza. Que vale, ya sé que yo no soy para nada el más adecuado para hablar de usar esa parte del cuerpo, pero no quiero ser el culpable de vuestras desgracias, porfa plis.

Más raro que un perro verde

Culpable, señorita.

Sí, lo digo y no me avergüenzo. Soy más raro que un perro verde, con pendientes, sombrero de copa y bastón.

Ser raro o diferente no es algo malo. Al contrario, imola mazo! ¿Qué interés puedo tener en ser una copia de todos los demás? ¡Hay que sacar a relucir lo que uno es sin ningún tipo de vergüenza, que para eso lo tenemos y es únicamente nuestro!

Y precisamente por eso ahora os voy a explicar algunas de mis rarezas más divertidas...

Soy muy intenso. MUY INTENSO. Pero de verdad, no de posturo.

Vivo mi vida como si fuese un culebrón venezolano al estilo de «maldita lisiada». Todo me afecta sobremanera y no me escondo de ello. Si me río, me caigo al suelo de las carcajadas y si me ofendo, voy a los tribunales a poner una demanda. Bueno, tanto no, pero las ganas las tengo.

Cuando me enfade, corre, porque como tenga algún objeto peligroso cerca, voy a tener unos instintos asesinos que ni Freddy Krueger, Annabelle y la Monja juntos. Y cuando estoy feliz soy la persona más cariñosa y besucona que existe. Mis amigos me llaman empalagoso cuando soy feliz, o sea, para que os hagáis a la idea.

No soporto beber de un vaso que no sea grande y ancho. Si al subir el vaso hasta mi cara este me toca parte de la nariz, me pongo de un histérico que parezco la loca de la colina. No lo soporto, me pone muy de los nervios. Para ser feliz tengo que beber en vasos de sidra, de esos enormes, si no monto un pollo.

Casi siempre uso el mismo tenedor. Sí, ya sé qué estáis pensando... Uy, la loca esta qué mal está del tarro, pero mira, son manías que tengo y que a día de hoy no me las va a quitar ni el tato, ique no hacen daño a nadie!

Hablo con los peluches. Sí. Como lo lees. Hablo con ellos y les cuento todas mis penas, aventuras y sucesos. Y me contestan. Me aconsejan y me apoyan en mis decisiones. Bueno, vale, en realidad hablo solo como una tarada mental, pero si lo hago con un peluche delante parece que esté menos perturbada. O no, quién sabe. Igual parece inquietante cual asesino en serie de niños indefensos, pero, oye, es lo que hay.

Me gusta sudar. A ver, maticemos. Si no me importa cómo llevo el pelo ni cómo voy vestido me encanta sentir el sudor en mi cuerpo. Si estoy en una cena de gala delante de mucha gente y parezco un pollo en un asadero, pues no mola tanto, pero si no, por ejemplo, cuando salgo a correr, me siento como si fuese Britney Spears en su videoclip

de I'm a Slave 4 U, que si no sabes qué canción es ni cómo es ese vídeo ya estás entrando en YouTube y lo estás buscando, porque no mereces vivir en este mundo.

Me encanta montarme mi propio videoclip cuando escucho música por la calle. Es muy usual cuando llevo mis cascos con mi música puesta que la gente me mire raro y a veces hasta sienta miedo al verme paseando por ahí. No miedo de que les robe la cartera o les vaya a dar una paliza, pero sí miedo de que les aviente un tortazo con los brazos o con las piernas, porque voy bailando como un poseso sin ver nada de la realidad. En mi mundo paralelo estoy rodeado de bailarines drag queen, con muchos confetis de colores y haciendo una coreografía a lo Lady Gaga encima de un escenario. Lo que muchos verían como una acera normal y corriente, en mi cabeza es la pasarela de un escenario gigante en el que yo soy la única estrella.

Y como estas tengo mil más que no me vienen a la cabeza ahora mismo, pero os aseguro que soy un espécimen digno de estudio en un laboratorio de alta seguridad.

Sé que no soy el único que es así, seguro que tú que me estás leyendo piensas, uy, pues yo también tengo mis cosillas. ¡Pues claro que sí! ¡Todo el mundo tiene sus rarezas y sus cosas que le hacen diferente del resto, lo que te convierte en una persona única e irrepetible! ¿No es eso fantástico?

Sácalas a relucir, no te avergüences de ellas. Si eres raro o rara, lo eres y punto, y a nadie más debe importarle, porque lo que no puedes hacer es fingir lo que no eres solo para tener contentos a los demás. Es lo más absurdo que se puede hacer en esta vida y la manera de vivir menos libre que existe en el mundo.

Sé tú mismo, sé como quieres ser y como sientas que debes ser, porque, al fin y al cabo, vida solo hay una y no creo que quieras llegar a un día en el que mires atrás y pienses: «¿Por qué no hice eso en ese momento?» o «¿Por qué no viví más libre cuando pude?», porque entonces ya será demasiado tarde para recuperar ese tiempo en el que viviste atrapado y no habrá forma de volver atrás. El momento es ahora y hay que disfrutarlo de la mejor forma posible, y si eso significa salir a la calle vestida de cancanera, pues ¡que me traigan el vestido ya!

COSAS DE AMIGOS

Todos tenemos un amigo borde

Es un hecho que nadie puede negar. Todos lo tenemos y no sabemos ni cómo ha llegado a nuestra vida ni por qué, pero ahí está.

Es ese amigo que odia la existencia humana y le molesta absolutamente todo lo que tiene a su alrededor. Una persona que, de ir armada con una Kalashnikov, parecería salida del ejército ruso.

Esta persona no es que sea un poco contestona o que tenga sus días... NO. Esta persona es la bordería personificada. Le digas lo que le digas te va a responder mal, con ironías y con un sarcasmo que riete tú de Sheldon Cooper cuando no lo sabe interpretar. Puede que a veces la mires después de una mala respuesta y te preguntes por qué seguís siendo amigos si lo único que suelta es bilis por la boca, pero bueno, te lo quedas para tus adentros, porque como lo pienses mucho en su presencia seguro que hasta te lee la mente y te suelta otro moco que te deja patidifuso.

Este amigo o amiga es la persona perfecta a la que preguntarle cualquier duda que tengas sobre lo que sea. Su respuesta será lo más sincero que te han soltado nunca jamás en la vida, ahora, no te aseguro yo que el tono de la respuesta y el contenido de esta te lleguen a gustar, así que ten presente que si crees que la respuesta te puede hacer daño (como, por ejemplo, «¿Me quedan bien estos pantalones?») mejor no le preguntes, que en la ignorancia se vive más feliz. Si te arriesgas debes tener presente que su respuesta puede ser desde un «sí» la mar de normal e incluso curiosamente simpático, hasta un discurso que te hunda en la miseria más absoluta. Básicamente porque, si esos supuestos pantalones no te quedan bien, te va a recalcar uno por uno los detalles de por qué esos pantalones son la peor elección que has podido hacer en toda tu santa vida a la hora de decidir qué ibas a ponerte. Se han dado casos de personas que después de una respuesta de un amigo borde han entrado internados en un sanatorio mental para depresiones graves.

Porque su respuesta no va a ser «Te hacen poco culo» o «Te van muy estrechos»... ¡Nooooo!

Su respuesta sería algo más como: ¿Se puede saber dónde vas con eso? ¿Qué tienes ahora? ¿Complejo de morcilla de Burgos? ¿Puedes ir más embutido allí dentro? Desde luego, no sé cómo es que te atreves ni a preguntarlo... ¿Pero tú te has visto? ¡Si pareces un chorizo de cantimpalo que ha salido defectuoso! Dudo que te llegue la sangre al cerebro llevando eso y por eso no razones del todo bien. Anda, haz el favor de quitarte esa basura, echarle gasolina por encima y prenderle fuego, que tu cuerpo no está hecho para llevar semejante bazofia.

Ya me dirás cómo te quedas tú después de un discurso como este. Que lo primero que piensas es que solo le faltaba tener una escopeta recortada en la mano para pegarte un tiro en la cabeza al acabar y meterte directamente en el hoyo para que te entierren.

Si te paras a analizarlo, sincero ha sido. No tiene pelos en la lengua y no ha dudado en responderte las cosas tal y como suenan, sin filtros, ahora que, si te duele, ajo y agua, que la vida es muy dura y no está él o ella para dramas.

Es una persona que no da pie a que le titubeen, en el momento en que la llamas, su «¿iQué!?» contundente de respuesta ya te pone los pelos tan de punta que ríete tú de la muñeca Annabelle. Si encima tienes que decirle algo que puede que no le guste, espero que te hayas puesto doble capa de bragas o calzones, porque como le dé por responderte a lo que le quieras decir te va a llegar la mierda a los tobillos bajándote por toda la pierna.

Hay que decir que esta persona no es siempre un pozo de negrura, sino que muchas veces es justo el arma perfecta que uno quisiera tener al lado.

Imagínate que, por lo que sea, discutes con alguien y esa persona está cerca. Es tu amiga y eso no hay duda ninguna, porque dentro de su pozo de negrura tiene un espacio muy importante guardado para las personas que quiere y tú eres una de ellas. En ese momento esa persona va a sacar todas sus uñas, garras y armas de destrucción masiva para defenderte de cualquier amenaza que pueda hacerte el más mínimo daño. Daño te lo puede hacer ella, porque es tu amiga y sabe qué decirte para no llegar al límite de destruirte, pero nadie más. Si alguien intenta tocarte, aunque sea un pelo, va a tener que pasar por encima de su santo cadáver.

Todos tenemos un amigo rata

En todos los grupos de amigos hay una ratilla roedora. No falla. Al igual que las ratas son una plaga de nuestro ecosistema, los amigos ratilla funcionan igual. No lo parecen, pero a la que actúan y se dejan ver se delatan solitos...

Es el típico amigo que ya de muy pequeñito apuntaba maneras. Ese que en el recreo, cuando le pedías un mordisco de su bocadillo porque se lo habían hecho de tortilla, a diferencia del tuyo, que te lo ponían de chóped día sí, día también, te ponía los dedos por delante para que no te pasaras con la mordida, dejando apenas un centímetro de bocata que ni siquiera tenía cacho de tortilla.

Pues ese amigo, ya con esa tendencia hacia la no generosidad, siguió creciendo y ahora está perfectamente integrado en tu grupo y en la sociedad, pero con sus pequeñas particularidades... Por ejemplo:

- Nunca lleva dinero encima porque siempre «está pobre», por lo que vive de las cosas que le pagáis entre tú y tus otros amigos, o activando el modo «Ratilla Extreme», que es alimentarse de los restos que no os coméis los demás. Ese cacho de pizza que no coge nadie, los bordes que alguien no se quiere comer, las cuatro patatas rancias que quedan al final de la bolsa, una chuche mordida... Con todo esto y más es capaz de subsistir y sobrevivir sin ningún tipo de problema ni dificultad alguna. No se va a dejar un duro absolutamente en nada, pero te aseguro que se va a poner las botas más que tú.
- Cuando salís a cenar, normalmente, lo más sencillo es dividir la cuenta entre todos los que sois y de esa forma pagáis equitativamente, pero él tiene dos métodos infalibles que nunca le suelen fallar. El primero es el no dividir, él se pide lo más barato de la carta, aunque sean zurullos de rata rebozados, y luego exige pagar solo por lo que ha consumido, ya que si se divide tendrá que pagar de más y eso no es justo. De ese modo sale del paso gastando casi nada, comiéndose sus zurullos de rata, pero sin olvidarse de todos los restos que los demás os habéis dejado en el plato, ya que si él los detecta va a arrasar con todo con la típica preguntita: «¿Te vas a acabar eso?», por lo que acaba siendo el que menos paga y el que más come, porque se pone las botas como si fuese Falete en un bufet libre. El segundo es todo lo contrario. Si antes de la comida ya se establece que al final se va a dividir, va a ser el listo que en vez de un plato se va a pedir dos, o incluso tres, porque, curiosamente, ese día tiene mucha hambre y pretende ponerse a zampar como si viniese de pasar cuatro meses en Somalia. De ese modo, a la hora de pagar, se lo tiene montado para que

entre todos acabéis pagando casi la mitad de su comida y él pague tan solo una ración más. Y eso, sin descontar que, como siempre, se va a zampar todos los restos que otros dejen en el plato, no sea que quede algo para el gato del cocinero y él no pueda salir rodando del restaurante como si fuese un pez globo.

→ A la hora de salir de fiesta siempre será el que se salve de pagar los cubatas y los chupitos, porque siempre os dirá que va a pagar la siguiente ronda, sea cual sea la ronda en la que estéis, y de ese modo consigue que, cuando todos ya estáis más morados que Jack Sparrow, se escaquee de tener que apoquinar porque ya todos lleváis un globo encima que no sabéis si os ofrecen churras o merinasy ya os habéis bebido hasta el agua de las cisternas de los váteres.

Esa misma persona, puede que al día siguiente, con toda la resaca se plante en tu casa con la excusa de pasar la tarde juntos y que se haga más amena, pero en realidad tiene otra cosa en mente. Va a arrasarse con todas las reservas de alimento que tengas en casa. No va a dejar ni las zanahorias. Empezará diciendo si tienes algo de comer porque tiene un poco de hambre, pero como le dejes ir a sus anchas a la cocina, puede que luego te la encuentres como si fuese una casa judía en plena Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, desvalijada y sin un trozo de choped que llevarte a la boca, porque no tiene ningún tipo de sentido de la vergüenza cuando se trata de rapiñar a los demás.

Hay que andar con mucho ojo con estas personas, porque son de los que, para tu cumpleaños, en vez de poner dinero para el bote común, seguro que te prepara un regalo casero, como si aún tuviesen valor los collares de macarrones que hacíamos en primaria, o peor aún, algo reusado. El pijama que le regalaron a él para navidades y que no le ha gustado, con todo su santo jeto lo envuelve en papel de regalo (reusado también) y te lo endosa con toda su santa gloria. Tiene un morro que de tanto pisárselo se le ha puesto amoratado, pero hay que reconocer una cosa: al menos el chaval recicla.

Ándate con ojo con este tipo de personas y tenlo siempre en el punto de mira, porque a la que te despistes te marca un gol y acabas arruinado de por vida, pagando tú por todo lo que él consume sin darte ni cuenta.

¡Mucho cuidado!

Todos tenemos un amigo tonto

Tal cual y sin pelos en la lengua. Todos tenemos ese amigo que cuando no las pilla decimos: «Ay, pobrecito... Déjale que no da pa más».

Es ese amigo o amiga que siempre tiene la mirada más perdida que un arenque en el desierto del Kalahari. Siempre está como colgando de un hilo como si las drogas le hubiesen fundido el cerebro entero, pero en ese caso la tara viene de serie y sin pasar por los estupefacientes.

Su conversación es bastante limitada, por no decir que es nula, ya que lo único que sabe hacer es afirmar o reírse de absolutamente todo lo que digas, tenga gracia o no. Nunca te va a sacar un punto de discusión, porque el pobre no sabe ni cuál es su punto, por lo que, si no encuentra el suyo, no va a encontrar el de los demás, y vive en una burbuja de ignorancia completa en la que es terriblemente feliz.

Ya lo dice el refranero español, que la ignorancia es felicidad, pues en su caso su felicidad supera en grandeza el área de expansión de la mismísima selva amazónica. Es tan tonto que hasta cuando le dices que es tonto se ríe de ello, porque seguramente ni entiende lo que eso pueda significar.

Tú cuentas un chiste, con todos tus amigos, lo representas, lo disfrutas y llegas a la cumbre final y todo el mundo se descojona. Menos él. Que se te queda mirando con esa cara de cachorrillo, con la boca medio abierta y con una incógnita en la mirada tan profunda que parece que lo siguiente que vaya a soltar por la boca sea que ha solucionado la teoría de cuerdas o que ha descubierto una cura para el cáncer, pero en vez de eso lo que sale es un: «No lo he pillao».

Nunca pilla los chistes y mucho menos las bromas y el sarcasmo, ahí ya se pierde en un abismo de posibilidades sin sentido en la que sus circuitos se colapsan y hay que estar al tanto, porque podría estallarle la cabeza y no veas lo perdido que lo pondría todo. El pobre, cuando tú cuentas un chiste en el que dices que una tortuga y una liebre van hablando, no sigue con la historia, se queda más bien preguntándose cómo puede ser que dos animales de especies distintas mantengan una conversación.

Hay que decir, en su defensa, que aunque sea un zoquete y no pille ni una de las cosas que se le digan, el pobre no entiende el mal y eso le convierte en una de las mejores personas del mundo. Tonto, pero la mar de bueno.

Siempre es ese amigo que va a estar a tu lado aunque le rebote todo, como dice el refrán: «De tan tonto eres bueno». ¿O era al revés? Bueno, la cuestión es que ser tonto y ser bueno están muy relacionados, por lo que a cacho de pan no lo ganas ni abriendo un Pans & Company.

Él sabrá estar contigo en los malos momentos, darte todo ese cariño que necesitas cuando las cosas se vienen abajo y escucharte sea lo que sea lo que necesites decir. Eso sí, muy posiblemente no vaya a entender una mierda de lo que le cuentes, pero, oye, al menos te hace compañía y te da cariño. Hay gente que le cuenta sus

problemas a las plantas, que eso sí que es estar chalado. Así van luego, que se les mueren porque hasta ellas mismas deciden dejar de absorber agua del tiesto. Se suicidan antes que escuchar de nuevo los melodramas de la loca de turno.

Hasta aquí todo parecen ventajas de tener ese amigo tonto, pero hay que decir que también tiene sus cositas malas... CUIDADO SI SE ENFADA.

Si el amigo tonto se enfada no tiene ni filtro ni perdón y con solo sus palabras puede ser más mortífero que un comando de legionarios de guerra. Como su cabeza no da mucho como para razonar lo que dice y soltarlo de forma suave, habla sin Instagram. Es decir, sin filtros. Te lo suelta todo de una bocanada y te deja más tieso que la Torre Eiffel y más lleno de mierda que el palo de un gallinero, por lo que hay que saber cuándo está a punto de llegar al límite y evitarlo antes de que cometa un genocidio sin miramiento ninguno.

Todos tenemos un amigo borracho

Que conste que, aunque esta parte la escriba con una copa de vino al lado, esa persona no soy yo en mi grupo. Creo.

En todos los grupos de amigos hay uno o una que parece que haya nacido en una licorería y el primer respiro que hiciera en su vida fuese ya sumergido en alcohol, porque esa persona tiene el beber hasta acabar peor que la peli Titanic como filosofía de vida. Y, por si no has visto Titanic, te digo que el personaje al que le coges más cariño en toda la peli se muere al final y acabas llorando más que la tía Antonia en la boda de su hija. El spoiler te lo tomas con un chupito, que así pasa mejor. Je, je.

Ese amigo es un verdadero peligro cuando sales de fiesta. No tiene ningún tipo de límite a la hora de beber. Le da igual un alcohol que otro, mezclar o no mezclar, poder andar o volver a casa a cuatro patas, lo único que le preocupa es que no debe hacer una cosa muy sencilla bajo ningún concepto: beber agua.

Esta persona, de apariencia normal, divertida y en algunas ocasiones incluso tímida, se transforma al llegar la noche. A la que su lengua tiene contacto con la primera gota de alcohol cambia radicalmente como si fuese un transformer y se convierte en otra cosa que parece que venga de pasar cuatro meses en Somalia sin haber bebido una gota de ningún líquido. Le entra una sed y un ansia por beber que se mete en el cuerpo todo lo que pille por delante: vodka, ginebra, whisky, detergente, lejía... Todo vale con tal de tomarse un chupito más.

No hay momento de la noche que le puedas ver con las dos manos vacías, siempre está sujetando algo, ya sea un vaso, una botella, un barreño o la manguera de un camión cisterna lleno de calimocho, en todo momento está preparado para seguir tragando bebida como si al día siguiente se fuese a secar la tierra.

Esta persona no es que te lleve ventaja a la hora de beber, es que la comparación correcta sería que, mientras tú vas en un tractor, ella va en un Ferrari pisándole a tope de power. Cuando tú te metes tu primer chupito para animarte un poco, ella ya se ha bebido cinco y se toma el sexto contigo. Cuando tú te pides tu primera copa, ella ya lleva dos botellas y una garrafa de vino que se tragó entera en casa antes de salir por si acaso «no le subía»... Que tú te preguntas, ¿que no le subía el qué? Si lo único que no va a subir esa noche va a ser ella por las escaleras de casa porque, por lo demás, ya va, no en globo, en zepelín.

Es en ese momento cuando le entra la vena maléfica e intenta llevarte al lado oscuro. Y lo de lado oscuro no viene por lo de malvado, sino por el color de la bebida a la que te va a invitar a beber: el Jäger. Esa maravillosa bebida a la par que horrorosa que consigue que tu noche se convierta en un mar de lagunas más extenso que la superficie de la China.

Esa persona está inmunizada contra los daños irreversibles que provoca permitir ese brebaje del demonio en tu cuerpo, porque, total, con el mejunje que lleva encima ya

no se libra de la resaca ni para atrás, por lo que un poco más o un poco menos no le viene de aquí. Pero a ti te va a destrozar por dentro y va a convertir tu noche en una espiral de vicio y perdición de la que solo vas a salir al día siguiente y con tal resaca que sentirás como si un puñado de albañiles estuviesen usando un martillo pilón todos a la vez dentro de tu cabeza.

Llega un punto de la noche en que esa persona pierde el control de la nave nodriza y todo se le va de las manos. La mezcla de alcoholes y licores que lleva encima es tan grande que la única pregunta que podrías hacerte sería: «¿Cómo puede ser que siga viva?». Y aunque al principio de la noche pareciese que dominaba absolutamente toda la situación de la fiesta, ahora mismo domina menos que un mono con una bandeja de camarero llena de copas de champán.

Se tropieza cada dos pasos, sus ojos miran uno a Cuenca y el otro a Santiago de Compostela y es incapaz de formar una frase completa que sea comprensible al cien por cien. Ha pasado de parecer la persona más activa y feliz del mundo a semejarse a un aspirante en el casting para zombi de The Walking Dead. Solo le falta que se le caiga la babilla para tener el pack completo.

Llegados a ese punto sabes que la cosa va cuesta abajo, sin frenos y con un muro al fondo en el que se va a estampar sin posibilidades de evitarlo. La cuenta atrás ha comenzado y es cuestión de minutos que su cuerpo comience a rechazar todo lo que le ha metido dentro, para pasar a convertirse en algo bastante similar a la fuente de La Cibeles. En breve un chorro de color marronoso tirando a negro va a emerger de su boca como si se hubiese tragado al mismo Venom y no hay nada que tú puedas hacer porque está sentenciado. Va a sacar hasta la primera papilla que le dio su madre de bebé, hasta quedar más vacío que el aeropuerto de Castellón. Luego le espera una muerte clínica de unas doce horas hasta resucitar del inframundo.

La resaca que tendrá ese día será similar a la peor de las torturas que uno pueda imaginarse. Tendrá náuseas como si se pasase el día montado en el Dragon Khan, dolores de cabeza como si le estuvieran lapidando y un mal cuerpo tan agudo que sentirá que el día anterior le pegaron una paliza una banda de albanokosovares. Todo el sufrimiento por los excesos de la noche anterior concentrados en las veinticuatro horas más largas de su vida hasta la fecha.

Se prometerá no volver a beber nunca más, rezará a la Virgen del Rocío para que acabe todo ese sufrimiento pronto y se pasará el día de la cama al sofá y del sofá a la cama, como si estuviese incubando el ébola, hasta que los efectos de la santa resaca que está pasando se le vayan. Entonces se olvidará de todo ello, como si los de Men in Black le flashearán con su aparatito para borrar la memoria, y en la próxima fiesta repetirá absolutamente toda la misma conducta como si le fuese la vida en ello.

Es un gladiador de la noche. Es un ser de otro planeta con una capacidad física insuperable, ya que, si tú intentas seguirle el ritmo, puede que a los pocos días tus amigos vayan de funeral.

Todos tenemos un amigo dramático

Es ese amigo que vive su vida como si fuese una telenovela venezolana. Es la intensidad hecha persona. Cualquier problemita o situación un pelín delicada, para él será el mismísimo fin del mundo y la razón de todos sus males.

Exagera absolutamente todo lo que le ocurre, por poco que eso sea, porque no tiene una visión clara de la realidad. Su forma de ver las cosas está distorsionada por un filtro de dramatismo y catástrofe que hace que cada vivencia que tiene sea lo más impresionante que le ha pasado en la vida. Sí, es ese amigo que pisa y mata a una hormiga sin querer en el campo y acaba llorando la muerte del insecto como si se le hubiese muerto la madre. Posiblemente, luego, cuando se le pase el momento de maruja llorona, hasta le organice un funeral con honores militares.

Todo es un drama para él. Si un día tiene una discusión con sus padres, automáticamente ya se figura la situación con las maletas en la puerta, la cerradura de casa cambiada y una nota pegada en ella en la que ponga: «Eres adoptado, no te queremos». Si se hace un cortecito en un dedo te pedirá que llames a una ambulancia antes de que se muera desangrado, por pequeño que sea, y si algún día se pone enfermo, aunque sea de un simple catarro, te pedirá que llames al notario para arreglar el testamento y a la funeraria para preparar el funeral.

Ojo, cuidado que un día no le hagas algo que le pueda molestar u ofender, porque por lo que otro simplemente se picaría un poco y te diría: «Eh, ino te pases!», este te monta una escena que ni la mejor ópera acompañada del orfeón nacional de Viena. Por cualquier cosa se monta un drama que preferirías haberte tirado de un quinto antes que estar presenciando semejante numerito.

Ni se te ocurra nunca no contestarle a un mensaje de WhatsApp, a los dos minutos sin respuesta te lía un pollo que no vuelves a cagar tranquilo en años por el miedo a que te llegue un mensaje suyo mientras estás apretando y que no puedas responder en ese momento. Se lo toma todo muy a pecho, todo siempre es personal para él o ella. Si un día le invitas a comer y le ofreces ensalada te va a liar un pifostio monumental porque a su manera dever le estás llamando gordo, pero si le ofreces comerse una hamburguesa te dirá que lo quieres engordar y que todo lo haces para hacerle daño, porque no le quieres y porque siempre has deseado que desapareciera de tu vida.

Él se lo guisa, él se lo come. Da igual lo que tú hagas para intentar evitar una situación peliculera salida del mejor dramón de Hollywood, él siempre se las arreglará para que por A o por B la situación acabe siendo del nivel de una tragedia griega, hasta tal punto que el hundimiento del Titanic parecerá que sea una absurdez al lado de su problema. Ni la explosión del reactor nuclear de Chernóbil sería, bajo ningún concepto, algo más relevante que su problema. Ya te puedes estar tú muriendo y despidiéndote de tus seres queridos en tu lecho de muerte que, si él tiene un

problema, eso va a ser más importante. Y, ojo, no te enfades por ello, que luego se pone tan dramático por eso que hasta es capaz de hacerte sentir mal por haberte enfadado por su culpa.

Todos tenemos un amigo romántico

Esta persona no pisa la misma tierra que pisas tú. Vive constantemente en otro planeta. El planeta de las princesas y los cuentos de hadas y duendes. Con unicornios y purpurina por todos lados y florecillas del campo.

Su única obsesión es enamorarse y vivir una historia de amor digna de cualquier peli de Jennifer López. Para ella el amor lo es todo y, precisamente por eso, se enamora de todo lo que le pasa por delante: el dependiente del Starbucks, el vigilante del metro, el vagabundo de la esquina...

Colecciona crushes como si fuesen cromos de Pokémon. Cada día tiene uno nuevo y, a su forma de verlo, el último siempre es mejor que el anterior aunque para ti sea un callo.

La mirada de otra persona le basta para que le haga cosquillas el estómago como si estuviese montada en una montaña rusa y, en cuestión de segundos, ya ha visto la boda, la casa en la que van a vivir, los cuatro hijos que van a tener y el perro que van a adoptar. A partir de ese momento no va a ver nada más delante de sus narices que no sea su historia idílica con esa persona. Ya puede estar ardiendo su casa, que ella está en su mundo de amor y felicidad paseando de la manita por el campo, al lado de un lago, rodeada de duendes y unicornios, con esa persona que ha descubierto hoy. Vamos, que ni con un chute de la mejor droga del mundo te vas tú tan lejos como ella cuando se pilla por alguien.

Cuando se pilla de alguien, que viene a ser día sí, día también, necesita compartirlo. No es algo que lleve en secreto y para sí misma, que va, en el momento en que te vea te va a sentar delante de ella y más te vale tener palomitas al lado. De las saladas. Porque la película que te va a contar va estar tan edulcorada que como te despistes te da un ataque de diabetes y tienen que llevarte corriendo al hospital. Lo que en la realidad puede haber sido un choque fortuito en los pasillos del instituto, en su mundo de la piruleta va a ser toda una historia de amor y pasión adolescente que comenzó con un choque y acabó con una boda en el palacio de Versalles.

Cuando descubre a un nuevo crush, este se convierte en el centro de su mundo y necesita conocerlo todo de él, por lo que comienza todo un sistema de stalkeo que ni el CNI (Cuerpo Nacional de Inteligencia) buscando a fugitivos internacionales. No se le escapa ninguna de sus redes sociales. Revisa hasta su LinkedIn, si es que lo tiene. Acaba el día con más información que la mismísima Wikipedia. Sabe quiénes son sus padres, sus hermanos, los tíos que tiene, dónde vive, a qué se dedica, cuántas parejas ha tenido, cuánto dinero tiene en la cuenta y hasta los horarios en los que va al baño a hacer de vientre. Lo típico que, si te lo hicieran a ti, correrías a la comisaría más cercana a pedir una orden de alejamiento urgente contra la persona en cuestión, pero que si lo hace ella es simple información para evitar futuros disgustos, porque

recordemos que, en el momento en que ha conocido a esa nueva persona, ya se ha puesto a elegir las flores de la boda.

El problema de tanto romanticismo y tanta fantasía es que se lleva más decepciones que la madre de un viceverso. Cada vez que se enamora, que como hemos dicho antes viene siendo cada día, acaba el cuento como el rosario de la aurora porque la historia no prosigue como ella se había imaginado que seguiría. O no le hacen caso, o no llega a conocerlos o la acaban denunciando por acoso, pero la cuestión es que siempre acaba en drama.

Drama que, cómo no, como su amigo fiel que eres, vas a tener que aguantar de principio a fin porque también te lo va a contar con pelos y señales, y te aseguro que eso va a ser la tragedia más grande del universo. Ni Romeo y Julieta, que acabaron los dos muertos por amor, vivieron algo tan intenso como lo ha sido su historia con el dependiente del quiosco donde se compró un paquete de pipas y un Chupachups. El nivel de intensidad y dramatismo con el que te va a contar la historia será tal que en más de una ocasión se te pasará por la cabeza llamar al sanatorio mental más cercano para que la vengán a buscar antes de que haga cualquier tontería, ya sea sufrir un ataque de ansiedad o tirarse por el barranco más alto que encuentre a grito de «¡Adiós mundo cruel!». Luego te acordarás de que eso no es más que el pan de cada día en su vida y que se le pasará en el momento en el que el camarero del bar en el que estáis sentados le pregunte si quiere tomar algo más, porque ya tendrá delante al pobre que se convertirá al instante en su próximo crush y que hará que olvide todas las calamidades de la historia anterior en cuestión de segundos.

Todos tenemos un amigo quejica

Este es con diferencia el más insoportable de todos los que tienes a tu alrededor. Es el más difícil de aguantar, el más cansino y el que más veces te vas a preguntar por qué le soportas a lo largo de tu existencia.

Nada le parece bien. Absolutamente de todo lo que le rodea siempre tiene algo que decir u objetar, y no precisamente algo bonito o bueno. No. Todo está por debajo de sus expectativas en todo momento y él siempre haría las cosas de «otro modo». Otro modo que tú no conoces, pero que según él sería la forma perfecta para hacerlo todo en esta vida y que este mundo fuese un lugar lleno de armonía y felicidad. Armonía y felicidad que él no conoce y que seguro que de ser así también encontraría un motivo para quejarse.

Vive amargado. Aunque tenga la vida idílica que a todo el mundo le gustaría tener, pues no. Para él todo es siempre algo lamentable y corregible. Da igual el plan que propongáis, para él siempre habrá pegas: que si habrá demasiada gente, que si hace demasiado calor, que si será muy aburrido o que si le picarán los huevos toda la tarde y no podrá rascarse. Con tal de echar mierda por encima de lo que decidan otros, va a encontrar el argumento adecuado.

Se va a quejar absolutamente de todo, desde el bar en el que decidáis quedar para tomar algo hasta del color de los cordones de las zapatillas que lleva la señora sentada al otro lado del salón. Cosa que hace que, a cada queja que suelta por esa boca que tiene, a ti te entren cada vez más instintos asesinos y se te pase por la cabeza el programa Mil maneras de morir entero para probarlas todas y cada una de ellas con él. Una detrás de otra.

Lo critica absolutamente todo. En realidad es para lo único que sirve, ya que va de lujo tenerlo al lado cuando quieres rajar de esa persona que te cae mal, o de ese ex con el que has acabado como Israel y Palestina, porque les va a sacar todos sus defectos y les va a dejar más peinados que doña Letizia cuando sale a pasear.

El problema llega cuando, por algún capricho del destino, el foco de la conversación pasa de ser algo que tú querías criticar y machacar, a ser tú y las decisiones que tú has tomado en esa historia. Entonces, a la que empieza a hablar y a aleccionarte sobre cómo haría él las cosas mejor que tú, vuelven esos instintos asesinos y te desesperas buscando un extintor cercano. Ya sea para darle un manguerazo con él o para estampárselo en la cabeza y mandarlo al otro barrio. Seguro que no aprende y que allí también encuentra motivos por los que quejarse, pero, mira, al menos no tienes que aguantarlo tú.

Debes mantenerte al margen de hacerle cualquier favor. Cualquier cosa que pueda pedirte, no la hagas. La vas a hacer mal. Aunque sigas sus instrucciones al pie de la letra, aunque no te saltes ni un paso y pongas toda tu buena fe en ello, como si te fuese la vida entera en hacerlo bien, a sus ojos la vas a cagar y se te va a quejar de

Dios y su santa madre hasta que se quede descansado y tú más lleno de mierda que el palo de un gallinero. Créeme que es mejor que se queje de que no quieres ayudarlo y que te diga que eres un mal amigo que poner todo tu empeño en hacer algo lo mejor que sabes para que al final te lo acabe tirando por el suelo, pisoteándolo y arreándote una patada en el culo.

Es esa persona a la que, solo por abrir la boca, ya tienes ganas de mandara la mierda. O, si es posible, a un sitio más lejano aún, donde no puedas ni escuchar su respiración, porque esta también es como un quejido. Ha desarrollado tal sistema de queja y desaprobación constante que para ello no necesita ni hablar. Su abanico de resoplos, suspiros, soniditos con la boca y gestos con la cara es tan grande que se podría crear con ellos un idioma nuevo, pero no sería buena idea porque a los dos minutos de que alguien lo hablase le acabarías partiendo la cara, con un ataque de histeria y enajenación mental más grande que Hulk en su momento más épico.

Ahora, eso sí, si él o ella la cagan en algo, ni se te ocurra, por Dios bendito y todos los santos del altar mayor, decirle algo al respecto. Aguanta el tipo y muérdete la lengua, que él ya lleva la procesión por dentro al ver que ha fallado en algo, pero hace como que no. Porque como se te ocurra a ti, persona miserable que no tienes ni puñetera idea de cómo funciona la vida y que no sabes ni hacerte una mísera tortilla a la francesa, quejarte de algo que él ha hecho mal... Su rencor y su mala leche son tan monumentales que te va a recordar uno por uno todos los errores de tu vida, todas las cagadas y todos los deslices que has tenido, hasta el punto de que tú mismo llegues a pensar que tu vida es el acontecimiento más miserable de la historia y que lo mejor que podrías hacer es ponerte debajo de una apisonadora en cuanto tengas ocasión.

Todos tenemos un amigo cotilla

Es el amigo más imprescindible del grupo. Ni la Cuore, ni la Hola, ni el Sálvame juntos conocen tantos chismorreos como esta persona.

Se entera absolutamente de todo. No tienes ni idea de cómo se lo monta para tener tanta información sobre las personas que forman parte de vuestro entorno, pero no se le escapa ni una. Sabe cuándo una pareja corta, cuándo dos amigos de toda la vida discuten, cuándo alguien está enamorado de otro y hasta cuándo alguien se ha acostado con otro.

No hay información que se le escape. Gossip Girl a su lado era una mera principiante. En su cabeza tiene la información necesaria para hundir a cualquier persona que le pueda interesar, porque conoce los trapos sucios de todo aquel que vive a menos de cinco kilómetros a la redonda. Ni la vecina del sexto se escapa de su ojo clínico, que todo lo ve, ni de sus fuentes de información, que son más extensas que los servidores de Facebook.

Siempre que te reúnas con esta persona tiene algo calentito que contarte. Va cargada de noticias frescas y jugosas que son el deleite de los oídos de todo el grupo. Todos los salseos que están ocurriendo, esta se los sabe de pe a pa con pelos, señales, granos y heridas. Es el Kiko Hernández de tus amigos. El Jorge Javier Vázquez del grupo. Una fuente de información valiosísima y actualizada minuto a minuto.

En su móvil tiene todo tipo de documentos gráficos que demuestran las fechorías más impensables de todas las personas con las que compartes vida a diario. Fotos, vídeos, pantallazos de chat de WhatsApp... Una cantidad de información tan y tan grande que de filtrar tan solo una cuarta parte se desataba la Tercera Guerra Mundial y no quedaba humano vivo sobre la faz de la tierra.

Pero ojo, cuidado... Al igual que sabe absolutamente toda la mierda de cualquier persona que puedas cruzarte por la calle o por el pasillo del instituto, también sabe todos los entuertos en los que te has visto tú y debes procurar no tocarle ni un poquito los huevos, porque a la mínima te abre el cajón de mierda y con solo una foto puede destruir tu reputación entera y mandar tu dignidad a una nueva vida, porque en la tuya ya no tendrá sentido que exista.

Nadie sabe cómo lo hace para enterarse de tantas y tantas cosas, incluso a veces antes de que pasen, pero la cuestiones que lo sabe. Cada mensaje que le llega al móvil puede ser un salseo nuevo que hable de lo más íntimo de otra persona random. Es como un capo de narcotraficantes. Pero que, en vez de lidiar con droga, hace negocios con la información que tiene. Puede hasta llegar a hacer chantaje a otros, capaces de hacer cualquier cosa que les pidacon tal de que no difunda nada que pueda atentar contra la seguridad de sus vidas, ya que, si habla, tiembla España entera. Ríete tú de los papeles de Salamanca.

Ella puede ser tu mayor entretenimiento, pero a la vez tu peor pesadilla. El único problema viene cuando hay algo de lo que no se entera o no acaba de obtener información. Si un salseo llega a sus orejas de forma incompleta, esta persona es capaz de levantar los cimientos de la ciudad entera, pasarse noches sin dormir y extorsionar a bebés con tal de llegar a toda la información que necesita. La información para ella es como el agua para ti. Si no la tiene o le es difícil acceder a ella, será capaz hasta de matar para conseguirla.

¿Y cómo es que es así? Muy simple, es una herencia genética. Esto no puede serlo cualquiera. No es algo que uno pueda decidir o trabajarse para conseguir ser de ese modo. Ni hablar. Es algo que viene de mucho más lejos y que forma parte de la evolución genética de su familia. Si esta persona es así es porque su padre o su madre son exactamente igual. Es algo que ha mamado en casa y que se ha copiado en su ADN desde que fue engendrado. Es como lo de saber doblar la lengua en forma de U. Si tú lo sabes hacer es porque alguien por encima de ti, genealógicamente hablando, sabe hacerlo. Está más que demostrado. Hay estudios.

Todos tenemos un amigo psicólogo

Pobrecito... Es el que se come absolutamente todos los marrones de quienes tiene a su alrededor, pero es que nadie sabe qué tiene que es la persona ideal para contarle absolutamente todo lo que te pasa, hasta cuando tienes ganas de cometer un asesinato porque alguien ha sido muy injusto contigo, él siempre está allí para escucharte, entenderte y aconsejarte mejor que cualquier doctoren psicología de la mejor universidad del mundo.

Esta persona lo lleva en la sangre, tiene consejo y respuesta para todo porque le sale de dentro entender y ayudar a los demás en cuanto necesitan de su ayuda. Te conoce más que la madre que te parió y a veces da hasta un poco de yuyu que esta persona te haga reflexionar sobre cosas de tu vida que ni tú mismo te habías llegado a plantear, pero no puedes evitar recurrir a ella cuando te sientes mal por algo y no sabes cómo sacarlo. A veces incluso ya sabe que te ocurre algo antes de que tú le pidas hablar, y es ella la que te dice: «¿Nos sentamos y me cuentas?».

Es como el pañuelo de los mocos de todo el mundo, porque, evidentemente, en el momento en el que te dice algo así, la llantina que te sale a ti de dentro es directamente proporcional a la que te entraría en una tarde de pelis con Titanic, El diario de Noah y Un paseo para recordar, una tras otra y del tirón. Lo sacas todo hasta que te quedas más seco por dentro que el desierto de los Monegros.

Puede pasarse horas escuchándote cómo le recitas uno tras otro absolutamente todos tus problemas y vivencias conflictivas de tu vida, y mira que cuando te pones a soltar mierda puedes llegar a ser más pesado que la orca Willy en brazos cruzando el desierto de la Mongolia septentrional, pero esta persona aguanta el callo como si le pagasen para ello. Ya sea por vocación, por amistad, o porque no tiene nada mejor que hacer y el morbo de saber qué le ocurre a los demás hace que vea que su vida no es tan miserable como la de otros y eso le haga sentirse mejor.

Cuando más lo necesitas es cuando la has cagado. Cuando sabes que has hecho algo que no debías de haber hecho y aun así no te has podido contener y se te ha ido la situación de las manos hasta convertirse en un pitote del que no te sacan ni los especialistas en rescates de alto riesgo. Cuando estás con el agua hasta el cuello y te sientes como un Sim cuando lo metías en la piscina y le quitabas la escalera para que no pudiese salir. Esa es la persona a la que le puedes contar todas tus miserias y desastres y que no te va a juzgar. Bueno, o sí, a la que salgas por la puerta de su casa y se cague en toda tu santa estirpe por el chaparrón que le has metido, pero eso ya es algo que, si ocurre, tú no ves y entonces no te afecta para nada.

Cagarla la cagamos todos y ella lo sabe perfectamente y por eso te va a aconsejar de la mejor manera que sepa y pueda. Da igual lo que hayas hecho, suspender cinco asignaturas, mandar a la mierda a tu madre o matar al gato c*brón de la vecina que odiabas con todas tus fuerzas y las de la galaxia entera, ella sabrá qué decirte para

que te calmes y puedas afrontar la situación con un nuevo punto de vista, una solución o, a veces, sin nada, pero al menos ya se lo has soltado a alguien y la culpa, si es compartida, pesa menos. Eso lo sabemos todos.

Su experiencia en consejos es algo que va in crescendo y que nunca va a dejar de crecer, porque por cada nueva persona que le cuenta algo de su vida, su forma de analizar los problemas y embrollos de otros adquiere nuevos puntos de vista y cada vez sabe más cómo tratar unos temas u otros basándose en las situaciones anteriores. La información es poder y, en su caso, el poder enorme de ser capaz de verlo todo con perspectiva y usarla luego para hacerte ver que lo que te ocurre no es tan y tan gordo si lo comparas con otras cosas de la vida, como por ejemplo el holocausto nazi o el atentado del 11S. A no ser que quien le cuente sus dramas sea el amigo dramático, que a ese no le solucionas la vida ni que se la compares con la de la persona más desgraciada de la historia, sus dramas siempre están por encima de cualquier otra existencia humana y tienes que hacerte un oír, ver y callar. En cuanto a lo tuyo... Evidentemente, tu peleílla con tu novio es una mierda pinchá en un palo si la comparas con alguien que puede haberse quedado huérfano, pero así somos y, de buenas a primeras, no lo sabemos ver. Qué egoístas que somos, ¿verdad?

Aunque... Espera un momento... Estoy pensando y tirando de hilos, y todos sabemos que tirando del hilo se llega al cabo y cuando atas cabos llegas a conclusiones muy acertadas...

¿iSerá hijo de la gran p*ta!? ¡Ahora lo entiendo todo! ¡Este ser es la cosa más miserable que existe en la faz de la tierra!!

¡¡Es una cadena de producción perfecta!! ¡¡Claro!! Tú la cagas, te arrepientes y corres a contárselo. Te tranquiliza y ves que no ha sido para tanto, y luego va esta y, a la que sales de su casa feliz y descansado porque has relativizado el problema, coge el móvil y le manda una nota de audio al amigo cotilla con toda la información calentita y recién salidita del horno. ¡¡Será desgraciado!! Ahora entiendo cómo sabía el cotilla de clase lo de ese día que me tiré un pedo en clase y tuve que irme a casa a cambiarme los calzoncillos porque les había dejado un regalo de mis entrañas... ¡La madre que lo parió! A ese no le vuelvo a contar una santa mierda en mi puñetera vida.

Todos tenemos un amigo guerrero

Y si no lo tienes es que ese eres tú. Es el amigo que se mete en todos los berenjenales que puedan ocurrir. Da igual si sale con un ojo morado, con heridas ensangrentadas o tetraplético y en silla de ruedas, si hay movida no hace falta que lo dudes que él está allí metido seguro.

No hace nunca falta que el altercado tenga que ver algo con él, porque él va a encontrar la excusa necesaria para meterse y repartir ensaladas de puñetazos a todo el que se le ponga por delante, aunque sea alguien del mismo bando. La cuestión es repartir hostias como panes a diestro y siniestro como si estuviese defendiendo su reino del ejército de diez mil hombres del Imperio austrohúngaro.

Salir por ahí con él es más emocionante que irte de safari a ver leones en libertad. Más emocionante incluso que meterte en Jurassic Park, y mira que allí no sabes si vas a salir entero o con una pierna menos porque te la ha arrancado un tiranosaurio rex de un bocado. Cuando vas con él por la calle sientes el riesgo a flor de piel y piensas que en cualquier momento puede saltar un chispazo y, en cuestión de segundos, te ves envuelto en una batalla campal en la que ni siquiera entiendes quiénes son los buenos y quiénes son los malos.

Cada día es una aventura a su lado, porque cualquier disputa que pueda haber en su entorno se la toma de un modo tan personal que no sabes en qué momento vas a temer por tu vida y tener que apañártelas de cualquier modo para esquivar patadas voladoras y ganchos de ciento ochenta grados.

Y es que, además de hacerte la vida más emocionante, como si vivieses día tras día en una película de Jason Statham en constante repetición, sabes que tenerlo a tu lado te puede sacar de más de un apuro. En cualquier momento en el que tú tengas el más mínimo problema o roce con otro personaje del mundo, si lo tienes cerca él se va a encargar de arreglar la situación. Bueno, de arreglarla o de apalearla hasta el último individuo que se meta de por medio para intentar joderte lo más mínimo, porque si algo no soporta es que le toquen a sus amigos y, si eso pasa, es capaz de repartir sopapos hasta al primer abuelo que levante su bastón.

También hay que saber y tener muy en cuenta que no siempre es una persona razonable. Muchas veces se mete en un pifostio sin razón ninguna solo porque él cree que ahí se ha generado una situación injusta con él o con alguno de sus amigos, e intentar hacerle entrar en razón es algo más imposible que conseguir ahora mismo un pelo de cola de unicornio. De hecho, creo firmemente que conseguir ese pelo sería más fácil y menos arriesgado. Arriesgado porque cuando a este amigo le hace clic el cerebro se ciega, y si en ese momento tú te le pones por delante, aunque sea con todas las buenas intenciones del mundo y para evitarte a ti un marrón curioso, puede que sin comerlo ni beberlo te vayas para tu casa con un guantazo de regalo para que esa noche duermas bien calentito.

Aunque esa persona aparentemente sea extremadamente violenta y problemática, lo que pasa es que en realidad tiene un corazón tan grande como la extensión del desierto del Kalahari y es la sensibilidad hecha persona. Es extremadamente sensible y por eso todo le afecta de un modo tan violento. Claro que tú piensas que podría vehicular todas esas emociones de una forma un poco menos agresiva, más que nada para evitar estar metidos en la Tercera Guerra Mundial constantemente, pero es algo que has intentado mil veces y no tienes tanta energía como para usarla en contenerle cuando se ha convertido en Hulk. Necesitarías tener dos centrales nucleares enchufadas en tu culo para poder hacer uso de toda esa fuerza necesaria para frenar todos sus impulsos. Es imposible.

Sea como sea, al fin y al cabo es tu amigo y al final aprendes a quererle tal y como es, pese a todos los berenjenales en los que acabas metido por su culpa, porque sabes que el miedo es algo que forma parte del respeto y estoy seguro de que mucha gente a la que no soportas, y viceversa, te tocaría mucho los huevos de no ser por que le tienes a él cerca como quien tiene a un rottweiler al lado, al que en cualquier momento puedes decirle «¡ataca!» y que este deje a la persona en cuestión más desmantelada de lo que queda cualquier coche en un desguace después de pasar por la trituradora de metales.

COSAS DE CLASE

Los profesores: el enemigo

Al pan, pan, y al vino, vino. Las cosas como son. Los profesores no pueden ser bajo ningún concepto nuestros amigos. Ni nuestros colegas. Ni siquiera esa persona que te cae bien. No. Porque tarde o temprano te van a hacer daño y la decepción que te vas a llevar será tan grande que la arrastrarás en tu vida hasta el día en que te vayas al otro barrio.

Son el enemigo. Las cosas claras y el chocolate espeso. Y bajo esa fachada de persona íntegra, que quiere caerte bien y que pretende ser guay, se esconde un bicho más malo que la bruja del cuento de Blancanieves.

En su más profundo interior, su deseo más intrínseco es el poder. El poder de tener la decisión en sus manos de putearte en cualquier momento que se les antoje. La gente dice que los profesores son personas respetables y maravillosas porque su vocación es enseñar a las nuevas juventudes a construir un mundo mejor... Bla, bla, bla. Y una mierda pinchá en un palo y metía en un bote. Son el mal hecho persona. Por delante todo bonito y maravilloso, pero por detrás te hacen vudú y sus cambios de comportamiento son comparables a los de un enfermo de trastorno bipolar agudo. Hoy puedes caerle genial a un profesor, pero como al día siguiente hagas algo que le toque un poco la moral te aseguro que le va a entrar un ataque de Alzheimer prematuro y se va a olvidar por completo de esa relación tan bonita que teníais para dejarte en evidencia delante de todos tus compañeros.

Ya solo es empezar el curso y se reúnen en su llamado «claustro de profesores» para hablar de cómo van a enfocar el nuevo curso que comienza y qué métodos van a usar para impartir sus clases y que los conocimientos lleguen de forma correcta a los alumnos.

¡¡¡MENTIRA!!!

Eso es lo que nos hacen creer. Esa reunión no es para eso. Esa reunión es un aquelarre de brujas sedientas de sangre en la que van a planificar las técnicas de tortura y humillación más retorcidas para impartir la materia a sus víctimas, los inocentes e inexpertos alumnos que vamos a comenzar.

¿Que no te lo crees? Dime si no a qué viene que el primer día de instituto, sin vaselina y tal cual llega el profe a tu clase, ya se ponga a dar materia... ¿Pero eso qué es? Ni un respiro, ni un «como es el primer día vamos a presentarnos y nos conocemos», ni un atisbo de simpatía... ¡No! Directos al grano, sin coger aire y al sufrimiento.

¿O a qué viene esa prohibición tan retorcida para ir al baño? Yo cuando estoy en mi casa y tengo ganas de ir al baño, voy y punto. ¿Por qué ellos deciden torturarte y

prohibirte tus necesidades tan infinitamente básicas como son el mear o el cagar?

¿Lo veis? ¡Son maldad pura! Saben que tienen ese poder para hacer contigo lo que se les antoje y no van a dudar en usarlo hasta ver el sufrimiento y la agonía en tus ojos, porque eso es lo que les alimenta. Ese dolor, esa penitencia por la que pasas cada vez que vas a clase es su droga más preciada y la van a necesitar día sí y día también.

Hay dos tipos de profesores en el mundo. El que va de frente y desde el momento en el que lo ves ya sabes que va a ser el hijo de p*ta más grande que ha parido una madre y que te lo va a hacer pasar peor de lo que lo pasó Jesús de Nazaret en su calvario hasta su crucifixión, y el que va de simpático y enrollado y que va a fingir ser tu amigo pretendiendo que os llevéis bien. Este último es el peor espécimen de todos. Porque es exactamente igual de malvado que el anterior, pero te va a hacer creer que no es así hasta que llegue el punto en el que te clave un puñal por la espalda, te abra en canal y te saque las tripas.

Tienes que tener muy pero que muy claro que cuando vas al instituto no vas a un lugar idílico en el que todo será bonito y tranquilo. No va a ser así. Eso es la guerra y ellos cuentan con armas de destrucción psicológica masiva. ¡Hay que estar muy alerta!

Los deberes inacabables

Es el método de tortura y de destrucción más usual en los profesores.

Dime tú un día que recuerdes volver a casa del instituto y no tener deberes que hacer. Exacto, eso no existe. Sería más fácil demostrar la existencia del monstruo del lago Ness que volver un día de clase sin tener que pasarte la tarde amargado hasta que te sangren los dedos de sujetar el bolígrafo y se te descoyunte la muñeca por estar haciendo los cientos y cientos de ejercicios que te han mandado para el día siguiente de materia.

Desde que comienza el curso y hasta que se acaba no vas a tener ni un respiro. Te pasarás ocho horas de tu día en clase amargado y deseando poder salir para que te toque el aire y sientas que aún tienes un atisbo de libertad, pero luego te esperan ocho horas más en casa de seguir haciendo deberes hasta el punto de desear saltar por la ventana de tu habitación antes que seguir puesto en ello. Las otras ocho horas son para dormir, si es que consigues llegar a ese punto y no te ahogas entre tanto trabajo.

Los profes saben que eso te jode y te molesta, y, en vez de ponerte uno o dos ejercicios que se hacen en diez minutos cada uno para practicar un poco la materia y que quede así entendida, te van a poner una lista de ejercicios más larga que la bata de cola de la Pantoja. Vas a tener tantos ejercicios que hacer que solo el simple pensamiento de ponerte a hacerlos ya te agobiará más que estar nadando en alta mar, sin tierra a la vista y rodeado de tiburones. De hecho, creo que este segundo plan es hasta más atractivo. A ver si los tiburones se te zampan de un bocado y no tienes que volver a tocar un boli y un libro de texto en tu vida.

Y el problema no está en que un profe te ponga una lista inacabable de ejercicios. No. El problema es que todos hacen lo mismo, y si vas sumando listas y listas infinitas de ejercicios acabas llegando a la conclusión de que tus padres son unos verdaderos c*brones por haberte traído a la vida a sufrir como una oveja en un matadero.

Además, cómo no, eso no es todo lo que vas a tener que sufrir y aguantar. Ni hablar. Alguna mente retorcida, digna del psicópata más sádico que jamás ha existido, un día ideó una forma de tortura de alumnos que revolucionó el aquelarre de profesores: el trabajo.

Cuando un profesor dice eso de: «Vais a tener que entregar un trabajo sobre...» lo que sea, en realidad lo que está diciendo es: «Como no me quedan más ejercicios que mandaros para hacer de vuestra existencia un acontecimiento miserable y terrorífico, me vais a presentar un estudio de investigación sobre el tema que a mí me salga del potorro, de cien páginas a doble cara, letra del número once y sin doble espacio. Para entregarlo de aquí a quince días». Tócate los huevos y baila sardanas. Y es que encima te lo dice con una sonrisa el muy hijo de su santísima madre. Como si te

hiciera un favor cuando sabe en todo momento que en ese instante te va a hundir en la miseria más absoluta.

Ya no solo tienes que lidiar con los cientos de miles de ejercicios que tienes que entregar sí o sí porque si no los haces se te va el curso a la mierda, no. Ahora encima tienes que ponerte a buscar una información sobre algo que a ti te importa menos que una plasta de mierda de vaca en medio de la montaña, recopilarla, organizarla, estructurarla y ponerla bonita en folios de papel acompañada de fotos e ilustraciones significativas sobre el tema que estás tratando. ¡Hay que joderse! Y encima luego tienes que presentarlo y entregarlo como si lo que hubieses escrito fuese un tomo de la enciclopedia Larousse. Encuadernado, con tapa dura, forro plastificado, su p*ta madre en bragas y mi tía, la de Móstoles, en pelotas.

¿Veis como los profesores son malas personas? Es que, a su lado, Cruella de Vil seguro que resulta ser un encanto de persona, y eso que tiene esa pequeña afición de matar animalitos peludos y hacerse abrigos con sus pieles.

Tengo más exámenes que abanicos la Pantoja

Sé que muchos en el apartado anterior estabais echando en falta algo que puede dejarte aún más agobiado que el fontanero del Titanic: los exámenes.

Otro instrumento de tortura física y psicológica que usan los profesores para destruir poquito a poquito cualquier atisbo de felicidad y brillo en tu vida. Por si no tenías que tragar suficiente mierda con las listas interminables de ejercicios que te mandan para hacer, y los innumerables trabajos que se sacan de la manga, también existen los exámenes.

En su descripción más básica (y engañosa) son pruebas que sirven para demostrar que los conocimientos que se han impartido en clase han quedado bien entendidos y que se puede seguir avanzando en la materia. Esta es la explicación bonita. La mía es que en su sed insaciable de sangre y sufrimiento necesitan constantemente algo más, y como no pueden atarnos con cadenas y grilletes y azotarnos con un látigo durante horas, se sacan de la patilla unas pruebas que parecen hechas para pasar a ser aspirante de la NASA.

¡Nunca un examen tiene el nivel de lo que se ha hecho en clase! ¿Por qué si no en casa eres capaz de hacer los ejercicios tranquilamente, pero luego cuando te plantas delante de un examen en tu cabeza solo aparece un mono con dos platillos que va tocándolos al mismo ritmo que va bailando? Pues porque los exámenes están hechos para hacer sufrir más al alumno. Es decir, al pobre desgraciado como tú que tiene que enfrentarse a esa cámara de los horrores a la que llaman instituto.

Y el problema es que te los ponen como quien pone churros en una papelina. No es que tengas una prueba cada cierto tiempo para ir viendo cómo está el nivel de la clase. No. Vas a tener al menos dos exámenes por semana hasta que llegues al punto de pensar si realmente merece la pena seguir en esta situación llamada vida.

Recuerdo que yo me apuntaba los exámenes en la agenda y los recuadraba con mi subrayador fosforito para que se viesan bien y no pasasen desapercibidos. El otro día estuve mirando mis agendas de cuando iba al instituto y no supe si eso era realmente donde yo apuntaba los deberes y exámenes o el catálogo del Bershka con la nueva colección de ropa de Billie Eilish. Había más fosforito que en una fiesta flúor. La abría a oscuras con una luz de esas halógenas de las discotecas y os aseguro que brillaba más esa agenda que mi futuro.

Pero ¿para qué son necesarios tantos y tantos exámenes? ¿No arrastras ya suficiente agobio con todo lo que te mandan para hacer, que encima tienes que sacar el tiempo de debajo de las baldosas de tu casa para ponerte a estudiar algo que seguramente no volverás a escuchar en tu santísima y larga vida? A mí perdonadme, pero si eso no es torturar al personal, los nazis no mataron a nadie. Las cosas como son.

Lo que no me servirá de una mierda

Es una pregunta que todos nos hemos hecho en algún punto de nuestra vida estudiantil: ¿y esto de qué c*ño me va a servir en la vida?

Pues ya te lo digo yo para que te quede claro de ahora en adelante:

DE ABSOLUTAMENTE UNA MIERDA. O sea, de nada. Pero te jodes y bailas.

Es un hecho, hay conocimientos dentro del plan educativo que son como ese grano que te sale el día que tienes que ir a la cena más importante de todas, o que te sale el día que te van a hacer las fotos para la orla de fin de curso, es decir, una santa tocada de huevos.

Es verdad eso que dicen de que «el saber no ocupa lugar», en realidad, nadie se ha muerto por saber mucho sino al contrario, más bien por saber poco. Como ese que se tiró haciendo puenting desde una altura de quince metros con una cuerda de treinta metros. De haber sabido calcular las cosas un poco mejor (y de no haber sido un cazurro, porque hay que ser iluminado...) pues no se hubiese matado. Pero hay una cosa que el saber sí ocupa: tiempo y dedicación. Y si hay algo de lo que no vas precisamente sobrado cuando tienes la edad de estar estudiando es de tiempo.

Vas de culo todo el santo día. Que si clases, que si deberes, que si exámenes, que si tu vida emocional que parece que esté de ferias constantemente y encima tienes que invertir tiempo y esfuerzos en aprender mierdas que, a no ser que te dediques plenamente a algo de ese ámbito, no vas a usar nunca jamás en tu santísima y larga vida.

¿Alguien me sabe decir cuándo aplicó por última vez en su vida cotidiana el teorema de Pitágoras? ¿O la última vez que tuvo que calcular cuánto mide la hipotenusa de un triángulo? ¿O cuándo tuvo que saber diferenciar entre un complemento directo y un complemento indirecto a la hora de formular una frase? Ya te lo digo yo: no lo has necesitado en tu vida. Fin.

En cambio, nadie te enseña cosas básicas en la vida como, por ejemplo, a afrontar una ruptura con tu pareja, a ser rechazado por tu crush o a entender a tus padres, que esto último ya te digo yo, desde el punto de vista de los treinta y un años, que nunca llegarás a conseguirlo. Dalo por perdido.

Se supone que la educación debe prepararte para la vida a la que te vas a enfrentar cuando seas mayor, pero en realidad te prepara absolutamente para todo menos para eso. A la hora de lidiar con la vida y con los problemas reales que esta te pone por delante vas más perdido que un hijo de p*ta el día del padre, y el trabajo es tuyo para apañarte y salir vivo de según qué situaciones.

Además, los profesores, ese séquito de mentes malvadas que solo viven para hacer

el mal y destruir tu vida lentamente, no te ayudan en ello, porque cuando tú te planteas el uso de todas esas enseñanzas y les preguntas para qué te van a servir, lo primero que hacen es tratarte de tonto, de ignorante y te desprecian delante de todos tus compañeros como si fueses la última gotita que queda de toda la mierda que se ha vaciado en el camión de la basura de dentro de un contenedor.

Se supone que te entrenan para que en un futuro llegues a ser más inteligente, más hábil y para que estés más preparado para la vida, pero en el momento en que tú vas un paso más allá y te planteas en qué podrás aplicar todas esas teorías en tu futuro, te mandan literalmente a la mierda. O al menos te hacen sentir como tal sin remordimiento ninguno. Aquí tú has venido a tragarte todo lo que yo te diga y tú te callas y te lo comes. Punto.

Pues no me sale de la punta del c*ño, mira que te digo.

Que, a ver, relativicemos. Evidentemente que te vas a callar y te lo vas a tragar, porque a fin de cuentas tienes que aprobar ese examen, que te hará media con la nota final, de la cual depende que puedas pasarte el resto del verano tranquilo o que durante este tu casa se convierta en un campo de concentración, con trabajos forzados y con menos vida social que un monje ermitaño. Pero que conste que te lo vas a tragar a disgusto y con desaprobación, ¡hombre ya!

¿Suspender y sufrir o sufrir y aprobar?

Llega un punto en la vida de todo estudiante en que esta pregunta es lo que más fuerte retumba dentro de su cabeza. Y tú lo sabes muy bien porque también te la has hecho.

La vida de estudiante es un sufrimiento continuo. Hagas lo que hagas vas a pasarlo peor que el ingeniero del Titanic cuando tuvo que tragarse sus palabras afirmando que su barco era insumergible, y mira si era insumergible que acabó convirtiéndose en submarino.

Si suspendes, sufres. Si apruebas, también. La única diferencia está en el orden de las cosas, pero como decía mi madre: «El orden de los garbanzos no altera el cocido», por lo que saco una simple y sencilla conclusión: Estudiar = Sufrir.

Ya te lo puedes montar como te salga a ti de la costura de la braga que las vas a pasar p*tas sea como sea que te apañes.

Todos sabemos que, en esta vida tan estricta y marcada por unas normas sociales que por mucho que tú intentes entender no les ves el sentido por ningún lado, aprobar es lo correcto. Pero para llegar al aprobado de un examen hay que pasar toda una serie de calamidades que riéte tú del calvario de Jesucristo.

Las horas que tú tienes que invertir en tu vida hincando los codos delante de tus apuntes, para llegar a raspar un aprobado justillo en un examen, son directamente proporcionales a las que ha durado la construcción de la basílica de la Sagrada Familia de Barcelona, y eso que su construcción comenzó en 1882 y aún no la han acabado.

Es tal el sufrimiento y la agonía que tienes que afrontar para poder sacar unos resultados medianamente decentes en un examen que muchas veces se te ha pasado por la cabeza si no sería mejor dejarlo todo e irte a vivir a una comuna hippie, cosechando tus propios alimentos y alejado de toda la sociedad.

Está en tus manos afrontar esta situación y tragar con toda esa tortura eterna para conseguir esos resultados respetables y vivir tranquilo al haberlo conseguido, pero lo que has pasado y el trauma que te ha generado, que hasta te has quedado un poquito pallá, no te lo quita nadie.

Pero también está en tus manos la opción contraria. Como sabes el sufrimiento que supone estudiar para llegar a cierta nota, prefieres posponerlo y vivir tranquilo hasta el examen, sacar la nota que sea, que sabes que no va a ser buena ni por asomo, y el sufrimiento ya vendrá después, cuando se enteren tus padres de que has suspendido y te caiga encima todo el peso de la justicia divina y se te coman todos los santos del tribunal del día del Juicio Final.

Yo no te sé asegurar cuál de las dos es peor. Desde mi extensa sabiduría de millennial con treinta y un años de edad que se ha sacado la ESO, el Bachillerato y dos grados, sigo sin saber cuál merecía menos la pena, pero sí te puedo decir cuál fue la que yo elegí. Evidentemente tragar y sufrir estudiando antes del examen, porque si

suspendía mi madre se enfadaba, y mi madre enfadada da más miedo que la muñeca Annabelle, la Monja y el Payaso de IT juntos en la casa de la película Expediente Warren.

Desde luego que el primero no es nada fácil, porque todo lo que tienes que sufrir previamente para estar luego tranquilo no es que sea moco de pavo. Igual... No sé... Prefiero hacerme el harakiri, ¿sabes?

Pero es que el segundo tampoco te salva absolutamente de nada, porque, a fin de cuentas, vas a acabar sufriendo igual cuando sepan en tu casa lo que ha pasado, y no sé cómo sería en tu caso, pero en el mío ya te aseguro que era peor. Mucho peor.

Mi conclusión después de arduas horas de reflexión y meditación para encontrar la paz interior y la verdad universal, era que mejor sufrir y después estar tranquilo en casa, que vivir la vida y luego, al llegar a casa, entrar en el infierno...

Y de verdad que no sabéis lo que es mi madre cuando se enfada. No te queda Europa pa correr. No te digo más.

El análisis sintáctico

De todas las cosas y conceptos que he tenido que aprender durante mi etapa estudiantil, os aseguro que esta es la más absurda, la más odiosa y la que más me ha tocado los huevos a cuatro manos en la vida.

¡Y, a ti, también! Y si eres muy joven y aún no sabes lo que es, disfruta del tiempo que te queda hasta que esto entre en tu temario, porque una vez se te plante delante el trauma que te va a dejar va a ser irreversible.

Yo puedo entender que la sintaxis y la morfología en la lengua tengan mucho sentido. De no ser así, no podríamos formular una puñetera frase con sentido y hablaríamos como los hombres neandertales o como los monos. Hasta aquí todos de acuerdo. Pero que alguien me explique a mí, que alguien venga y me cuente, que baje Dios y me diga a la cara y mirándome a los ojos para qué c*ño me sirve a mí en mi vida saber identificar o no el objeto directo de una frase.

Cuando los profesores de Lengua, en su sed de sufrimiento y sangre fresca, entran en este temario es cuando más disfrutan de su maldad y sus ansias de tortura.

Se trata de identificar y organizar cada uno de los elementos que forman una oración para así entender su composición global. ¿Has entendido algo de lo que he dicho? Pues yo tampoco.

Yo entiendo que, si tú eres una persona que en un futuro quieres dedicarte a estudiar las lenguas, sus orígenes y sus formaciones, sea necesario que sepas cómo funcionan las construcciones de texto, sí. Totalmente de acuerdo. Pero si tu futuro está en hacer cualquier otra cosa que no tenga nada que ver con todo eso, es decir, para el noventa por ciento restante de los habitantes de este planeta llamado Tierra, ya sea ser ingeniero aeronáutico o cajero del Mercadona, ¿para qué c*ño nos va a servir en nuestra vida?

Como he dicho en un apartado anterior, en la vida del estudiante hay cientos de cosas que te las hacen aprender y tú te las tienes que tragar como si fueses un pato al que quieren engordar para hacer paté con su hígado, pero, al menos, muchas de ellas sirven para que se te creen ciertas estructuras mentales, seas más hábil con los cálculos, tengas algún punto de referencia para algo totalmente absurdo, pero...

¿ME PUEDES EXPLICAR PARA QUÉ C*ÑO ME SIRVE A MÍ IDENTIFICAR EL
COMPLEMENTO CIRCUNSTANCIAL DE LUGAR EN UNA FRASE?

¡ES QUE NO ME SIRVE DE UNA P*TA MIERDA PINCHÁ EN UN PALO Y METÍA EN UN BOTE!

Y es que, además, no es algo que sea fácil de hacer.. ¡NO! Es la cosa más complicada que se te va a plantar delante en la vida y que te va a hacer plantearte si realmente quieres seguir estudiando o si la mejor solución es tirarte a las vías del AVE.

Analizar sintácticamente una oración tiene tantas posibilidades que se parecen entre ellas que o lo pillas a la primera porque eres un lince, o eres un zoquete como yo y te derrumbas emocional y psicológicamente porque no entiendes una puñetera mierda de lo que te están contando.

Y eso los profesores lo saben. Claro que lo saben. Y lo van a usar para destruirte y hacerte sufrir hasta el último de tus días. Precisamente por eso, desde el momento en que el análisis sintáctico entre en tu vida dentro de la asignatura de Lengua, cinco puntos de cada uno de los exámenes que hagas desde entonces en adelante serán solo para eso.

Sí, sí. Tal cual lo lees. Te lo puedo gritar a los oídos, pero no lo puedo decir más claro.

Cinco puntos de cada examen de Lengua dependerán de que tú sepas analizar cada uno de los elementos de una oración y determinar qué función tienen dentro de esa frase.

Vamos, que mi consejo es que ya te puedes esmerar en estudiarte todo el resto del temario como si fuese la letra de la última canción de Bad Bunny, porque como pinches también en eso vas a estar más jodido que los pollos que cría McDonald's para hacer nuggets.

Pero ¿cómo se puede ser tan enormemente miserable como para hacer que algo que no te va a servir de una puñetera mierda en tu santa vida, y que además es más complicado que desenredar los auriculares del móvil cuando los sacas del bolso, tenga tantísimo peso en un examen y pueda ser decisivo a la hora de suspender o aprobar? Eso es ser retorcido, maquiavélico y psicópata para encerrar en un sanatorio de alta seguridad, con camisa de fuerza y cadenas atadas a los pies para que no escapen.

Luego tienen los santos huevos de decirte que eso sirve para que el día de mañana sepas escribir y redactar de forma correcta y sin cometer errores de texto imperdonables y, mírame, aquí me tienes, con treinta y un años escribiendo un libro y sin haber sabido analizar una p*ta oración simple en mi puñetera vida. ¡ANDA Y QUE OS DEN, C*BRONES!

Ah, y para los que os preguntéis ahora cómo c*ño lo hice para poder aprobar Lengua, si en la vida lo he sabido hacer y tenía tanta importancia en el examen, os diré que simplemente tuve la santísima y maravillosa suerte de caerle bien a la majísima de mi profesora.
Life goals.

No soporto a mis compañeros

Que alguien me explique a mí qué he hecho yo en otra vida para merecer semejante calvario en esta, por favor.

Yo debí ser un asesino descuartizador de bebés recién nacidos y un violador de monjas en alguna de mis vidas anteriores porque si no, no me explico a qué viene que ahora tenga que aguantar semejante enjambre de personajes cada día de mi vida cuando estoy en clase.

¿Alguien se ha detenido, aunque sea unos minutos en su vida, a analizar a todos y cada uno de los elementos espeluznantes que puede haber en una clase de instituto? Porque hay para hacer un estudio de cuatro tomos de quinientas páginas cada uno, a doble cara y con tapa dura.

La fauna y la diversidad que hay en tan solo un aula de instituto es suficiente como para montar un zoológico y cobrar entrada para verla en su hábitat.

Por un lado están los canis. Los chunguitos del instituto. Los que son más de barrio que los columpios. Esos en realidad están en clase porque el sistema obliga a todos los menores de dieciséis años a asistir a ellas porque si no, de tanta mierda que se meterían en ese tiempo, de no estar encerrados en un aula hubiesen acabado con su especie. Y lo peor es que tú tienes que lidiar con ellos y, a poder ser, llevarte bien con ellos o intentar no existir en su área visual porque si no te van a machacar toda tu existencia.

Como no tienen ni oficio ni beneficio, ni la más mínima intención de hacer un esfuerzo para integrarse en la sociedad para parecer, aunque sea, un poco normales, se dedican a tocar los huevos a todo el mundo y a joder al personal como si les pagasen lo mismo que a Mariah Carey cada vez que saca un disco con canciones de Navidad.

Luego están los que son todo lo contrario. Los pijos. Que se creen estar por encima de los demás y por lo único que están por encima es del coeficiente intelectual de los canis. Y a veces podríamos hasta dudar de ello.

Su única preocupación en la vida es saber qué conjunto de ropa se van a poner al día siguiente para así sentir que son los dueños del mundo por aparentar tener más dinero que los demás, aunque su ropa sea del Zara.

Son los mismos que en el momento que sale un nuevo iPhone se matan para conseguirlo, aunque este sea exactamente igual que el anterior, porque el placer que les va a producir poder ver la cara de envidia de los que no pueden tenerlo les vale mil veces más que el esforzarse lo más mínimo en aprobar un examen y al menos parecer una persona lista.

Luego están los frikis que no se duchan. Que, mira, que sean frikis y que tengan aficiones distintas y curiosas, al fin y al cabo, eso no debe molestarle a nadie, porque es su vida y nadie tiene que meterse en ella por creepy que esas aficiones sean, pero

que no conozcan lo que es un bote de gel de ducha es atentar contra la existencia de todos los compañeros.

Todos sabemos que en una clase de instituto el ambiente está tan cargado y el aire es tan denso, a causa de los olores corporales de los alumnos que están dentro de esta, que en el momento en el que pones un pie en su interior, comienzas a flotar. Eso podemos decir y afirmar que es debido a que la adolescencia comporta toda una revolución hormonal, vamos, que las hormonas están de ferias, que hace que los olores corporales se disparen de una forma tan extrema que hasta pueden causar la muerte de todo ser vivo que esté a cien metros a la redonda. Pues imagínate si encima le añades que algunos de esos adolescentes parece que se hayan olvidado de lo que viene siendo algo tan simple y tan cotidiano como el puñeterobote de gel de ducha.

Pasar por su lado es como abrir el cubo de desechos de la pescadería. El olor que desprenden es tal que sería capaz de ahuyentar a un tiranosaurio rex hambriento aunque este llevase dos meses siguiendo una dieta vegana.

Como te toque sentarte a su lado... O, bueno, directamente a menos de tres metros de una de esas personas, ya puedes comprarte bombonas de oxígeno porque como estés más de tres días respirando ese aire fétido acabas en el hospital tras sufrir un ictus.

También están los empollones pelotas. Esos, además de no tener ningún tipo de problema en los estudios porque ni les cuesta estudiar, son capaces de hacer cualquier cosa, y repito, cualquier cosa, con tal de tener su lengua un milímetro más metida dentro del culo de la profesora.

Decir que le lamen el culo a la profesora es quedarse corto para definir el nivel de peloteo que le llegan a practicar. A veces viendo cómo actúan puedes llegar a pensar que lo que realmente quieren es casarse con ella, irse a vivir juntos, tener hijos y dos perros.

Y en el medio de toda esta fauna, y con algún que otro elemento suelto no etiquetable ni clasificable, porque posiblemente toque palos de todas las especies anteriormente mencionadas, estás tú, preguntándote el porqué de tanto castigo en la vida y contando los días que te quedan para que se acabe tu existencia.

Me tienen manía

Sí, vale que muchas veces suena a excusa barata comprada en el bazar chino de la esquina, pero te digo yo que es algo que sí ocurre.

Los profesores pillan manía a los alumnos que no les caen bien. Y esto es una verdad como el Taj Mahal de grande.

Hemos dejado claro a lo largo de toda esta sección que los profesores son unos psicópatas sedientos de sufrimiento estudiantil, pero se me ha escapado hablar de un detalle: pueden ser aún peor.

Al igual que a ti hay algunas personas que te caen bien, otras que ni te caen ni te dejan de caer, y otras que te caen como el orto de Satán, a los profesores les pasa lo mismo. Al fin y al cabo, son personas como tú y como yo, un poco más hijos de p*ta, pero personas al fin. Con una diferencia. Está en sus manos evaluarte y decidir qué nota te va a quedar a fin de curso y en eso entra en juego mucho riesgo. Y ellos lo saben.

Si tienes la desgraciada suerte de que un profe te coja manía, que Dios te pille confesado porque, a menos que seas un puñetero lince con los estudios como los empollones de la clase, estás más jodido que un cerdo en un matadero. Si eres como yo, que mis notas no eran para nada destacables, tienen el poder perfecto para destrozarte como les dé la gana. Con decir que no les gusta tu actitud y que no te hacen media ya te han fastidiado el verano, y puedes empezar a hacer las maletas para irte lejos y no volver, porque el ambiente que va a haber en tu casa va a ser digno de la casa de la película El exorcista.

No hay nada que tú puedas hacer, porque por mucho que tú intentes exponer y demostrar que tu suspenso es injusto y que lo tienes porque a ese profesor le caes mal, nadie te va a creer. A los ojos de los demás toda la información que puedas darles les sonaría igual que si les dijese que has visto duendecillos verdes bailando sardanas en el salón de tu casa.

¿Cómo te va a tener un profesor manía? Si todos sabemos que ellos son las personas más preparadas para evaluar e imparciales a la hora de hacer su trabajo. Recordemos que socialmente un profesor es como un héroe. Un salvador de cachorritos abandonados. Un Superman de la enseñanza... ¿A quién van a creer? ¿Al superhéroe? ¿O al mindundi que se ha rascado los huevos a dos manos medio curso sin hacer nada y que ahora llora porque ha suspendido?

Es un juicio perdido, con el jurado popular en contra y una sentencia más que firmada. Tu pena de muerte está servida y todo bajo la sonrisa burlona de ese profesor c*brón al que ahora mismo solo tienes ganas de abrirle en canal, sacarle las tripas, picarlo todo y hacer croquetas con ello para luego hacérselas tragar.

¿Me vas a decir ahora tú a mí que, si estuviese en tus manos putear a esa persona que te cae como el culo, no lo harías? ¡No me vayas ahora de modesta porque de eso

tienes lo mismo que yo de monja, guapa! Si eso estuviese bajo tu potestad, serías más hija de p*ta que el asesino en serie más enajenado de este planeta. Sí. Las cosas como son. Y yo también.

Hay pequeñas señales que te pueden indicar cuándo un profesor te está cogiendo manía y puede empezar con ello un puteo que riéte tú de un becerro en una plaza de toros.

De repente, siempre eres tú al que le pregunta primero si llevas los ejercicios hechos. Te hace salir a la pizarra cuando sabe perfectamente que no sabrás hacer lo que hay que hacer y así te deja en ridículo delante de tus compañeros. Siempre te manda callar a ti aunque esté hablando a gritos toda la santa clase. Recibes todos los castigos aunque no hayas hecho nada...

Pero, claro, como a la hora de la verdad a ti no te van a creer ni aunque les hagas un juramento de sangre e invoques al mismísimo Belcebú para que te apoye en tu testimonio, pues te jodes y bailas, porque en este cuento el justo nunca sale ganando. Eso se lo dejamos a los cuentos de hadas y a Hollywood, que se les da de maravilla. ¡Cuántas ilusiones nos han creado los muy desgraciados!

Así que ten vista, y si detectas que eso está comenzando a pasarte manéjate para cambiar esa situación de la forma que sea necesaria. Tratar de reenfocar tu relación con el profesor sería una buena estrategia y puede ser hasta sencillo.

Puedes tratarde conseguir caerle bien conociendo su entorno y tratando de compartir conversaciones sobre sus aficiones con él, o puedes recurrir al sistema de solución tradicional y el más fácil que existe: te vas al súper y le compras un jamón. Ya verás cómo desde entonces le caes de p*tísima madre.

Mi cárcel diaria

¿Hay alguien que en el instituto se sienta feliz? Si conoces a alguien que sí, mávalo antes de que ponga huevos. Su demencia mental puede acabar con nuestra especie si se reproduce.

¿Quién c*ño puede sentirse feliz en un sitio en el que te obligan a estar ocho horas al día en contra de tu voluntad sufriendo todo tipo de torturas y vejaciones? Vamos, es que cambias lo de las ocho horas por todo el día y eso deja de ser un instituto para pasar a ser una cárcel de alta seguridad.

Yo no sé en el vuestro, pero en el mío las vallas que lo rodeaban tenían tres metros de altura. Vamos, que no le ponían alambre con pinchos por encima para disimular un poco y que diese buena imagen, pero ya me dirás qué hace una valla de tres metros rodeando un edificio donde los alumnos más mayores tienen dieciocho años. Ya de paso, ¿por qué no lo rodeaban con la Muralla China?

La puerta se abre para que los alumnos puedan entrar cual rebaño de cabras en medio del campo, todos como borregos se meten adentro y, una vez suena la sirena o el timbre (que de eso hablaremos luego), viene un bedel y las cierra a tus espaldas con llave, cadenas y candado. Ojo, cuidado, asegúrate de cerrarla bien, no sea cosa que se os escapen los dinosaurios que tenéis aquí guardados. Ya de paso, y para prevenir, podríais electrificar la valla y seguro que así ya no sale ni Dios. El que la toque se queda más frito que las croquetas de mi abuela.

Esa valla no se vuelve a abrir hasta el momento de finalizar las clases y es el mismo bedel, con ese manajo de llaves que abren todas las puertas del centro, el encargado de hacerlo. Con lo viejo y enclenque que es ese señor, porque normalmente los conserjes tienen más años que Matusalén, ojo, cuidado que no haya una emergencia y tenga que correr a abrir la puerta. Como se incendie la cárcel disfrazada y se tenga que correr, te digo yo que a ese señor le peta la patata antes de llegar a tocar la puerta. Y si llega a la puerta, como está medio chocho, seguro que se olvida de desconectar la corriente y ya tienes palomo frito.

Otro indicador de que eso no es un centro de felicidad y armonía, sino que es una cárcel encubierta y disfrazada, es el timbre o la sirena que suena para anunciar el inicio de las clases y la separación entre horas. A todo vas a golpe de pito. Solo falta que venga un profesor vestidito de legionario y que diga: ¡FIRMES!

Yo no sé cómo lo ves tú, pero yo lo de la sirena lo veo como un poco arcaico, como del siglo pasado, como de campo de concentración. ¿Ves cómo todo está relacionado?

Además, en todos los institutos, como en todas las cárceles, están los grupitos que dominan el cotarro. Esas personas con las que sabes que no te puedes meter y a poder ser ni acercarte a menos de cinco metros si no quieres acabar más jodido que alguien que le debe dinero a la mafia rusa.

Ese grupillo está formado por un cabecilla que (se le ve en la mirada) es lo más chungo que te puedes echar a la cara, pero que parecería una persona normalilla de no ser por el séquito de canis y chungueles que le rodean a modo perritos guardianes. Está claro ahí quién es el cerebro y quiénes son los que ejecutan las órdenes.

Esos te pueden conseguir cualquier cosa. Desde chicles de contrabando, porque no veas el mercado negro de chicles que hay en un centro de secundaria, hasta una pinchada de ruedas del coche de un profesor o unas piernas partidas. Entonces, cuando pasa algo grave de este rollo, pasa exactamente lo mismo que pasaría en la mismísima cárcel de Vis a vis, que todo el mundo sabe quién es el responsable de lo sucedido, pero todos callados como p*tas porque el miedo a que te amputen los dedos meñiques del pie en el lavabo abandonado de la segunda planta es suficiente para pasar por el aro.

Cómo no, también están los guardias de pasillo, exactamente igual que en una cárcel, que son los profesores «de guardia», qué curiosidad que se llamen igual, eh..., que van paseando por los pasillos y dando vueltas por el recinto para controlar que no haya ningún preso fuera de su celda. ¡Ay! ¡Perdón! Ningún alumno fuera de su aula. Qué cabecita la mía...

¿Alguien más tiene alguna duda de que lo llamamos instituto, pero en realidad es un centro de reclusión obligatoria? ¿Qué más necesitáis para ver que eso es una cárcel? Si lo único que le faltaría es que en todas las entradas hubiese dos unidades de policía para controlar que no haya ningún altercado grave... ¡Ah, no! ¡Que eso ya ocurre y allí los tenemos! ¡Ni que los estudiantes que están dentro fueran presos de Guantánamo!

Dejemos de llamar instituto al instituto, por favor. Aunque sea por solidaridad con las pobres almas en desgracia que los habitan. Es una puñetera cárcel en la que cientos de estudiantes inocentes pierden la vida sorbito a sorbito contra su total voluntad.

Mi cabeza no carbura

Mi cerebro funciona veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año, excepto cuando tengo que escuchar a un profesor. En ese momento mi cerebro cierra la ventanilla, chapa el chiringuito y se encierra en un búnker con un mono y dos platillos a bailar la Macarena.

No sé qué es exactamente lo que me pasa, pero es que es entrar en clase y si le doy al botón de ON de mi cerebro este no responde y es cuando más lo necesito.

Puede que sea porque entrar a clase a las ocho de la mañana sea un poco excesivo. Bueno, un poco... Que debería estar penado por ley, vamos. ¡No son horas! A esas horas la panadera aún no ha sacado los bollos del horno, ¡no me jodas!

Si te has sentido identificado u identificada con lo que acabo de escribir es que a ti te pasa o te ha pasado exactamente lo mismo y sabes cuál es la frustración que se siente cuando esto ocurre. Ya puedes tú darle revoluciones al cerebro que este te mira, se quita un poco las gafas de sol, te repasa de arriba abajo y se las vuelve a poner para mirar a otro lado e ignorarte.

Ya me dirás tú por qué en el momento en el que más lo necesitas para que te rinda al máximo es cuando menos te ayuda. Bueno, en clase y cuando te habla tu crush, que entonces directamente aprieta el botón de salida de emergencia, salta de tu cabeza con paracaídas y deja la nave nodriza sin piloto al mando para que tú mismo solito te estrelles de forma estrepitosa.

Tú, que te consideras una persona medianamente inteligente en la vida, en clase te sientes la persona más cazurra del país entero. Es como que se desconectan los sistemas y no hay manera ni de recitar la tabla del uno. Estoy seguro que en ese momento te ponen delante un círculo, un cuadrado y un triángulo y te piden que digas cuál es cada uno y te equivocas.

En eso no ayuda para nada el tono de voz de los profesores. ¿Por qué todos tienen un tono de voz que no es agradable pero que te va dejando tonto a medida que lo vas escuchando? Bueno, exceptuando esa profe que tiene la voz de pito y a la que, cuando se pone nerviosa, se la oyedes desde dos kilómetros a la redonda del edificio, pero los demás podrían ser especialistas en hipnosis. No habrán sido pocas las veces que, mientras el profesor leía o explicaba la materia, tú te enzarzabas en una pelea a muerte, cuerpo a cuerpo, con las ganas de dormir.

Esa batalla es de lo más duro que puedes vivir en este mundo. Es como cuando te pones a ver la tele después de comer, tumbadito en el sofá, y al cabo de un rato en vez de mirar el capítulo de Los Simpson estás tú en Springfield, paseando con ellos y comiendo rosquillas rosas, pero con la única diferencia que en el sofá te puedes sobar si te apetece y nadie te lo impide. Como lo hagas en clase, además de las cincuenta fotos sobado que te van a sacar los hijos de p*ta de tus compis de clase, se te va a caer el pelo con el rapapolvo que te va a soltar el profesor, que más que una bronca va

a parecer que te está leyendo la sentencia del tribunal de la ONU contra los crímenes de guerra.

Y leyendo todo esto que ahora describo aquí, ¿de verdad que la gente se sorprende luego de que los estudiantes sean unos auténticos yonquis de la cafeína? ¡Si eso aún es suerte! Es la droga fácil y accesible para todos. Da las gracias de estar enganchada a esa y no a según qué otra para despejarte, porque recuerda que en la cárcel, ay, digo en el insti, está ese grupo que por un buen precio te puede conseguir cualquier cosa. Aunque, pensándolo bien, igual si vas apedirles alguna cosa al llegar al insti a las ocho de la mañana, lo que te dan es tal sopapo que te quedas despejado para el resto del día.

COSAS DE PADRES

Interrogatorio por crimen

Hay una cosa que tengo clarísima que no voy a hacer cuando sea padre, porque cuando me la hacían a mí los míos me nacían unos instintos asesinos que ni que estuviese poseído por Hannibal Lecter: interrogar a mis hijos.

Cada vez que durante mi adolescencia salía de casa, sabía que antes de cruzar la puerta tenía que responder a toda una lista de preguntas que ni que fuese yo acusado de participar en el ataque terrorista contra las torres gemelas de Nueva York.

Tenían que saber absolutamente todo lo que iba a ocurrir y absolutamente todo lo que iba a hacer mientras estuviese fuera como si fuese un preso de alto riesgo en libertad bajo fianza, y, lo peor de todo, cuando menos quería en mi vida que tuviesen la más mínima idea de lo que hacía cuando estaba fuera de mi casa.

A veces pienso que no era tan mala idea la opción de atar un buen número de sábanas juntas y escaparme por la ventana de mi habitación para evitar ese acoso y derribo contra mi intimidad, porque en el momento en que tú anuncias que vas a salir, comienza el show.

¿A DÓNDE VAS?

Es una de las preguntas más absurdas que te pueden hacer porque, a esa edad, lo que menos vas a hacer es estarte quieto en un sitio, porque no tienes ni un duro para irte a un bar a tomar algo y no tienes un punto fijo al que ir al aire libre a ver la vida pasar, a no ser que te vayas a casa de alguien, cosa que también es poco probable porque también estarían sus padres y lo que deseas es sentir que estás lo más alejado posible de todo tipo de persona «adulta» que pueda cuestionar tu *modus vivendi*.

La respuesta más común es: «Pos no sé, por ahí». Cosa que, claramente, deja a los padres mucho más tranquilos aunque realmente no les hayas dicho nada, porque, evidentemente, si resulta que vas a un sitio que ellos no vayan a aprobar te lo callarán como una p*ta, no sea que te prohíban salir. A veces me pregunto qué pasaría si les dices que te vas al club de señoritas de las afueras o a casa de un señor mayor a que te enseñe sus juguetes. No creo que estén preparados para semejante susto y soltando esa perla te quedas sin plan, porque acabas pasando la tarde en el hospital del infarto coronario que les ha dado a los dos a la vez.

¿CON QUIÉN VAS?

A ver... Esta pregunta roza el catetismo profesional y titulado. Es desde lejos la pregunta más tonta que un padre te puede hacer porque solo tiene dos respuestas y todos sabemos que, al igual que la anterior, si sabes que la respuesta verdadera les va a disgustar, te vas a ver obligado a mentir y a ser un mal hijo de campeonato.

Cuando sales por ahí, una de dos, o sales con tus colegas de siempre y que tus padres saben perfectamente quiénes son, de quién son hijos, dónde les conociste, las mascotas que tienen y hasta su código genético, o bien sales con tu crush, cosa que no te interesa para nada que sepan ni quién es, ni dónde vive, ni quiénes son sus padres... Vamos, que no quieres siquiera que sepan que existe.

A lo que, como siempre, les vas a responder con el comodín que queda muy bien y sigue dándoles menos información real que los mensajes en cadena de WhatsApp: con mis amigos.

¿CON QUÉ AMIGOS?

Esta pregunta ya empieza a provocarte desesperación máxima, porque la respuesta se la saben de carrerilla y pretenden, con todos sus santos huevos, que cojas tú, que lo único que quieres hacer es abrir la puerta y alejarte de ahí lo más rápido posible, y que les recites nombre por nombre todas las personas con las que te vas a reunir para pasar un rato juntos. Tócate el c*ño y baila flamenco...

En ese momento tú te sientes como si fueses un yonqui rehabilitado al que deben controlar para que no recaiga en la drogadicción y se muera, cuando lo único que estás haciendo es irte a dar una vuelta con tus amigos para comentar cuánto odias ir a clase, cuánto odias al profe de mates y, ahora ya de paso, cuánto odias a tus padres por este interrogatorio de sospechoso para el FBI que te estás comiendo con patatas panaderas.

¿Qué amigos iban a ser, eh? Pues los mismos que ayer, antes de ayer y el año pasado. No es que vayamos cambiando de amigos como de bragas, cariños de mi vida.

Me gustaría verles la cara si en vez de decir: «Pues los de siempre», dijeseis: «Con el yonqui del pueblo, que lleva siempre coca y maría encima, con el macarra que ya le han dado la condicional y ha salido, con la alcohólica que se quedó preñada con trece años y con ese que tiene la fama de desvirgar a todo lo que se le pone por delante».

Aunque no lo hagáis en casa, porque puede que se os vaya el plan a la mierda por dos razones. Una por responderles de una forma que les moleste y os castiguen sin salir. La otra porque les dé un ictus al escucharlo y se te queden tiesos y con la lengua fuera ahí mismo y no veas tú luego el marrón de llamar a emergencias, que vengan ambulancias, policía, el juez a hacer el levantamiento de cadáveres... Quitaa, quita. ¡Qué pereza!

¿QUÉ VAIS A HACER?

¡UNA ORGÍA! Vamos a f*llar todos con todos como conejos, puestos hasta las cejas de todas las drogas que existen y sin usar ningún tipo de protección, que así es todo más arriesgado y divertido. A ver quién sale preñada y quién sale con herpes genital.

Vamos, dices eso y te aseguro que si luego les dices que era broma y que en realidad vas a hacer otra cosa que no les guste mucho igualmente, pero que no sea tan heavy, seguro que no te dicen nada y te dan libertad absoluta, porque el susto que se llevaban con esa respuesta les deja con indigestión hasta navidades, aunque sea pleno verano. Hasta seguro que les sale una úlcera en el estómago.

¿Qué van a hacer un grupo de adolescentes que no tienen dónde caer muertos y sin un duro en sus bolsillos? ¿Atracar un banco? Pues lo mismo que hacían los padres cuando tenían esa edad y no soportaban que sus padres les preguntaran por ello. Seguramente pasear hasta encontrar un puñetero banco donde plantar el culo y comer pipas y guarradas compradas con los cuatro duros que han recolectado. Con suerte hasta se habrán comprado una Coca-Cola.

De verdad que no entiendo, ni nunca entenderé, esta afición de los padres en hacer este tipo de interrogatorios cuando saben perfectamente las respuestas antes de que se les responda, pero tampoco entiendo tradiciones como la tauromaquia y ahí sigue, por lo que supongo que será algo más difícil de desarraigar que una garrapata en un perro callejero.

Paciencia, chicos, es lo único que os puedo decir. Me encantaría deciros que esto se acaba en cuanto te haces mayor, pero yo tengo treinta y un años y cada vez que salgo de casa de mis padres ese interrogatorio se vuelve a repetir sin cambiar ni una sola pregunta. La única diferencia es que ahora sí les puedo dar las respuestas chungas porque no me pueden prohibir salir y así se quedan con el yuyu hasta que vuelva más tarde y les cuente que estuve con mis amigos tomando unas cañas y comiendo unas patatas bravas mientras jugaba con el hijo de mi mejor amiga por el que tengo devoción. Por si dudaban de lo de la orgía y eso... Je, je.

Cosas de mamá

Desgraciadamente vivimos en una sociedad patriarcal que relega a la mujer a ser un mero objeto de adorno para el hombre y una esclava en casa para prestarle a este todos los favores y servicios necesarios para su absoluta felicidad, pero todos sabemos que en toda casa española quien manda es mamá.

Quien tiene siempre la última palabra en absolutamente todo lo que se pueda decidir es ella y pobre de ti que se la cuestiones, porque la sentencia que te puede caer por ello puede ser peor que la de un asesino en serie.

Mamá tiene muchas cosas buenas... Em... A ver... Mamá es... Una tarada mental.

Las madres están locas. Es algo que tenemos que asumir lo más pronto posible y de este modo estaremos más preparados para lidiar con todas las situaciones que se puedan generar cuando ella entra en el juego.

Es especialista en sacarte de tus casillas.

Quien te conoce bien, sabe qué temas se pueden tocar para hablar contigo y cuáles se deben quedar dentro de un cofre, cerrado bajo llave y en el fondo del mar porque pueden hacer que te molestes un poquito. Lo suficiente como para que cojas el fusil de cuando el abuelo fue a la guerra y empieces a disparar a diestro y siniestro hasta darle a todo lo que se mueva a tu alrededor.

Pues tu madre, que te conoce como si te hubiese parido (ja, ja, ja, ja, ja), válgame la redundancia, se pasa eso del cofre entre aleta y aleta del pitorro y te comienza a tocar todos esos temas que más te enervan y te provocan la aparición de instintos asesinos como entretenimiento personal. Tú aguantas como un campeón para mantenerte firme y que no parezca que eso te afecta, pero llega a tal punto la situación que las venas del cuello se te han hinchado tanto que podría pasar por dentro una morcilla de burgos sin problema ninguno, y entonces es cuando es inevitable que estalles como si fueses el reactor número 4 de la central nuclear de Chernóbil, soltando una onda expansiva de palabrotas y contestaciones cargadísimas de odio que te van a costar la paga y las actividades sociales durante dos meses como mínimo. Y todo por su culpa, porque de no haber tocado los huevos, eso no habría pasado.

Otra de las técnicas que usa una madre para fastidiarte a un nivel estratosférico es la de increparte cuando tienes planes y vas a salir para joderte todo lo que tenías pensado hacer.

Cuando estás a punto de salir por la puerta, después de soportar ese interrogatorio que te han hecho como si fueses amigo íntimo de Bin Laden, es cuando suelta la típica frase de: «Recuerda que antes de salir tienes que _____». (Introduce cualquier tarea absurda que te puedan mandar la cual no importa en qué momento la hagas porque no va a afectar en nada al desarrollo de la vida en la casa).

O sea, que ha tenido todo el santo día para tomarse un minutito de su tiempo y decirte que tienes que hacer eso que ella te manda porque le sale de la punta del pepe, y te lo tiene que decir ahora que has quedado, que ya tienes un pie en la calle y que seguramente ya llegas tarde. Es que es para tocarse los huevos y bailar sardanas en su honor.

¿No lo podía decir antes? ¿No podía mandarte eso en otro momento? Pues no, porque ella disfruta viendo cómo te pones histérico y te cagas en todos y cada uno de los santos del altar mayor, y si lo hubiese hecho en ese momento en que tu no tenías nada que hacer y estabas en el sofá más aburrido que un ciego en un museo, pues no hubiese tenido la misma gracia.

Luego tienen también una frase que es maravillosa. Es una frase célebre de madre que en ninguna otra boca suena mejor que en la suya y causa tanta rabia como para querer tirar gasolina por toda la casa y prenderle fuego.

«Mientras vivas bajo mi techo harás lo que yo diga».

Mira, solo de recordarla se me erizan los pelos de todo el cuerpo. Tengo suerte de estar escribiendo solo, en el salón de mi casa y de noche, porque si ahora mismo me viese un biólogo querría llevarme a su laboratorio a hacer experimentos conmigo para ver cómo he conseguido mutar en cactus.

Da igual lo que intentes discutir con ella. No importa que las razones por las que no te deje hacer algo o te obligue a hacer otra cosa que no te gusta nada hacer sean más injustas que el exterminio de judíos en la Alemania nazi que, como dice ella, mientras vivas bajo su techo te las vas a comer con patatas panaderas, pimientos del piquillo y yogur de postre.

Aunque ella, en su infinita misericordia te da una solución a ese problema y te ofrece una alternativa: «Y si no te gusta, ahí tienes la puerta».

Que todos hemos sentido esa tentación de coger esa puerta e irnos a tomar por c*lo de allí, pero luego recuerdas que eres un pobre desgraciado que no tiene dónde caerse muerto y te lo replanteas, porque se duerme más calentito en tu cama bajo su techo que debajo de un puente.

Otra de las razones por las que se demuestra que mamá está loca es porque tan pronto puede estar contenta y de risas como de repente convertirse en un tiranosaurio rex más hambriento que Faletto en un restaurante vegano.

Si hay alguien en casa, invitados, un familiar, la vecina que pasa a saludar, parecerá la persona más encantadora del mundo, incapaz de matar a una mosca ni con espray. Pero ojo, cuidado el momento en que esa persona salga de casa, porque entonces la poseen todos los espíritus malignos del infierno y se convierte en un monstruo digno de película de posesión demoníaca.

Puede castigarte de la manera más vil y cruel que se le ocurra. Sin wifi, sin consola, sin ordenador, sin móvil, sin cargador... Castigo con el que sabe que tú vas a agonizar como si te hubiesen encerrado en Guantánamo, y ella te mirará y te dirá que lo hace

porque te quiere. Por tu bien. ¿Veis como está tarada? Si es que es para que la encierren.

Os juro por mi vida que muchas veces se me ha pasado por la cabeza acabar con su vida y esconder su cadáver, pero... luego pienso que ahora mismo estoy donde estoy por los valores que ella me ha dado. Que he conseguido todo lo que he conseguido porque ella me ha enseñado a ser fuerte para seguir constantemente adelante. Que cuando estoy enfermo es a quien más echo de menos porque no la tengo a mi lado para que me cuide como me cuidó absolutamente todas las veces que lo estuve mientras viví bajo su techo y que, cuando no sé qué hacer con mi vida y estoy al borde de saltar por la ventana, ella es la primera persona que me viene a la cabeza y a la primera a la que corro a pedirle ayuda.

Es entonces cuando me doy cuenta de que, en realidad, no sé qué haría ahora mismo sin ella y que mi vida no hubiese sido para nada ni la mitad de feliz de no haberla tenido, porque, aunque antes no me diese cuenta, siempre he tenido a mi lado a la mejor madre del mundo.

Evidentemente, este capítulo va dedicado a ti. Sé que reconocerás todas y cada una de las situaciones que explico en estas líneas cuando las leas y sé que te habrán hecho reír al recordarlas y revivirlas en tus pensamientos. Espero que te emocionen tanto como me han emocionado a mí, que he tenido que apartar el ordenador para que las lágrimas no cayeran sobre el teclado, porque no quiero tener que ir a tu casa, bajo tu techo, a pedirte dinero para uno nuevo.

T'estimo, mare.

Frases de padres y qué significan

En este apartado voy a coger algunas de las frases típicas que los padres usan en su día a día y voy a explicaros a mi modo qué es lo que significan y cómo debes interpretarlas para que, de ahora en adelante, sepas en qué situación estás cuando las suelten por la boca y puedas ahorrarte más de un disgusto.

MIENTRAS VIVAS BAJO MI TECHO, HARÁS LO QUE YO

DIGA

Básicamente, viene a decir que ellos mandan por encima de todo sin lugar a duda ninguna. Que lo que tú pienses, opines o creas les importa lo mismo que una plasta de vaca en medio de la montaña y que si ellos te dicen en algún momento que te tienes que tirar de un puente, ya te lo puedes estar buscando bien bajito porque te aseguro que acabarás saltando por sus cojones.

SI ESTO NO TE GUSTA, YA SABES DÓNDE ESTÁ LA

PUERTA

Cuando te sueltan esta perla saben de sobras que tienen todo el poder del universo por encima de ti y que si no estás de acuerdo con algo de lo que ellos dicen les importa una p*tísima mierda. Saben, por supuesto, que como eres un mindundi sin recursos que no tiene a dónde irse, no te irás y que por lo tanto vas a tener que quedarte acatando todas y cada una de las normas que te pongan, aunque estas sean más absurdas que intentar pellizcar cristales.

¿HAS HECHO YA LO QUE TENÍAS QUE HACER?

Más te vale que la respuesta a esta pregunta sea un sí, porque de lo contrario prepárate a recibir sobre ti todo el peso de la justicia divina, las siete plagas del

apocalipsis y todo el horror del día del Juicio Final.

SI NO TE LO QUIERES COMER, NO TE LO COMAS

Cómetelo. Hazme caso. Como sea y sin rechistar. De lo contrario, vas a entrar en una guerra psicológica de la que no vas a salir sin secuelas graves. A la siguiente comida habrán hecho tu plato favorito y tú no vas a probar ni un bocado porque vas a tener como plato lo que no te comiste en la anterior y que, a no ser que te lo acabes, lo único que va a entrar en tu cuerpo de las delicias que habrá sobre la mesa va a ser el olor de estas.

¿TE CREES QUE YO ME CHUPO EL DEDO?

Aborta misión. Sea lo que sea que estés diciendo, aborta misión. Te han pillado y no tienes ninguna escapatoria. Encima saben que les estabas intentando mentir, por lo que ya no te salvas del berenjenal en el que te has metido y puede que no vuelvas a ver la luz del sol desde el exterior en mucho tiempo. Puede que si pides perdón te reduzcan la condena y si tienes buena conducta hasta te pueden conceder la libertad provisional.

TIENES LA HABITACIÓN HECHA UNA LEONERA

Ponte a ordenar tu habitación iya! Nadie sabe a qué viene esa obsesión de tus padres de que tengas la habitación como si tuviese que aparecer en el catálogo de Ikea pero es así y no lo puedes evitar. En el momento en que sueltan esa frase te están dando un ultimátum. O la ordenas en seguida o seguramente pierdas muchos de los privilegios que tienes como hijo y como persona, porque el castigo puede ser que hasta viole el tratado por los Derechos Humanos.

LO HAGO PORQUE TE QUIERO. ES POR TU BIEN

Y una mierda pinchá en un palo y metía en un bote. Es la excusa perfecta para imponerte cualquier cosa por cruel que sea y así quedarse tan tranquilos. Con esa excusa pueden salir indemnes de cualquier situación, por muy cabreado que tú acabes

porque su mala leche no tiene límites. Ojo, no te extrañe que un día te corten un dedo y te digan que lo hacen por tu bien.

A QUE TENGO QUE IR YO Y BUSCARLO...

No dudes en ningún momento en que lo van a encontrar. No se sabe ni la fórmula ni la teoría por la que esto ocurre, pero siempre acaban encontrando lo que tú has perdido y una vez lo encuentren te van a humillar de forma exagerada haciéndote sentir que eres la última mierda del universo por no haber sabido buscar ese objeto.

¿SI TU AMIGO SE TIRA DE UN PUENTE, TÚ TAMBIÉN LO HARÁS?

Nunca pongas a tus amigos como ejemplo para justificar tus actos. Si lo que pretendes hacer no les parece bien, te aseguro que no vas a cambiar ni un milímetro la dirección de sus pensamientos porque, como he dicho antes, bajo su techo tú eres la última mierda y solo ellos deciden lo que tú puedes o no puedes hacer. No lo intentes, es inútil.

¿TÚ TE CREES QUE YO SOY EL BANCO DE ESPAÑA?

Esta frase significa que no te van a dar ni un p*to céntimo de euro para que hagas lo que sea que tienes pensado hacer y que te vas a quedaren la miseria más absoluta. No insistas. Si lo haces, te arriesgas a que se cabreen y te dejen sin la poca paga que te dan y eso ya sí que sería miserable.

ME DA IGUAL QUE TODOS HAYAN SUSPENDIDO. MI HIJO/A ERES TÚ

Por muy injusto que haya sido ese examen te aseguro que la has cagado suspendiéndolo y, aunque hayan palmado absolutamente todos tus compañeros de clase, a ti te va a caer tal sainete que tendrás que ir a la procesión de Semana Santa a hacer penitencia.

¿PRETENDES SALIR ASÍ VESTIDO?

Vete otra vez a tu cuarto y cámbiate. De verdad, sin rechistar. A malas, llévate una mochila con la ropa que te quieres poner y te cambias en el baño de un bar, pero como te suelten esa frase y tú intentes discutírsela es más probable que te quedes encerrado en casa a que saques a pasear tu atuendo favorito. Ah, y procura que no te pillen la mochila con la otra ropa dentro, porque entonces entenderán que pretendes tomarles el pelo y vas a desear que te encierren en Alcatraz, porque las condiciones penitenciarias serían mejores que las de casa.

Os quiero (a tres metros)

Es indudable que todos queremos mucho a nuestros padres y que nuestro amor por ellos es infinito, pero muchas veces los queremos lejos.

Y es que tienen una especial y curiosa manía en querer meterse en tu vida cuando tú lo que intentas hacer es absolutamente todo lo contrario, intentar apartarlos de ella para que sepan lo mínimo posible.

Los padres necesitan saber que tienen el control absoluto de todo lo que ocurre a su alrededor, si te descuidas, hasta del tiempo que va a hacer al día siguiente y por eso, a la que comienzan a ver que no saben nada de ti ni de tu día a día, se te enganchan como una lapa y se entrometen en tu vida de la forma más violenta que existe: preguntándote por todas las cosas chungas que puedas hacer.

Es curioso que, siendo ellos seres tan inteligentes y maduros como son, no sepan entender e interpretar que, si no se han enterado de lo que haces y de cómo es tu vida hasta hoy, es porque a ti no te ha salido de lo más profundo de tu potorro que lo sepan. Se piensan que es que simplemente se les ha escapado o que se han despistado mientras tú has hecho verdaderas proezas para que todo quede encubierto y que nadie se entere de nada.

Tu vida es tu vida y sabes muy bien hasta qué punto quieres mostrar y hasta qué punto no, porque entonces te la cuestionarían e incluso te obligarían a cambiar ciertas conductas y eso te apetece menos que comerte un plato de hígado de cerdo a la plancha.

Pero siempre llega un momento en el que los padres, sin que nadie tenga la más mínima idea de cómo, se dan cuenta de que tienes más vida de la que ven y les muestras y comienzan a meter las narices donde no les incumbe...

Comenzará todo con preguntitas incómodas mientras estáis en la mesa comiendo, con comentarios con pullitas a ver si te encienden la mecha y explotas, con registros furtivos en tu habitación intentando que no se note, haciendo ver que colocan ropa en tu armario o que te la están ordenando, cosa que atufa a la legua porque siempre te han obligado a ordenarla a ti...

Intentan entrar en tu intimidad como un elefante en una cacharrería, de forma torpe y arremetiéndolo con todo lo que encuentren por delante, y tienes que estar preparado psicológicamente porque ellos van a probar absolutamente todo lo que esté en sus manos para saber qué haces cuando sales con tus amigos, o cuando te encierras en tu cuarto.

Lo más probable es que con tus amigos te pases el rato de risas y haciendo el burro y que en tu cuarto te tumbes en la cama, con una bolsa de patatas o de chuches, a mirar Instagram o YouTube hasta que se te descoyunte el dedo pulgar de tanto hacer scroll, pero en su cabeza te aseguro que lo que se imaginan es mucho peor.

Para ellos, cuando te vas con tus amigos, a los cuales ellos ven como si fuesen unos yonquis y unos delincuentes del barrio más chungo del país, vas a drogarte para luego acabar todos juntos aporreando a viejos y robándoles hasta los calzoncillos para después hacer hogueras con ellos y así crear un incendio forestal. Cuando te encierras en tu cuarto... Bueno, digamos que lo que creen que haces sería contenido para mayores de dieciocho y no estoy autorizado a especificarlo en estas líneas, así que imagínate lo más fuerte que puedas imaginarte y seguro que no se asemeja ni un ápice a lo que se les pasa por la cabeza a ellos, porque su desvarío mental les lleva a pensar barbaridades que solo aparecerían en una película sadomasoquista.

De repente, sin comerlo ni beberlo, has pasado de ser el niño o la niña de sus ojos a verte como una especie de degenerado mental que ha escapado de un sanatorio de alta seguridad y que solo piensa en delinquir, en drogas y en vicio.

Es evidente y todos sabemos que tus secretitos y tus pensamientos oscuros tendrás, como todo el mundo. No te me hagas la tonta e inocente que conmigo no cuela, bonita. Pero eso no significa que no haya una diferencia entre tener una intimidad y ser Jack el Destripador, y es por eso que lo mejor es que les demuestres a tus padres que tienes una vida sana, tanto física como mental (aunque esto último sea más difícil de demostrar si estás leyendo este libro), y que no tengas miedo en mostrar tus pensamientos y tus cositas cuando estés con ellos.

A ver, evidentemente, todos no hace falta que los compartas. Te aseguro que ellos tampoco quieren saber lo tarado que puedes llegar a estar y traumarse de por vida pensando que han traído al mundo a la semilla del diablo, pero con que les dejes ver un poquito de tu vida y que ellos vean que no han criado a un futuro convicto, se quedarán tranquilos.

Es como si tu vida abarcara un círculo de diez metros a tu alrededor. Puedes dejarles entrar y así demostrarles tu confianza y que ellos se queden tranquilos, pero los tres últimos metros hasta llegar a ti, te los guardas. Hay sitios donde tú y solo tú puedes acceder y nadie puede arrebatarte ese placer.

Siempre serás un niño

Da igual que ya tengas las tetas desarrolladas o que tengas los huevos negros, cariño. Para tus padres sigues siendo el mismo bebé de cuna al que le daban la teta para alimentarle.

Es un hecho irrefutable. Los padres no son capaces de ver que tú como su hijo vas creciendo y te siguen tratando como si tuvieses tres años. Cualquier día para Reyes te regalan un sonajero y se creen que te acaban de hacer el mejor regalo del mundo.

Cuando tú comienzas a crecer a ellos se les desarrolla un sistema de defensa inquebrantable que no les permite ver que hasta te está saliendo mostacho. Para ellos es más duro aceptar que ahora comienzan a tener una persona adulta en casa que lo que sería cruzar el desierto del Kalahari sin agua.

De repente se les ocurre hacer un plan juntos y cuando lo proponen se sorprenden porque les dices que ya no te gusta lo mismo que te gustaba de pequeño. De hecho, parece que hasta les duele que tú ya no seas de la misma forma, pero es un sufrimiento por el que les tienes que hacer pasar, porque como te descuides en cualquier momento dicen de ver una peli en familia y te ponen los Teletubbies «porque a ti te gustaban mucho».

Cuando te vas a tu cuarto o al cuarto de baño siguen actuando del mismo modo que cuando eras un crío, que si entraban y tú estabas en pelota picada te la sudaba lo más grande, pero ahora la cosa ya va cambiando y parece que ellos, aunque tengas un tetamen como el de Sonia Monroy o un trombón colgando entre las piernas, no se enteran de la realidad. Lo peor es que si les llamas la atención y les dices que hagan el favor de irse y darte tu intimidad, son capaces de soltarte eso de «No voy a ver nada que no haya visto antes» o «Te recuerdo que te he cambiado los pañales», a lo que tú piensas: sí, muy bien, pero es que ahora ya estoy casi en edad de f*llar y traer descendencia, así que lo que tú pudiste ver en su momento no es lo mismo que hay ahora, por el amor de todos los ángeles del cielo.

Para tus padres aceptar que te estás convirtiendo en adulto es un trauma que no quieren asumir, básicamente porque no pueden aceptar que tanto como tú has crecido, tanto como lo han hecho ellos y eso les hace sentirse más viejos que la reina de Inglaterra, que va a cumplir noventa y cuatro años y no suelta su trono ni que le corten las manos, pues ellos igual con la idea de que aún deben cuidar de ti.

Y en cierto modo, sí, aún deben hacerlo, pero el camino del biberón no es el correcto y eres tú el responsable de que se den cuenta de ello de un modo u otro.

A ver, me refiero a que te sientes y hables con ellos de un modo coherente y maduro. No me seas animal y te me plantes delante de ellos y les enseñes las tetas, que te veo capaz de hacerlo y decirles: «¿Veis cómo han crecido? Pues yo también». De hacerlo así, o bien les generas un trauma de por vida por estar expuestos a una situación extremadamente violenta, o les haces ver que su hija es una degenerada a la

que hay que rehabilitar y te ganas un internamiento en un centro de menores. A los chicos tampoco se os ocurra hacer lo mismo con la churra, por favor os lo pido, que la cosa aún sale peor. No mola. Os lo digo por experiencia.

Poderes para encontrar cosas

Es algo que nadie se explica ni sabe cómo ocurre, pero en el momento en que alguien se convierte en padre adquiere el poder de encontrar absolutamente todo lo que sus hijos pierden, aunque lo hayas buscado hasta debajo de los cimientos de tu casa.

Es un superpoder, una habilidad sobrehumana que tú como hijo eres incapaz de entender y justificar, pero da igual lo que hayas perdido que en cuanto alguno de tus padres lo sepa va a aparecer.

Muchas son las veces que yo he llegado a pensar que los objetos tienen vida y nos escuchan y que cuando pierdes algo no es porque olvidas realmente y por completo dónde lo dejaste por última vez, sino que son unos c*brones de dos pares de c*jones y te putean escondiéndose para que tú te jodas teniendo que pasarte horas buscándolos.

Por ejemplo, cuando pierdes las llaves. Puedes haber buscado por todos lados, poner la casa patas arriba, usar un detector de metales hasta por dentro de la nevera, que esas llaves no las vas a encontrar ni en tus sueños. De hecho, vas a tener hasta pesadillas en las que sigues buscándolas como si tu vida dependiese de ello. Y es que, en realidad, tu vida depende de ello, porque como tus padres se enteren de que las has perdido ya pueden pillarte confesado porque tu hora de muerte estará firmada.

Cuando después de días sin ser capaz de encontrarlas, cuando ya te estás quedando sin excusas para llamar al timbre y que te abran y llegar a tal punto de desesperación que creas que la única salida sea saltar por la ventana más cercana o escaparte a algún país lejano para no volver nunca jamás, será cuando recurras a alguno de tus padres para que te ayuden.

Evidentemente, antes de ponerse a buscar, te va a caer tal chaparrón que ni que hubieses matado a alguien y tuvieses su cadáver escondido en el congelador, y te van a tratar de inmaduro e irresponsable como si de esas llaves dependiese la armonía en el mundo entero.

Después de aguantar todo el sermón que te han soltado te harán toda una serie de preguntas absurdas que harán que te sientas más tonto que un mono enfadándose con su reflejo en un espejo, pero que tendrás que aguantarlas y responderlas sin rechistar si lo que quieres es salir indemne de la situación.

¿DÓNDE LAS DEJASTE POR ÚLTIMA VEZ?

A ver, mamá, ¿te crees tú que si supiese dónde c*ño las puse la última vez que las tuve en la mano no hubiese empezado a buscar por allí y que seguramente ya las

hubiese encontrado ahorrándome todo este berenjenal que se ha montado? Pregunto.

¿HAS MIRADO BIEN?

Mira, no. Me he sentado en el sofá y he pasado así un poco la vista por donde me alcanzaba esperando que mis poderes mentales las hiciesen aparecer por arte de magia delante de mis puñeteras narices.

¿VOY A TENER QUE LEVANTARME YO Y BUSCARLAS?

Esa es la más absurda de todas. No, simplemente te estoy explicando que las he perdido por si eso te aporta algo en la vida y de algún modo te hace vivir más feliz y en armonía con el cosmos, porque en realidad a mí me importa tres mierdas como una catedral de grandes y, como no tengo nada mejor que hacer, he venido a decírtelo a ti para tocarte un poco los huevos y que me ayudes a buscarlas.

¿A QUE VOY Y LAS ENCUENTRO?

Por supuesto sabes de sobra que las van a encontrar, pero la pregunta en sí tiene un tono con tanta chulería que te revienta por dentro y hace que se la devuelvas diciéndoles que si tú no has sido capaz, ellos tampoco lo van a ser, porque para nada son mejores que tú en eso y no te mereces ese desprecio que te acaban de hacer.

Es entonces cuando, con un resoplo que parece que les haya poseído el espíritu de un caballo viejo muerto hace siglos, dejan de hacer lo que sea que estén haciendo y se ponen a buscar. Te aseguro que no van a mirar en más de tres sitios, porque recuerda que los objetos nos escuchan y nos putean y, en cuanto se dan cuenta de que o mamá o papá han entrado en acción, se acojonan, vuelven a su sitio y estos las encuentran, aunque tú hubieses mirado en ese espacio más veces de las que Lady Gaga dice que adora a sus fans.

Y ahí te quedas tú, con una cara de gilipollas integral, sin entender absolutamente nada de lo que ha pasado y aguantando de nuevo otro chaparrón sobre lo mal que buscas y lo poco espabilado que estás para la vida porque aún te queda mucho por aprender.

Es jodidamente inexplicable y es aplicable a cualquier objeto que desaparezca de tu vista dentro de casa. Aunque tú remuevas cielo y tierra para encontrarlo sin éxito, en el momento en que eso lo haga alguno de tus padres, aparecerá.

A veces pienso que sería más inteligente empezar por ahí, preguntándoles a ellos, pero siempre me puede el orgullo e intento conseguirlo yo...
Nunca lo he conseguido.

Nos leen la mente

Ya es bien cierta esa frase que dice: «Te conozco como si fueses hijo mío». Tus padres tienen y siempre tendrán un superpoder para saber qué es lo que te pasa por la cabeza. Puede que no lo acierten al dedillo, pero cuando algo te pasa, se lo huelen mejor de lo que un tiburón blanco huele la sangre en el agua. Por si alguien no lo sabe, los tiburones blancos huelen la sangre a kilómetros de distancia, al igual que tus padres saben cuándo mientes por el movimiento del tercer pelo de tu ceja derecha.

En el momento en que tu padre o tu madre te preguntan «¿Qué te pasa?» tienes dos alternativas, contárselo o decirles que no te ocurre nada, para que te dejen en paz, que es lo que posiblemente hagas, pero no seas tan ingenuo como para pensar que se lo van a tragar. Te conocen hasta el número de pelos que te salen en el sobaco y saben perfectamente cuándo su hijo está bien y cuándo no, aunque no quieras mostrarlo.

Mi recomendación, desde mi sabiduría de treinta y un años (como si yo fuese una vieja pelleja más arrugada que una pasa), es que, si te ocurre algo de verdad, se lo cuentes. Ellos ya han pasado por tu edad y están bastante curados de espanto como para que ahora creas que se van a escandalizar.

A ver, si tu problema es que has secuestrado a tu profesora de Lengua y que la estás torturando y extorsionando en un sótano mugriento y no sabes qué vas a hacer con su cadáver cuando todo acabe, entonces igual sí se escandalizan. Creo que me escandalizaría hasta yo y mira que no será por las veces que se me pasó por la cabeza hacerlo en su momento.

Pero si lo que te ocurre es un problema de compañeros de instituto, de pareja, de estudios, tus padres están para eso y seguro que si eres sincero y les dices que confías en ellos para que te ayuden te escucharán y te darán un nuevo punto de vista que igual tú no tenías. Porque si algo es cierto es que cuando te ofuscas en algo tu cerebro se toma vacaciones y deja de pensar, y ya te las apañas tú con el piloto automático para no estrellarte.

También hay otra cosa para lo que los padres saben usar esa capacidad de lectura de tu mente y esa es la que más jode de todas. Cuando se huelen que vas a hacer algo que puede que no les guste y tú lo estás intentando esconder con todas tus fuerzas.

Cuando un padre suelta eso de «¿Se puede saber qué estás tramando?», ya es tarde. Te han pillado y tienes menos posibilidades de salir indemne que un gato de salir vivo de China Town. Si no das una respuesta rápida y convincente para que se olviden del tema, te aseguro que ni Sherlock Holmes sería tan eficiente a la hora de resolver un enigma. Van a tirar del hilo hasta que lleguen al punto en el que te encuentras y no te habrá servido de nada esconderte.

Tus padres te han visto trasteando toda tu vida y, al igual que sabían que cuando con tres años estabas jugando a tu bola y de repente dejabas de hacer ruido y no se te oía ni respirar significaba que algo habías hecho que no deberías, ahora también. Yo me acuerdo perfectamente del día en que mi padre me vio sentado en el suelo observando un enchufe y me dijo: «Ni se te ocurra tocarlo». Ya se olió a la legua cuáles eran mis intenciones porque mi postura y mi mirada de deseo por meter un dedo allí dentro me delataban como lo hace una huella dactilar en la escena de un crimen en CSI.

Desgraciadamente somos más tontos que hechos por encargo y seguimos los mismos patrones cuando sabemos que tenemos entre manos algo delicado. Y claro, ellos te llevan años de ventaja y se conocen todos tus trucos de ocultismo.

No te creas más listo que ellos, porque te aseguro que no suele salir bien el tiro y son peores las consecuencias si se enteran por su cuenta.

No me entienden. Debo de hablar otro idioma

Sé que muchas veces has llegado a este punto de reflexión en tu vida. Con lo fáciles que ves tú ciertos razonamientos, tus padres no los entienden ni que les hagas un croquis, un mapa conceptual y un esquema detallado a colores.

Intentar transmitir tus ideas a tus padres es como que un chino y un camerunés intenten mantener una conversación fluida sin hablar ninguno de los dos el lenguaje del otro. Antes se entienden mejor con señales de humo que hablando.

La película Misión imposible se queda corta a la hora de intentar hacer que tus padres entiendan y respeten tu punto de vista sobre lo que sea y va a resultar más sencillo ir en busca de las siete bolas de dragón que conectar con ellos.

Es algo desesperante. Puede que a veces hasta te entren ganas de arrancarte tu propia cabellera pelo a pelo porque hablar con ellos es como darse cabezazos contra un muro de acero. Por mucho que tú te esfuerces en conseguirlo, ellos no van a hacer el más mínimo esfuerzo para ponerse en tu lugar y entender tu sufrimiento, y tú vas a acabar más desquiciado que la loca de los gatos de Los Simpson.

Todo empieza con una simple conversación con un tema más arbitrario que los números que salen del bombo de un bingo y llega un momento en que lo que ellos están diciendo a ti te entra menos que unos pantalones dos tallas por debajo de la tuya.

En ese momento, tú, ingenuo e inocente, comentas que no estás de acuerdo con esos argumentos y que tu forma de ver las cosas al respecto de ese tema son distintas.

¿Qué acabas de decir?

¿Cómo c*jones se te ha pasado por la cabeza pretender demostrar que eres un ser que piensa y que razona las cosas, y no un monigote sin ningún tipo de conciencia ni saber sobre la vida?

En ese momento a tus padres les entran todo tipo de síntomas típicos de una indigestión porque tus palabras se las tendrían que haber tomado con un Omeprazol. No están preparados para ver que su hijo, esa persona que ellos han traído al mundo, que han educado y a la que le han dado unos valores, piensa distinto a ellos.

Ni siquiera sabiendo que ni ellos dos piensan del mismo modo en muchas cosas, y que por eso se pasan muchas veces como perro y gato discutiendo sobre absurdos, se les ocurriría pensar que tú tienes una consciencia distinta y que te vales de tus propios pensamientos.

Por favor, todos sabemos que tú eres un ser inerte, programado para aceptar todo lo que otros piensen y que tienes menos conocimientos y valores que una mierda de perro soltada en medio de la calle. ¿Cómo puede ser que de repente pienses? ¿Qué es

esto? ¿El club de la comedia? (Por si no se pilla, estoy siendo más sarcástico que Penny cuando habla con Sheldon Cooper).

El silencio que se crea es tan absoluto que hasta se puede oír cómo los mosquitos discuten y se distribuyen el trabajo que van a hacer la noche siguiente para dejaros a todos a caldo.

La tensión crece hasta tal punto que llega un momento en el que tu móvil se pone a cargarse solo sin que lo tengas enchufado a ningún sitio. Las miradas de desconcierto y admiración a la vez que recibes de repente hacen que dudes de si realmente te están mirando a ti o es que de repente te ha salido pelo por todo el cuerpo y te has convertido en Chewbacca.

En su cabeza es inconcebible que puedas pensar distinto y por eso mismo no van a creerse ya, de buenas a primeras, que eso sea así, pero en su infinito orgullo de demostrarse a sí mismos que tú estás equivocado y que no existe otro punto de vista más que el suyo, van a hacer algo que va a ser el detonante de la Tercera Guerra Mundial y aún no lo saben. Solo tú vas a estar algo preparado para lo que se viene en el momento en que suelten la maravillosa frase...

¿Ah, no? ¿Y qué piensas tú?

¡ATENCIÓN! Antes de abrir la boca y soltarles ni una sola palabra de tu visión sobre ese tema, debes saber que es una pregunta trampa. Tiene más engaño que un truco de mago. En ningún momento van a estar dispuestos a escucharte, ni mucho menos a compartir tu forma de pensar y aceptarla como válida, así que debes tener muy claro que ninguna de las cosas que les puedas decir van a servir de una absoluta y miserable mierda, porque recordemos que a sus ojos tú eres un mísero niño sin personalidad que tiene por cerebro un mono con dos plátanos.

Cuando hables y les cuentes lo que tú crees sobre lo que se estaba hablando y que dista de cómo ellos lo veían, puede que tengas suerte y te dejen exponer todo lo que tienes que decir, pero ya te digo que esto tiene menos probabilidades de que ocurra que acertar el número del Euromillones. Seguramente, y casi sin ninguna duda, lo que vaya a ocurrir es que, a la que lleves un minuto hablando, no puedan soportarlo más y te avasallen diciendo que eres la cosa más inconsciente del mundo y que pensar de esa forma te llevará a la ruina más absoluta.

Llegados a este punto, mi recomendación es que no insistas en intentar que te entiendan y les des la razón como al loco que te está diciendo que ve duendecillos verdes saltando a su alrededor. Es bastante más inteligente que entrar a intentar convencerles de que tu punto de vista es válido y que incluso podría ser mejor que el suyo.

Aunque, como todos ya sabemos, eres una persona más tozuda que una mula y morderte la lengua seguramente supera tu capacidad de funcionamiento, ya que acabarías masticándotela y tragándotela a cachitos. Entonces vas a entrar al trapo y vas a hacer algo que es lo más temerario que se te puede ocurrir hacer en toda tu santa y honorable vida: decirles que están equivocados.

Madre mía, alma de cántaro... ¿Cómo se te ocurre hacer semejante sacrilegio? ¿Pero no ves que sería más seguro saltar de un avión sin paracaídas que meterte en semejante fregado? Decirles a las personas que te han criado, te han alimentado y te han enseñado casi todo en la vida, que están equivocadas en algo es como hacer

puenting desde una altura de cien metros con una cuerda de ciento veinte. Misión suicida.

A partir de aquí, tan solo me queda decirte que, llegados a este punto, que Dios te pille confesado porque el pifostio que se va a montar en casa por defender cada uno sus argumentos, tú para demostrar que tienes una opinión sólida y ellos para demostrar que no tienes ni idea de lo que estás hablando, será tan grande que ni un debate en el Parlamento europeo podría solucionar semejante pitote.

Con un poco de suerte no dirás algo de lo que te puedas arrepentir y solo salgas del berenjenal con unos morros que te lleguen a los pies porque en ningún momento se ha valorado tu opinión. De lo contrario, puede que el castigo que te caiga sea de tal calibre que el día que vuelvas a ver la luz del sol te tengan que llevar corriendo al hospital por un desprendimiento de retina.

Ordenar mi habitación

El día que alguien descifre la relación entre la felicidad o la amargura de los padres en función de lo ordenada que esté la habitación de sus hijos os aseguro que el mundo será un lugar mucho más feliz.

¿Se puede saber qué c*ño les pasa con las habitaciones de los hijos y a qué viene la santa manía de que esté siempre como si tuviese que aparecer en un catálogo del Ikea? Pregunto.

Yo puedo entender que quieran tener la casa bien limpiita y ordenada por si, así por sorpresa, aparece alguna visita, evitarse de este modo que piensen que la familia entera son un puñado de cerdos con síndrome de Diógenes malviviendo en una comuna hippie, pero que yo sepa si alguien viene a casa no será en la habitación de los hijos donde vayan a hacerle pasar para tomarse el café.

Los padres no entienden que al ser tu habitación deben dejarte tenerla como tú quieras. Es tu habitáculo, tu zona de confort, tu mundo más cercano, y si quisieras tenerla ordenada para lucirla como la habitación de ensueño, lo harías. Si la habitación está hecha un santo caos, es cosa tuya y no de ellos, que al fin y al cabo eres tú el que debe convivir en ella.

Yo no es que sea la persona más ordenada del mundo, ni mucho menos, nunca lo he sido y creo que de joven aún era peor, pero aunque mi habitación estuviese hecha una mierda como si hubiese pasado el huracán Katrina por ella y la pudiesen declarar zona catastrófica nacional, aun así había en ella un orden dentro del desorden.

Yo sabía dónde tenía cada cosa. Sabía perfectamente qué ropa era la limpia y que ropa era la sucia que no me podía poner, aunque estuviese toda en una montaña que superaba mi altura de 1,80 metros. Sabía también dónde estaba cada uno de mis libros de clase, aunque a simple vista no se pudiese avistar ninguno. Y si la cama estaba deshecha y las sábanas quitadas, ya me apañaba yo para ponerme a dormir a mi modo para no pasar frío.

Era mi ecosistema, mi madriguera, mi nido. ¿Por qué venían ellos a imponerme el suyo y a destrozarme mi capacidad de creación?

Vale, que sí, que es posible que en ella pudiese aparecer un cacho de pizza de hace dos días entre medio de tanto berenjenal, pero, oye, cuando lo encontrabas era una grata sorpresa si no tenía ninguna pelusa pegada y aún estaba comestible...

Pues no, para ellos aceptar que tú tienes un estilo de vida tan distinto al suyo sería lo mismo que para Trump aceptar que la homosexualidad no es ninguna enfermedad, algo inviable, y por ello a la que ven que tu habitación se les va de sus esquemas, lo

que viene siendo que haya un clínex en el suelo o un calcetín mal doblado, les suben los niveles de bilirrubina y se les nubla la vista provocándoles un desajuste emocional que no entienden ni los mejores científicos de este santo mundo.

Da igual que minutos antes estuvieses con ellos de risas y la mar de contentos todos porque has aprobado tu último examen y sea motivo de celebración, en cuanto se encuentren en esta situación lo primero que va a ocurrir es que tú recibirás una amenaza con tal intensidad de rabia e ira que igual sales por la puerta de casa rodando a causa de la onda expansiva.

El mensaje es muy claro, u ordenas tu habitación antes de cierto punto horario o la película Cadena perpetua va a tener una secuela basada en tu vida posterior a esos momentos.

Da igual lo que tú estés haciendo, sea importante o no. En ese momento, bajo los ojos de tus padres es de vital importancia para la humanidad entera que tu habitación esté como para poder lamer el suelo de extremo a extremo. Ya podría estar la tía abuela Antonia teniendo un infarto de miocardio que en ese momento u ordenas tu habitación o en esa casa rodarán más cabezas que en la Francia del siglo XVIII.

Tienes un tiempo determinado y muy corto para conseguir que ese cuarto que parece el trastero de la casa de Expediente Warren se convierta en una habitación digna para recibir a las infantas Sofía y Leonor. Así dicho parece incluso fácil, pero todos sabemos que eso es más inviable que saltar de un décimo y no matarse espachurrado al llegar al suelo.

Más vale que no te dejes llevar por el agobio y comiences cuanto antes a ordenar las cosas tal y como tus padres quisieran que estuvieran, porque ni tienes tiempo que perder ni tampoco eres un pulpo con ocho brazos para poder solucionar eso de la forma más rápida posible.

Existen casos de jóvenes que han tenido que ser ingresados con un ataque de ansiedad al verse sobrepasados por la situación de ordenar ese desastre en menos de una hora y una vez lo han superado y se encuentran estables, fingen volver a tenerlo porque saben que no cumplieron el plazo y lo que les espera en casa da más miedo que una reunión de Chucky, Freddy Krueger y Michael Myers juntos.

Debes ponerte a ordenar lo más rápido posible y a contrarreloj para salvarte de las consecuencias que va a haber si no lo consigues. Ya te digo que hay sentencias penales para asesinos más benévolas que el castigo que te espera.

Te pones a ello sin pensar y sin distraerte con nada, porque cada segundo cuenta y debes salvar el culo sea como sea, y mira que ordenando ese tugurio, que puede que lleve meses de esa forma, puedes encontrar cosas con tal cantidad de recuerdos y valor sentimental que ponerte a revivirlos sería maravilloso, pero el tiempo corre en tu contra y tienes la muerte en los talones. Bueno, a la muerte no, a tu madre, que no sé qué es peor.

Milagrosamente y sin saber cómo, consigues hacerlo. Has sido capaz de ordenar tu habitación en tiempo récord y sin hacer trampa metiéndolo todo dentro del armario apelotonado porque sabes que tu madre será lo primero que haga en cuanto le digas que ya has acabado y venga a revisarlo.

La revisión de la habitación va ser tan a fondo que de repente tu madre en vez de parecer tu madre parece más bien una agente del CSI Miami. Pasará los dedos por encima de los muebles en busca de muestras de polvo. Pasará una luz halógena de discoteca en busca de manchas de sustancias desconocidas, hará la prueba del carbono 14 e incluso buscará huellas dactilares sospechosas que confirmen que no ha pasado un trapo por todos y cada uno de los rincones de la estancia.

Evidentemente, tú, que ya te la conoces, te habrás encargado de que eso no pueda ocurrir y que no pueda decir ni mu a la hora de comprobar que has hecho bien tu trabajo, pero cuidado... El más mínimo despiste puede ser crucial para tu futuro y ese calcetín que se ha escapado en el último momento debajo de la cama puede ser la razón suficiente como para que se te acuse de mentiroso y te pases lo que te queda de vida más recluso que un preso en Guantánamo.

Puede que tengas la santa suerte de que ese día a tu madre le dé pereza agacharse para comprobar cómo está la zona de debajo de la cama, pero como lo haga... Mucha suerte compañero y nos vemos en otra vida.

Cómo negociar con papá y mamá

¿Cuántas veces en tu vida te has encontrado ante la situación de pedirles a tus padres algo que te hace mucha ilusión y que ellos, sin apenas escucharte, te han dicho que no y te has quedado con toda una frustración dentro que no la superas ni en meses de terapia?

Bueno, pues en este apartado voy a intentar darte algunas claves para que puedas negociar con tus padres para conseguir algo que tú quieres.

Es importante que sepáis que esto no es un método comprobado y que yo no tengo ni he tenido en la vida la razón absoluta en nada, así que si pones en práctica lo que yo desarrollo aquí y no te funciona, lo siento mucho chaval, pero tendrás que espabilarte y aprender a batallar con titanes tú solo porque yo no puedo hacer nada más.

Por ejemplo, pongámonos en la situación de que la persona que te gusta hace una fiesta o una reunión de amigos en su casa y a ti, por sorpresa y sin esperarlo, te llega una invitación y evidentemente es tema de vida o muerte ir a ese evento.

Ante todo, desearlo lo más fuerte que puedas dentro de tu cabeza y estar dispuesto a luchar por ello y a hacer cualquier cosa para conseguirlo es importante para el desarrollo de esta negociación, porque te va a tocar ceder más que a Faleté cuando le invitan a un restaurante vegano.

Lo primero es dirigirte a tu padre o a tu madre, seguramente a esta segunda ya que, como dije en un apartado anterior, es la que manda en toda casa española, y con voz amable y un tono agradable preguntarle si puedes asistir a esa fiesta. Vamos, que debes imaginarte que eres tan repipi y adorable como Blancanieves para que te salga a la perfección, aunque si te vieses en un espejo te darías de tortas hasta en el carné de identidad.

Sé que, si lo haces bien, lo primero que vas a esperar recibir es un SÍ como una casa y que hasta te ofrezcan dinero para comprar cosas para dicha fiesta y se ofrezcan a acercarte ellos mismos con el coche, pero posiblemente lo que ocurra sea todo lo contrario. Un NO como una casa y ni un atisbo de posibilidad de negociación o discusión sobre el tema. Los milagros a Lourdes, pimpollo, en casa no.

En ese momento es muy probable que te invada la rabia y te sientas la persona más incomprendida del universo y la que tiene la vida más injusta que jamás nadie haya podido imaginarse, y por ello lo primero que va a salir de ti será convertirte en Agustina de Aragón y convertir esa situación en la vivencia más dramática que jamás ha vivido un ser humano, haciéndote la víctima y soltando cosas como: «Esto solo me pasa a mí», «Mi vida es una mierda», «Nunca me dejáis hacer nada», «Preferiría estar muerta»... ERROR.

Error como la catedral de Burgos de grande. Desde el punto de vista de un adulto, ver a un adolescente lloriqueando y victimizándose sobre su vida injusta da más risa

que pena y denota mucha inmadurez e incapacidad para asumir ciertas responsabilidades, así que si haces eso la estarás cagando a un nivel estratosférico. La víctima se la dejas al amigo dramático para que viva en sus miserias constantes, tú debes tomar el mando de la situación.

También puede que se te ocurra entrar en otra estrategia algo más elaborada y madura, pero que también carece de credibilidad por tu parte: las promesas que jamás vas a cumplir.

De repente te da por prometer que vas a tener la habitación ordenada siempre, o que vas a fregar siempre tú solo los platos, o que vas a lavar el coche cada fin de semana, pero se te escapa que tanto tú como tus padres sabéis que una vez hayas conseguido lo que querías conseguir, se te va a olvidar lo que prometiste y no vas a cumplir con tu parte del trato, por lo que la habrás cagado. Puedes creer que no, que tú tienes una palabra y que cuando la dices la cumples, pero es que, aunque no te acuerdes, esta técnica ya la usaste a los cinco años para que tu madre te comprara un helado y con el helado en la mano te pasaste por el forro todas las promesas que habías hecho y eso ya dejó ese plan como nulo.

Así que, error de nuevo, y tienes que esforzarte más en entender la psicología de tus padres y qué es lo que les puedes ofrecer tú para que ellos confíen en ti y entiendan que para ti es más importante ahora mismo ir a ese evento que seguir respirando.

Debes decirle a tu madre que quieres hablar, que es muy importante para ti y que estás dispuesto a negociar como adultos los términos de ese permiso para ir a la fiesta.

Puede que tu madre te diga que no hay nada a negociar y que no vas a ir de ninguna de las maneras, pero tú insistes en que vas a ser capaz de asimilar cualquier trato que ella pueda ofrecerte. En ese momento le das el poder a tu madre de ver hasta dónde eres capaz de llegar para conseguirlo y se dará cuenta de que realmente es importante para ti. Dile que ponga ella las condiciones y que decida los términos del acuerdo para que vea que lo dejas todo en sus manos.

Si consigues que se lo plantee y se muestre interesada en la negociación... Comienza el juego.

Ya te digo que no va a ser fácil, porque tu madre siempre va a barrer para casa y vas a tener que tragarte la bilis y el orgullo como si fuesen un chupito de hierbas, de golpe y sin rechistar, pero algo es algo y por lo menos no es un no.

Acepta todas y cada una de las condiciones que te ponga. No importa cuánta rabia te den. Si quieres ir a esa fiesta tienes que claudicar ante quien tiene el mando de la situación como si fueses un gladiador ante el César. A callar y a acatar.

A la hora de negociar la hora de vuelta no te pongas muy intensa. Agradece la hora que te imponen, aunque sea bastante mierda, y, si ves la posibilidad, intenta negociar solo un poquito más de lo que te permiten para que no te tomen por imposible. Si ves que alargarla aunque sea media hora es algo inalcanzable, aborta misión. Quédate con la hora que tienes. No te pases y te creas de repente con derecho a pedirle el oro y el moro, porque se pensará que pretendes tomarle el pelo y se te va la negociación a tomar por c*lo en cero coma. Y no creo que quieras que eso ocurra cuando ya has llegado hasta aquí. Una vez más, a callar y a acatar.

Cuando tu madre te pregunte quién va a ir a esa fiesta, debes de ser más p*ta que

nadie y decirle la lista de personas en las que ella confía que van a estar allí. Ni se te ocurra decirle que va a estar todo el mundo, porque entonces sabrá que está incluido en ella hasta el macarra del barrio y esto puede mandarte de nuevo la negociación al mismo sitio que el Titanic. Sé inteligente y dile que si quiere comprobarlo ella misma que te lleve y ya te encargas tú de que tus amigas o amigos «responsables» salgan a buscarte a la puerta en cuanto llegues. Eso la tranquilizará.

Y, por último, cuando tu madre pregunte qué vais a hacer en esa fiesta, es de lógica aplastante, pero ni se te ocurra decirle que vais a beber o a hacer cosas que pueden ser un peligro para ti, aunque creas que lo tienes controlado, porque, evidentemente, se te va a la mierda todo el plan más rápido de lo que tarda uno en tirarse un pedo y en notar la peste.

Si llegas hasta este punto ya casi lo tienes y es el momento crítico en el que no debes perder para nada el control de la situación. Un solo fallo en el modus operandi y la operación entera se te va al garete y te quedas en casa amargado viendo las historias que tus amigos van subiendo a Instagram pasándose el teta mientras tú te vas muriendo del asco a cada nueva que ves.

Recuerda que eres Blancanieves y que la bondad debe recorrer tu cuerpo, por lo tanto ni se te ocurra gritar, ni se te ocurra murmurar y ni se te ocurra quitarle la razón en nada por equivocada que creas que esté. Cualquier acción que pueda ser reprochable hasta la fecha de dicha fiesta puede hacer que todo el plan se derrumbe como el futuro de un millennial.

A partir de aquí, la batalla es tuya. Si sigues estos pasos de forma correcta es muy posible que puedas conseguir lo que te propongas, pero como te he dicho al principio, esto no es un manual infalible y, si no funciona, puede que tengas que apañártelas solito para buscar los puntos flacos de tus padres y atacar en esas debilidades. Yo ya he cumplido con mi deber.

COSAS DE VIVIR

Porque yo lo valgo

A veces en esta vida tiendes a quitarte valor y a convencerte de que vales menos que la mierda de perro en medio de la acera que has pisado volviendo a casa de tus clases, pero debes comenzar a cambiar esa actitud si quieres avanzar en esta vida.

Debes ser consciente de que eres una persona única y maravillosa y que mereces todo y cuanto deseas tener. No hay cosas para unos y cosas para otros y todo lo que tú anhelas no viene decidido por si lo mereces o no. Mírame a mí, yo deseo tener un barco y no soy millonario, pero, eh, no pienso que no me lo merezco, al contrario, me merezco tener cuatro. Porque yo lo valgo.

Todo lo que se te pase por la mente que quisieras tener o hacer es posible si te lo propones, pero debes empezar por creer que realmente puedes llegar a eso y no convencerte de lo contrario, porque entonces no vas a esforzarte para conseguirlo y es lo peor que puedes hacer.

Estamos hablando de absolutamente todo lo que se te pase por la cabeza, ya sea material o inmaterial. Nunca pienses que no puedes tener el cariño de alguien por ser tú, al contrario, mereces el cariño de ese alguien, el de otro y el de su prima la de Cuenca.

No te infravalores. Que la vida sea injusta a veces no significa que eso sea algo que tenga que ver contigo y que has nacido para vivir en unas condiciones de mierda para el resto de tus días, por lo tanto si hay algo en esta que crees que debería de cambiar porque tú mereces mucho más que lo que tienes, no te resignes y haz todo lo que esté en tus manos para que eso ocurra.

Evidentemente, no te sé decir qué es lo que se tiene que cambiar o qué es lo que tienes que hacer para que se produzcan esos cambios, pero una cosa sí que te la dejo bien clara: con el culo pegado al sofá ya te digo yo que vas a cambiar menos cosas que viajes hizo el Titanic.

Comienza por quererte y convencerte a ti mismo de que mereces algo mejor de lo que tienes, porque ahí es cuando comienza a crearse una energía para cambiar las cosas.

No va a ser fácil ni tampoco rápido. No te creas ahora de repente Harry Potter y que lo vas a solucionar y mejorar todo a golpe de varita, porque no. Pon los pies en la tierra y deja de revolotear, campanilla, que te veo venir. Tienes que ser consciente de que todo cambio conlleva su esfuerzo y que no te lo vas a poder saltar para hacerlo real.

Si decides ponerte manos a la obra no te puedo asegurar ni cuándo ni cómo, pero sí que te puedo decir que, si sigues por ese camino, tu vida va a comenzar a mejorar cualitativamente hasta que seas verdaderamente feliz.

Quiérete y a por todas tus metas. ¡Porque tú lo vales!

Los latidos de la razón

Puede que en muchos momentos de esta vida te encuentres más perdido que una sardina en medio del desierto del Kalahari. No te culpo, a todos nos pasa y no basta con abrir el Google Maps para que nos indique por dónde tirar. Encontrar el camino que debemos seguir no es fácil, pero tampoco imposible.

Cuando no sabes qué hacer ante una situación y se te presentan varias alternativas lo primero que debes preguntarte es: ¿Qué c*ño quiero hacer yo? Básicamente porque si te preguntas qué quieren que hagas los demás, vas a vivir más esclavitud que las personas negras en América antes de la integración.

Normalmente se nos plantan delante dos opciones muy claras:

Lo que debes hacer para ser políticamente correcto, y que de esa manera nadie te juzgue por tu decisión, y lo que quieres hacer y que conlleva que cualquiera pueda meterse en tu vida para recriminarte la elección que has hecho.

Dicho de una forma más poética y en idioma Mr. Wonderful, podríamos decir que te debates entre lo que te dice tu cabeza y lo que te dice tu corazón. Qué bonito, ¿verdad? Voy al baño a vomitar arcoíris, ahora vuelvo.

Sabes de sobra cuál es la opción que te voy a decir que sigas y a la que debes serle fiel. Nunca hagas algo que no quieres hacer por miedo a lo que vayan a pensar de ti. Es como si tú quisieras comerte una tarta de chocolate, pero no lo hicieras porque, si lo haces, los demás pueden pensar que no sabes alimentarte correctamente.

Oye, si a ti te sale de entre aleta y aleta del pitorro comerte una tarta de chocolate, te la comes y punto y que les den a los demás y a lo que puedan pensar de ti. A quien debes hacer feliz en esta vida es a ti y únicamente a ti, y si a alguien no le parece bien, hasta luego, Mari Carmen.

Creo que es más que obvio que lo de la tarta es una metáfora y que no eres tan zopenco como para no haberlo pillado, pero, por si las moscas, te lo aclaro. Lo es. Céntrate.

Lo que vengo a decirte en este apartado es que, a la hora de tomar decisiones importantes en tu vida, te guíes por lo que realmente quieres hacer y no por lo que deberías hacer. Sea cual sea la decisión que tengas delante, elígete siempre a ti primero antes que a los demás, porque, al fin y al cabo, esta vida es tuya y nadie tiene por qué meter las narices en ella.

Vale, ya sé que lo que te estoy diciendo no es nada fácil y que a veces lo que desees puede afectar a terceras personas e incluso hacerles daño, pero, una cosita... ¿Qué prefieres? ¿Joderte tú para que los demás puedan ser felices con sus vidas y no te juzguen, o vivir lo más feliz que puedas esta vida aunque a algunos no les parezca eso bien? Porque si lo que quieres es jugar a ser masoca, adelante, pero no te lo aconsejo. Para eso coge una pared y date cabezazos, viene siendo lo mismo.

Tú vas por delante de cualquier cosa en esta vida y tus decisiones deben ir en función de cómo quieres que siga tu vida desde el punto en el que estás en adelante.

Puede que no siempre a todo el mundo le parezca bien cómo tomas las riendas de tu vida y, oye, no pasa nada por ello. No te vas a morir por no caerle bien a todo el mundo, al revés, vas a aprender a ver quién te quiere por cómo eres en realidad y a apartar de tu vida a quienes creen que debes ser como ellos piensan que debes ser. A todos esos, ni agua, pimpollo.

¿Ahora vas a ponerte a tomar decisiones para que los demás estén contentos, aunque no sean las que tú tomarías en realidad? Y una mierda pinchá en un palo y metía en un bote.

Piensa siempre en ti. Piensa en lo que tú deseas y en lo que tú quieres hacer, y toma tus decisiones en consecuencia.

Total, criticar te van a criticar igual, ¿no? Pues, al menos, que lo hagan con razón.

Lo que me salga del c*ño

Este apartado va muy ligado al anterior. Así que, si en el que acabas de leer no te ha quedado claro mi sermón, prepárate, que ni el cura que te hizo la comunión se hizo más pesado que yo intentando meterte esta idea en la cabeza. Y ya te digo que a mí a pesada no me gana ni Dios.

¿Cuántas veces, a lo largo de tu vida, has dejado de hacer algo por miedo a lo que puedan decir u opinar de ti?

Como me digas que no lo has hecho nunca me planto en tu casa y te pego tal sopapo que se te queda la cara vuelta hacia atrás como a la niña de El exorcista. Recuerdas la frase de padres: «¿Te crees que yo me chupo el dedo?», pues aplícala aquí también porque no me la cueles, cielo.

Pues nada, que vengo a decirte que lo has hecho mal. Caca, como se les dice a los niños cuando tocan algo que no deben. Reprimirte de hacer ciertas cosas por el miedo a lo que los demás puedan pensar sobre ello es la mayor cagada que puedes cometer en tu vida. Bueno, a no ser que quieras vivir toda tu vida de una forma infeliz y pusilánime como un alma en pena, entonces lo estás haciendo de p*ta madre, pero creo que no es lo que realmente quieres, ¿verdad?

No, no soy la pitonisa Reynolds y adivino lo que has vivido, es que todos hemos pasado por esta mierda y yo el primero, y desde mi sabiduría de treinta y un años te digo que estás a tiempo de no cagarla tanto como lo he hecho yo en la vida hasta que me di cuenta de ello. En eso sí que soy especialista y tengo un máster de la Universidad de Boston en cometer cagadas de la talla de la Sagrada Familia de Barcelona.

Hay un dicho español que dice: «Ande yo caliente, ríase la gente». Te lo traduzco:

Haz lo que te salga del mismísimo c*ño y que te importe una santísima mierda de vaca como un piano de cola de grande lo que puedan decir sobre ti.

¿A que con palabras más normales suena de p*ta madre? Pues ahora aplícatelo y úsalo para seguir con tu vida.

Lo que tú hagas, si no afecta o ataca a nadie, tan solo te incumbe a ti, así que no te pongas límites tú, que ya bastante mierda tenemos que aguantar en esta vida.

Que te quieras vestir de una forma concreta, pues lo haces y punto. Que te quieras maquillar como una puerta y parecer Madame de Pompadour, pues te pones delante del espejo y a embadurnarte la cara. Que quieras salir a la calle con maracas y pompones, pues lo haces, y si alguien te mira mal te meneas un poco y que oigan el sonido de tu felicidad.

No limites nunca el ser quien tú quieras por sentirte aceptado por quienes te rodean.

Eso solo va a entristecer tu vida, porque no vas a ser libre de expresarte como a ti te sale del mondongo. Sé como quieras ser y si a alguien no le gusta lo que ve, que mire pa otro lado, que no necesitas la aprobación de nadie para ser tú mismo.

Yo soy así y así seguiré

Si por un casual de la vida, aparece alguien en la tuya que te dice que tu forma de ser no es la correcta y que debes cambiar, a no ser que esta te demuestre que con tus actos y decisiones estás haciendo daño a otras personas, mándalo a tomar por c*lo lo más rápido que puedas y, aun así, estarás tardando.

Excuse me? ¿Ahora resulta que tienes que cambiar tu forma de ser, que lo tuyo te ha costado construir, para contentar a un comemierdas? Mira, ni por todos los millones del mundo.

Bueno, a ver, todos tenemos un precio, no vayamos a negarlo, y si a mí me dicen ahora que si no me pongo unos pantalones pitillo nunca más me pagan un millón de euros al año, yo claudico como una p*tilla, pero ese no es el kit de la cuestión. ¡Ja, ja, ja!

Si a ti te gusta cómo eres y cómo vives tu vida, que nadie venga a tocarte los huevos que ya bastante tienes con aguantar a tus padres, a tus profesores, los dramas de tu vida y a ti mismo, que no eres alguien fácil y lo sabemos todos. A veces estoy seguro que tú mismo has llegado a pensar que necesitas un manual de instrucciones para entenderte y te has cagado en ti mismo por sentirte más perdido que un hijo de p*ta el día del padre, pero, oye, cositas que le dan alegría a la vida.

Ya bastante tienes tú en tu vida, con todos tus dramas, como para encima tener que estar aguantando sugerencias de gilipollas, porque una persona que te pide que cambies por ser a su gusto no tiene otro nombre, G-I-L-I-P-O-L-L-A-S.

Tenlo claro, porque te advierto que en esta vida te vas a encontrar a puñados de esos. Los hay en todas partes. Le das una patada a una piedra, y te salen diez. Solo tienes que saber identificarlos y, por supuesto, no escucharles cuando te digan lo que debes hacer.

Las únicas personas que pueden estar autorizadas a decirte lo que debes hacer y a cambiar son aquellas que te quieren por cómo eres y precisamente no quieren que cambies por nada del mundo, así que si en algún momento de la vida te lo piden, pon la oreja y no te hagas la sorda, que es por tu bien.

No cambies por nadie. Sé como tú eres y disfruta de ello hasta el final. Puede que a muchos no les guste que seas así, pero a ti eso como que te chupa un pie, ¿no?

Si no te gusta, adiós

Si te paras un momento a mirar cómo ha sido tu vida hasta ahora, te darás cuenta de que en ciertos aspectos la puedes comparar con la Gran Vía de Madrid. Han pasado por ella y pasarán miles y miles de personas. Algunas de ellas te marcarán y las querrás a tu lado, otras pasarán sin más y en poco tiempo te olvidarás de ellas, y otras pasarán solo a tocar los huevos hasta que consigas mandarlas a la mierda para que no vuelvan jamás. Y, ojo, cuidado que, no sé cómo c*jones ocurre, pero de un modo u otro acaban volviendo y jodiendo otra vez.

En este apartado vamos a hablar de estas personas. De las que llegan a tu vida solo para joder la marrana y encima pretenden estar ayudándote, cuando lo que realmente están haciéndote es putearte con solo su existencia.

Podríamos llamarlas de muchos modos, ahora mismo está muy de moda llamarlas «personas tóxicas», pero yo prefiero llamarlos por el nombre tradicional: gilipollas.

Cuando tienes una persona tóxica en tu vida lo vas a notar porque estar con ella te genera una rara incomodidad. Es como una inseguridad, no estás del todo a gusto cuando está cerca. Como si te pusieras tus zapatillas más cómodas pero estuviesen mojadas. Como cuando tienes un pedo atravesado y por mucho que quieras no acaba de salir... Pues eso, esa persona es tu pedo atravesado.

Esa persona va a montárselo para que todo gire en torno a ella. Sus decisiones, sus ritmos, sus planes, su forma de pensar, su p*ta madre en bragas y su tía de Móstoles, y lo peor de todo es que tú, alma de cántaro, no te vas a enterar ni llevando gafas.

Puede que al principio no te des cuenta de que esa persona es más mala que la bruja de Blancanieves y que incluso te haga creer que todo lo que hacéis es por ti y para que tú estés feliz y contento. Son especialistas en parecer verdaderas santas, pero en realidad tendrían que arder en las hogueras de la santísima Inquisición.

Poco a poco se va a ir adueñando de tu atención y de tu vida. Hasta puede que llegue un momento en el que creas que no eres capaz de vivir sin esta persona porque te ha hecho creer que realmente sin ella no eres absolutamente nada y que no te vales por ti solo, y aquí es cuando comienza el error más grave.

Es entonces cuando la persona gilipollas aprovechará los momentos más vulnerables que tengas para modificarte a su antojo. Diciéndote lo que desde su punto de vista haces mal para que lo cambies, criticando lo que no le gusta de ti para que seas como ella quiere y haciéndote sentir mal cada vez que tomas una decisión sin que ella haya participado. No soportará no tener las cosas bajo su control y te va a culpar a ti absolutamente de todo lo que ocurra a vuestro alrededor.

En este punto es cuando tienes que actuar. Puede que no sea fácil, pero debes darte cuenta de que lo que estás teniendo al lado no es un amigo o una amiga, es un o una hija de p*ta con todas sus letras que pretende controlar tu vida a su antojo y que para conseguirlo no le va a importar pisotearte la moral, la autoestima ni tus sentimientos.

Cuando comiences a notar que una persona cercana a ti te está queriendo hacer actuar de un modo en el que tú no actuarías en tu puñetera vida, comiéntate a plantear por qué lo estás haciendo. Si es porque tú quieres que así sea o si es porque esta te dice que debe de ser así. Si es la segunda, vete preparando gasolina y cerillas, tenemos una cosilla que hacer.

Debes mandar a esa persona a tomar por c*lo lo más lejos de ti posible. Esa persona no te quiere, ni te valora, ni te desea. Solo quiere a su lado a alguien a quien pueda dominar para hacer lo que quiera con él cuando ella quiera y, mira, si lo que quiere es eso, que se compre un perro. Tú no eres un monito de feria.

Tú tienes que hacer lo que te plazca y cuando a ti te salga del mismísimo pitorro gordo que tienes y que te importe una mierda lo que opinen los demás. Si a esa persona no le gusta, pues que se joda. Si de verdad te quisiese, te apoyaría con cualquier decisión que tomaras en vez de cuestionarte todo lo que haces, así que, por mucho que luego esta te ataque y te haga sentir mal por tomar estas decisiones, mantente firme y dile que tú eres así, que quieres ser así, que disfrutas siendo así y que no te avergüenzas de ello, y que si todo esto que tú eres no le gusta...

Hasta luego, Mari Carmen, y muy buenas tardes.

Agárrate fuerte

¿Te has montado alguna vez en tu vida en una montaña rusa? Da igual si es la montaña rusa más grande de Europa o si es el cacharrito ese, de dudosa seguridad, de las ferias del pueblo de tu tía Conchi, lo único que quiero que recuerdes es esa sensación tan brutal que sientes en tu estómago cuando bajas, giras, subes, te pones del revés... Te suena, ¿verdad?

Pues la vida es igual. ¡Eah!

De verdad... No sé qué estaré comiendo últimamente que me salen muchas cosas a lo Mr. Wonderful. Voy un momento al baño a ver si cago purpurina y me vuelvo a sentar a escribir, pimpollo.

...
...
...

Vale, ya está. Todo correcto. He cagado la misma mierda de siempre y no hace falta que nadie se preocupe. Estaba a punto de ir al médico a que me mirase si tenía cursilitis aguda crónica, pero ya veo que no, que son solo pequeñas casualidades.

Pues eso, que la vida es como una montaña rusa y tan pronto estás subiendo como bajando o se te pone todo boca abajo y te agobias tanto que acabas teniendo ganas de saltar por la ventana más alta que encuentres...

En estos momentos, cuando todo se te pone del revés y te encuentras más agobiado que el fontanero del Titanic, es cuando más necesitas de tu fuerza y de tu entereza para seguir adelante.

Como ya sabes, no hay nada que dure para siempre. Ni los cactus, que dicen que es la planta más fácil de cuidar y que apenas necesita cuidado y a mí ya se me han muerto tres. Por lo tanto, cualquier mala racha o situación complicada que puedas estar viviendo en algún momento se va a acabar, pero está en tus manos que eso ocurra. Esconderte de los problemas y hacer como que no existen te aseguro que funciona menos que las dietas milagrosas de internet. Puede que al principio parezca que funcione, pero a la larga te pegan un efecto rebote que acabas pareciendo el hermano del muñeco de Michelin.

Es en estos momentos cuando debes echar la vista atrás en tu vida y pensar en todos los malos momentos que has pasado tú solo y que has conseguido superar sin que nadie hiciese nada para ayudarte. Evidentemente que el apoyo de las personas a las que quieres es importante, no me malinterpretes, pero al fin y al cabo quien supera un mal momento eres tú y solamente tú.

No son pocas las situaciones en las que, a lo largo de tu vida, te has visto con el agua hasta el cuello, ni son pocas las veces que te has sentido más agobiado que Don Quijote en un parque eólico, por lo tanto sabes perfectamente que esta situación no es algo nuevo y que no es el fin de toda tu santa existencia. De ser así, a la mínima,

cualquiera se tiraría a las vías del tren y los servicios que se encargan de estas situaciones no darían abasto. Acabaríamos con la raza humana en menos de lo que tarda tu amiga la borracha en tragarse un chupito.

Eres una persona fuerte, valiente y luchadora, has salido de muchas situaciones de mierda que se te han puesto por delante sin comerlo ni beberlo y has seguido adelante con tu vida tan ricamente y habiendo aprendido mucho más sobre ti de lo que te puede enseñar cualquier profesor en la vida. De hecho, es en estas situaciones cuando uno aprende realmente cómo es y cómo funciona, cuando tiene que echarle huevos al asunto y enfrentarse a sus mierdas para superarlas y seguir adelante.

¿Me vas a decir entonces que vas a rendirte por un revés más? No, pimpollo, no. ¿Qué haces cuando te montas en la montaña rusa y la cosa se pone intensa? Te agarras fuerte al arnés de seguridad y rezas para que pase pronto, ¿no? Pues con tu vida, lo mismo. Ármate de valor, agárrate fuerte y déjate llevar porque, como todo viaje en una atracción, todo tiene su inicio y su final, y cuando haya pasado serás un poco más valiente, un poco más maduro y un poco más adulto.

Saca la diva a pasear

Vamos a dejar unas cositas claras...

Todos en esta vida tenemos complejos e inseguridades. Nadie, absolutamente nadie vive cien por cien seguro de todo lo que le rodea, porque precisamente la vida nos ha hecho así, inseguros, insatisfechos e imperfectos.

Yo, por ejemplo, tengo una frente en la que podría poner un aeropuerto, dos centrales nucleares y el nuevo Disney World si te descuidas, pero eso no me hace salir a la calle con una sábana por encima para que no me vean, porque no me hace ni mejor ni peor persona.

Si alguien se avergüenza de algo suyo, que sea de no ser bueno con otras personas, de ser mezquino, de hacer daño a otros, de desear el mal, pero no de cosas que no has decidido ni elegido tú.

Déjame que te diga algo...

Tú solo eres único, mágico, maravilloso, fantástico, espectacular, fuerte, luchador, capaz de cualquier cosa que te propongas y ningún complejo ni ninguna inseguridad te lo pueden impedir.

Me gustaría que olvidases todas tus inseguridades. Me gustaría que rechazases y mandases a tomar por c*lo a cualquier persona o cualquier cosa que alguna vez te han hecho sentir que no encajas, o que te han hecho sentir que no eres lo suficientemente bueno, o lo suficientemente guapo, o lo suficientemente alto, o lo suficientemente delgado, o que no puedes cantar lo suficientemente bien, o bailar lo suficientemente bien, o escribir lo suficientemente bien, o que nunca vas a cumplir tus sueños, o que nunca vas a ser lo que quieres llegar a ser..

Que les den por el c*lo con una vara ardiendo. Más claro, agua.

Cuando alguien se comporta de este modo hacia ti debes de tener claro que el problema no eres tú, sino esa persona. Su inseguridad es tan grande que necesita demostrarse a sí misma que está por encima de los demás a base de apastarlos como si fuesen cucarachas.

Es bastante erróneo ese mecanismo y bastante triste, porque en realidad no lo pone por encima. Cuando alguien intenta menospreciar a otro para sentirse mejor está cometiendo el acto más despreciable del mundo y, por mucho que en ese momento lo consiga y lo sienta así, a la larga se dará cuenta de que sus inseguridades siguen igual, por mucha que sea la gente a la que aplaste y humille.

Tú eres una persona que vale millones, que puedes mover montañas si hace falta y que puedes conseguir en esta vida todo y cuanto te propongas si te lo curras y luchas por ello, y eso es lo que asusta a todos esos que intentan menospreciarte.

No te ven como a alguien inferior.. ¡Al contrario! Te ven como a alguien muy superior a ellos y por eso mismo necesitan hacer cualquier cosa para que parezca que

no es así, pero jamás lo conseguirán porque tú ya has nacido para ser una estrella superbrillante y eso no lo puede cambiar nadie por mucho que se esfuerce.

¡Tú eres una diva!

Me da igual que seas un chico, una chica, que seas de género fluido o cuál sea el sexo con el que te sientas o no identificado. Eres una p*tadiva. Eres una Beyoncé.

¿Tú has visto alguna vez la seguridad con la que pisa Beyoncé el escenario? Pues del mismo modo tienes que pisar tú esta vida para dejar marca y dejarle a todo el mundo bien clarito que tú estás aquí para quedarte, para hacer grandes cosas y que nadie te va a apartar de tu camino.

No dudes, no tengas miedo. Si alguien intenta hacerte daño, es porque te temen en el fondo ve que no te llega ni a la altura de los taconazos que llevas puestos.

Saca a esta diva que tienes dentro a pasear, demuéstrole a todos de lo que eres capaz y recuerda siempre que eres una bestia imparable y que nadie, absolutamente nadie, puede ponerse delante de ti y hacerte cambiar de dirección.

Pa fuera lo malo

¿Se puede saber por qué de todo lo que te pasa en la vida, solo sabes quedarte en la cabeza y en tus recuerdos con todo lo malo?

A ver, explícale al tito Roi por qué eres tan masoca...

¿De verdad que pretendes ir por la vida como un alma en pena, fustigándote y castigándote por todas las cosas malas que has vivido y por todas las malas situaciones que has tenido que sufrir? ¿Has pensado en la de años que te quedan por vivir si vas a seguir así? Porque mira que dicen que la vida es muy corta, pero, al paso que tú vas, se te va a hacer más larga que la bata de cola de la Pantoja. ¿Por qué no te tiras de un puente y acabas ya con tanto sufrimiento?

En esta vida vas a pasar pormiles de situaciones que te marcarán para siempre. Algunas muy buenas que te recordarán perfectamente qué es la felicidad, otras que pasarás sin más y que cuando veas una foto de ese momento no tendrás ni idea de qué c*ño fue eso y otras que te llevarán a sentir mucho dolor y que te sentarán como una patada en la boca.

Ya sabes que yo no te voy a decir que esta vida es un camino de florecitas, en el país de la piruleta, con unicornios, arcoíris y purpurina rosa cayendo del cielo, eso se lo dejo a algunos señores de internet de cuyo nombre no quiero acordarme, que ya tienen su negocio montado. No veas lo que da de sí pegarse un buen viaje con algunas sustancias y ponerse a escribir gilipolleces, chica. Pero ya te digo yo que de ahí a que rocen la realidad, hay un trecho.

La vida no es fácil.

¡Tachán! ¡Sorpresa! ¿A que no lo sabías? Pues, ea, aquí lo tienes. Cómetelo.

No, no es un camino de rosas, ni es un tobogán del Aquadiver, es algo bastante más elaborado y más duro que la felicidad y la felicidad constante, y el que diga lo contrario que me pase el número de su camello, que yo también quiero de la mierda que se toma para ver las cosas de ese modo.

Pero hay que decir que tampoco es todo lo contrario. La vida tampoco es una sala de torturas oscura, con ganchos, punzas y cuchillas para picarnos a pedacitos y hacer croquetas con los restos, y aquí es donde yo quiero hacer hincapié.

¿Por qué avanzas por la vida como si todo en ella te fuese a maltratar y a destrozar la existencia?

Vale, puedo entender que en un pasado hayas tenido experiencias más traumáticas que la muerte de Mufasa o la muerte de Jack Dawson en Titanic, pero quedarte estancado en eso no es la manera de poder seguir adelante.

(INCISO: ¡Rose, guarra! ¡Jack cabía perfectamente en esa tabla y en ningún momento hiciste ni un gesto, ni un intento para dejarle subir y que no muriese congelado! ¡Hay que ser cerda, egoísta y mala persona!).

Si vives estancado en lo malo y pensando que todo lo que te va a ocurrir en esta vida va a ser desastroso, lo único que haces es esconderte y en ningún momento luchar para que eso no ocurra. Eso sin mencionar que, chica, menudo festival de vida te estás pegando. Andar a tu lado debe ser más deprimente que pasear por el cementerio de mi pueblo, que no es ni bonito.

Saca todo lo malo que tienes en tu mente y en tus recuerdos para fuera. Llena tu cabeza con todos los buenos momentos que has vivido. Esos son los que realmente mereces y los que se deben repetir, no los amargos, ni los dolorosos.

De nuevo te digo: mira hasta dónde has llegado. Mira dónde estás y por todo lo que has pasado para llegar hasta aquí. ¿De verdad crees que no te mereces lo que tienes? Te mereces esto y muchísimo más, sin duda ninguna. Así que haz el favor de dejar de lamentarte por tu vida, de dejar de tener miedo de vivirla intensamente y comienza a meterte en la cabeza que lo positivo atrae a lo positivo y que a partir de ahora vas a ser un imán de situaciones positivas, que hasta tus vecinos van a venir a restregarte el Euromillones por la chepa a ver si les das suerte.

A por ellos

Sé que voy a sonar de nuevo muy Mr. Wonderful, pero no puedo decirlo de ninguna otra manera sin que parezca que me he pasado la tarde fumando en pipa...

Los sueños se cumplen.

Ahora vuelvo. Voy de nuevo a vomitar arcoíris y a hacerme las pruebas de la diabetes, que me ha dado un subidón de azúcar.

Cuando digo que los sueños se cumplen me refiero a que si tú realmente deseas algo muy fuertemente en esta vida, y te lo curras para conseguirlo, tarde o temprano lo conseguirás. De un modo o de otro, pero lo vas a conseguir.

Sí, vale, sé lo que estás pensando... «Qué c*ño voy a conseguir yo si soy un mierdas que no valgo para nada»... Aquí está tu primer error.

Eso es solo una forma de justificarte para no hacer nada por luchar para alcanzar tus metas y si sigues ese camino no conseguirás nada en esta vida. Tienes el poder para conseguir todo lo que te propongas. Tienes la endereza y la fuerza para hacerlo, pero si no le pones esfuerzo en ello te aseguro que nada se va a cumplir.

Los sueños no se cumplen por arte de magia. A las películas les encanta enseñarnos que sí ocurre y que si las hermanastras gilipollas te destrozan el vestido aparecerá de repente un hada madrina que con un Bibidi babidi bú nos hará uno nuevo, nos pondrá una carroza e iremos directos a conquistar al príncipe de nuestros sueños, pero es eso, una película. Una panda de colgaos, que van drogados hasta las cejas y que viven en el planeta de la piruleta.

En la vida real los sueños, las metas, los objetivos, hay que currárselos, sudarlos y machacarlos para que se hagan realidad. Nada viene solo ni por aparición milagrosa.

Piensa por un momento qué es lo que más deseas en la vida. Sea lo que sea. Lo que quieras ser de mayor, lo que te gustaría tener, lo que te gustaría vivir... Vale. ¿Lo tienes?

Perfecto.

Ahora comienza a vivir con eso bien claro en tu cabeza y haciendo todo lo que esté en tus manos para llegar a ese objetivo. A partir de ya y sin mirar atrás.

No importa que no tengas ni idea de por dónde empezar, con que tengas ese objetivo claro en tu cabeza ya estás haciendo mucho más que pensando que nunca vas a conseguir nada.

Lo más importante en todo esto es que creas en ti y en que tú puedes conseguir todo eso que imaginas. Tienes exactamente lo mismo que podría tener otro para llegar al mismo sitio y no eres inferior a nadie. Eres distinto, eso sí, porque por suerte cada uno de nosotros somos únicos e irrepetibles, pero igual de capaces ante cualquier adversidad.

Que tú quieres ser dibujante, pues comienza a dibujar, a pulir técnica, a mejorar y a aprender. Que tú quieres ser fotógrafo, pues comienza por ahorrar para comprarte una

buena cámara o pídesela a los Reyes Magos, y en cuanto la tengas pásate horas tirando fotos, explorando cómo funciona, probando cosas nuevas con ella...

No te quedes con lo que la vida te da y te pone delante. Eso es conformarse y los que se conforman nunca avanzan en nada porque no tienen ambición por nada más. No te conformes y lucha por mucho más.

Tengo que decirte que en cuanto comiences a luchar por ello no va a ser fácil y te van a aparecer un montón de trabas que te vas a querer cagar en la madre que parió a la esperanza, pero sabrás cómo afrontarlo.

No dejes nunca que nada ni nadie te diga que no eres capaz de conseguir algo. Tú puedes conseguir todo lo que te salga del potorro y si alguien te dice lo contrario, lucha más fuerte para conseguirlo, para que, el día en que lo tengas, le puedas mirar a los ojos y decirle: «¿A que jode?».

Estoy seguro de que muchas veces querrás abandonar todo ese esfuerzo titánico que estás haciendo porque no ves que eso que deseas esté llegando, pero debes meterte en la cabeza que no llega ni mañana, ni el mes que viene, ni en un año. Es una carrera de fondo y a veces más larga que un día sin wifi, pero mantenerse firme en esos momentos es lo que hará que cada vez puedas seguir con más y más fuerza.

No dudes nunca de tu fuerza y de tu capacidad. Ten siempre claros tus objetivos y que nada ni nadie te desvíe de tu camino. Todo lo que sueñas y todo lo que deseas se te va a cumplir si luchas por conseguirlo.

Has llegado hasta aquí

Ni te imaginas las lágrimas que caen por mi cara ahora mismo mientras escribo lo que va ser el último capítulo de mi primer libro.

Hace un momento, en el capítulo o apartado anterior os estaba contando que los sueños se cumplen si luchas por ellos y te mantienes firme ante las adversidades que te surjan, y este libro que ahora tienes en las manos es la prueba física de que todo lo que te he dicho es verdad.

En este libro, además de que espero haberos hecho reír y haberos hecho pasar buenos ratos mientras lo leáis, espero que hayáis entendido un poco más cómo soy y cómo es mi filosofía de vida.

Como muchos ya sabéis, yo sufrí bullying durante mi adolescencia y entre los catorce y los dieciséis viví momentos muy oscuros a causa de ello. En más de una ocasión se me pasó por la cabeza lo peor que se le puede pasar a una persona cuando está al límite del colapso y no encuentra por ningún lado las fuerzas para levantarse de nuevo y seguir adelante. Lo único que quería era tirar la toalla, dejar de luchar y acabar con todo. No te puedes ni imaginar la de veces que se me pasó esa idea tan horrorosa por la cabeza, pero, de algún modo u de otro, siempre había algo que me hacía pensar: «Aún no. Aguanta un poco más. Solo un poco más».

Los motivos podían ser muy variados, desde el sonido de la voz de mi madre a un recuerdo feliz de la infancia, pero había algo, un pensamiento que siempre estaba en mi mente y que nunca se iba:

YO NO MEREZCO ESTO.

Estas palabras siguen retumbando en mi cabeza cuando me encuentro ante alguna situación injusta que considero que no me toca vivir, y me sirven de motor para salir de mi zona de confort y luchar para que esto cambie hasta que me guste cómo queda.

Si has llegado hasta este punto en este libro quiero que te quedes con estas palabras y esta fuerza para no conformarte con todo lo que te pasa en la vida. Cuando algo no te gusta, no debes tirar la toalla. Debes hacer todo lo que esté a tu alcance para cambiarlo y convertirlo en lo que tú quieres que sea.

Lo que vengo a decirte, que a veces me enrolló más que el cura del pueblo en el sermón de las comuniones, es que está en tus manos que esta vida la pases feliz, sin pena ni gloria o deprimido constantemente. Son elecciones que tú deberás hacer de ahora en adelante y que te van a llevar por un camino o por otro, pero procura que sea siempre por el camino que tú quieres y no por el que la vida te imponga.

Es lo que yo he hecho toda mi vida y, mira, ahora tú estás leyendo mi primer libro.

Antes de acabar quiero agradecerte que te lo hayas comprado. No por el dinero que

eso me suponga ganar, ni por mi prestigio... No. Sino por creer en mí. Porque comprar este libro significa que te tengo a mi lado, que me apoyas, que me quieres y que me valoras de un modo especial y único.

Si el libro te lo han regalado o te lo han dejado, te agradezco igual que lo hayas leído, dando así valor a mis palabras y a mis pensamientos para que no queden en vano. Lo aprecio muchísimo.

Vosotros, los pimpollos, sois mi verdadero sueño.

No os podéis ni imaginar todo el poder que ejercéis en mí, toda la energía que me dais cada día, toda la fuerza que generáis para que no deje de hacer lo que hago, esté pasando lo que esté pasando en mi vida.

Créeme cuando te digo que desde que toda esta locura comenzó he pensado en abandonar el barco muchísimas veces, e incluso en una ocasión estuve a puntísimo de hacerlo, pero en esos momentos recuerdo las quedadas con vosotros, vuestros abrazos, vuestras palabras, vuestros mensajes y todo el cariño que me dais día tras día y sin descanso, y os convertís de repente en el motor que me da la fuerza para seguir adelante, porque vosotros no os merecéis que os abandone.

Vosotros siempre me decís que yo soy una gran ayuda en vuestro día a día. Que con mis vídeos y mis tonterías os hago reír, os hago olvidar los malos momentos, os saco de situaciones oscuras en las que os habéis encontrado y me agradecéis constantemente todo lo que hago por ello. Pero creo que no tenéis ni idea de todo lo que sois capaces de hacer vosotros por mí ni del amor que podéis enviarme con tan solo un mensaje a través de una pantalla. Me habéis salvado la vida, me la habéis cambiado y me la habéis mejorado hasta puntos que yo jamás me hubiese imaginado así que...

GRACIAS, PIMPOLLOS.

Por estar aquí, por haber llegado hasta aquí, por seguir a mi lado y por quererme con mis virtudes y mis defectos. Creedme que cuando yo digo que os quiero también es verdad, por todo lo que acabo de decir, porque sin vosotros mi vida puede que ya estuviese perdida y vosotros me la habéis salvado.

Me despido. Espero que hayáis pasado grandes momentos leyendo este libro y que hayáis disfrutado imaginándome pegando berridos y diciendo todas las tonterías cargadas de verdad que digo en él.

Una vez más, mil gracias por todo lo que habéis hecho por mí y ojalá pudiese daros un abrazo tan fuerte que sintieseis mis brazos rodeándoos para el resto de vuestras vidas.

OS QUIERO, PIMPOLLOS.

Espero que esto sea el principio de muchas más aventuras que nos quedan por vivir juntos.

Ser millennial (y otras mierdas)
Roi Sastre

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: Ser millennial y otras mierdas

Diseño de la portada, Planeta Arte y Diseño
© Imagen de cubierta, Alba Bouvier, 2020

© Roi Sastre, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda/ Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-270-4709-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.
www.safekat.com

ROI SASTRE
SER
MILLENNIAL
(y otras mierdas)



mī